

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



EL SUFRIMIENTO DE PÍO VII



Contemplar
el rostro
«eucarístico»
de Cristo

Napoleón,
la fase cesarista
de la Revolución

El concordato
francés de 1802

La resistencia
del pueblo español
frente a la invasión
napoleónica

«In memoriam»
Jesús García López

Napoleón, el nuevo emperador, no aceptó la protección espiritual de la Iglesia, sino que se alzó contra ella. No reconoció ningún poder por encima del suyo y lo apoyó en los llamados derechos del hombre y en la fuerza de las bayonetas.

Sumario

Homilía de Benedicto XVI en la inauguración del Sínodo de Obispos	3
Contemplar el rostro «eucarístico» de Cristo <i>Ignacio M^a Azcoaga Bengoechea</i>	5
El nuevo imperio que surge de la Revolución <i>María Reyes Jaurrieta Galdiano</i>	9
Napoleón, la fase cesarista de la Revolución <i>Jorge Soley</i>	13
El concordato de 1802. Atropellos y sacrificios que la Iglesia soportó para obtenerlo <i>Domingo Sanmartí Font (†)</i>	16
Napoleón, el Concordato y la gloria de Francia <i>Gerardo Manresa</i>	20
La resistencia del pueblo español frente a la invasión napoleónica <i>M.^a del Mar Vives Gil</i>	23
Los verdaderos amigos del Corazón de Jesús (XXI). Monseñor Belsunce, primero en poner en práctica la completa devoción al Corazón de Jesús <i>José-Javier Echave-Sustaeta</i>	26
Contemplando la vida de Cristo. Después de la institución de la Eucaristía <i>Ramón Gelpí</i>	30
Los ángeles custodios de pueblos y naciones <i>Guillermo Pons Pons</i>	32
Ha muerto Jesús García López en la festividad de santo Tomás de Aquino <i>Francisco Canals Vidal</i>	35
Verdad racional y orden natural en el reino de Cristo <i>Jesús García López (†)</i>	36
Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>	41
Actualidad religiosa <i>Javier González Fernández</i>	42
Actualidad política <i>Jorge Soley Climent</i>	44
Hemos leído. <i>Aldobrando Vals</i>	45
Hace 60 años <i>J. M.^a P. S.</i>	46

Edita
Fundación Ramón Orlandis i Despuig

Director: Josep M. Mundet i Gifre
Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2^a
Redacción: 93 317 47 33
Administración y fax: 93 317 80 94
08002 BARCELONA
<http://www.orlandis.org>
E-Mail: regnat@telefonica.net

Imprime: Gràfiques Ossó, S.L. - D.L.: B-15860-58

RAZÓN DEL NÚMERO

EN un artículo publicado en *Cristiandad* en 1945 notaba el padre Orlandis que en tiempos de fe más viva pre-ocupaba hondamente el hecho profetizado de la aparición a su tiempo del supremo perseguidor de la Iglesia, el Anticristo, y que ahora casi ha desaparecido del cuadro de las preocupaciones humanas, hecho paralelo con la ignorancia acerca de la acción de Satanás y sus ángeles sobre la historia de la humanidad.

El Catecismo, después de afirmar que el advenimiento glorioso de Cristo es la esperanza de Israel, trata de «la prueba final de la Iglesia», la que hará vacilar la fe de muchos creyentes, citando el texto de san Pablo a los Tesalonicenses y nombrando explícitamente al Anticristo. Allí el Apóstol habla de las señales del segundo advenimiento: la apostasía, la manifestación del hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición, el Anticristo, en el que se culminará la acción del misterio de iniquidad, que ya obraba en la edad apostólica, pero que sólo se podrá manifestar plenamente después que haya sido removido lo que lo detiene.

La apostasía se entendía tradicionalmente en dos sentidos: como la separación de Dios, y también como la ruptura de los pueblos respecto del orden establecido desde la Edad Media, en que se suponía que la autoridad temporal estaba centrada en el Imperio romano. Belarmino argumentaba contra los protestantes, que decían que el papa era el Anticristo, basándose en el hecho de que los mismos electores protestantes reconocían el título imperial del Sacro Romano Imperio Germánico, «la cuarta» de las monarquías profetizadas en el Libro de Daniel en sus capítulos segundo y séptimo. En este sentido, el padre Bover entendía concretado en el Imperio romano el principio de autoridad que obstaculizaba la acción del misterio de iniquidad. Sin embargo, el imperio fundado por Augusto duró hasta principios del siglo XIX: feneció en el año 1806, decapitado por el sable de Napoleón.

Habiéndose cumplido recientemente el segundo centenario de la coronación de Napoleón como emperador y próximo a celebrarse el bicentenario del fin del Imperio romano, *Cristiandad* ha creído oportuno volver a fijar la atención sobre el gobierno de Napoleón Bonaparte, renovado el estímulo al discernimiento sobre los signos de nuestro tiempo por las alusiones anteriormente citadas del Catecismo.

Ciertamente, la figura de Napoleón ha tenido un lugar muy singular en la historia. Toda su labor de gobierno iba destinada a poner en marcha los logros de la Revolución. Por su gran talento político supo que la única manera de salvar la Revolución era hacerla conservadora. De ahí su empeño de sacar adelante el concordato con Pío VII o de ser coronado emperador por el Papa. Igualmente, sus conquistas respondían a una idea de revolución; la de realizar la República universal, bajo la presidencia del pueblo francés. Tal idea se hallaba en los oradores y publicistas del siglo XVIII, de quienes Bonaparte era el hijo espiritual. Con él se inicia el siglo de las revoluciones en el que se producen los grandes enfrentamientos entre la Iglesia y los poderes políticos, que son signo de la apostasía del mundo contemporáneo.

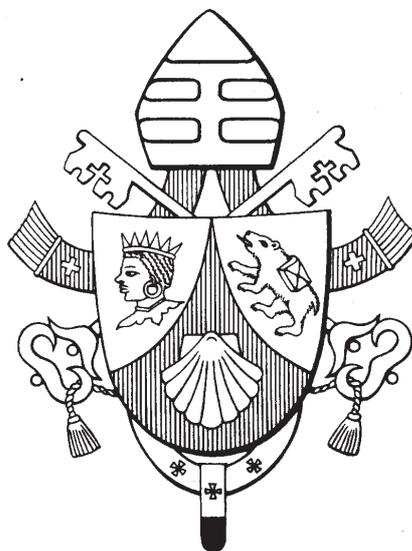
«La tolerancia que sólo admite a Dios como opinión privada, pero que le niega el dominio público, la realidad del mundo y de nuestra vida, no es tolerancia, sino hipocresía.»

*Homilía de Benedicto XVI en la inauguración del Sínodo de los Obispos
(2 de octubre de 2005)*

LAS lecturas de este domingo, tomadas del profeta Isaías y del Evangelio, nos presentan una de las grandes imágenes de la Sagrada Escritura: la imagen de la viña. El pan representa en la Sagrada Escritura todo lo que el hombre necesita para su vida cotidiana. El agua da a la tierra la fertilidad: es el don fundamental, que hace posible la vida. El vino, por el contrario, expresa la exquisitez de la creación, nos da la fiesta en la que sobrepasamos los límites de la vida cotidiana: el vino «alegra el corazón». De este modo el vino y con él la vida se han convertido también en imagen del don del amor, en el que podemos lograr una cierta experiencia del sabor del Divino. Por eso, la lectura del profeta, que acabamos de escuchar, comienza como un cántico de amor: Dios puso una viña, imagen de su historia de amor con la humanidad, de su amor por Israel al que Él eligió. El primer pensamiento de las lecturas de hoy es éste: Dios ha infundido en el hombre, creado a su imagen, la capacidad de amar y, por tanto, la capacidad de amarle a Él mismo, su Creador. Con el cántico de amor del profeta Isaías, Dios quiere hablar al corazón de su pueblo y también a cada uno de nosotros. «Te he creado a mi imagen y semejanza», nos dice. «Yo mismo soy el amor y tú eres mi imagen en la medida en la que brilla en ti el esplendor del amor, en la medida en que me respondes con amor». Dios nos espera. Él quiere que le amemos: un llamamiento así, ¿no debería tocar nuestro corazón? Precisamente en esta hora, en la que celebramos la Eucaristía, en la que inauguramos el Sínodo sobre la Eucaristía, nos sale al encuentro, sale para encontrarse conmigo. ¿Encontrará una respuesta? ¿O sucederá con nosotros como con la viña, de la que Dios dice en Isaías: «Esperó a que diese uvas, pero dio agraces»? Nuestra vida cristiana, con frecuencia, ¿no es quizá más vinagre que vino? ¿Autocompasión, conflicto, indiferencia?

De este modo, hemos llegado al segundo pensa-

miento fundamental de las lecturas de hoy. Hablan ante todo de la bondad de la creación de Dios y de la grandeza de la elección con la que Él nos busca y nos ama. Pero hablan también de la historia que sucedió después, el fracaso del hombre. Dios había plantado vides escogidas y sin embargo dieron agraces. ¿Qué son los agraces? La uva buena que se



espera Dios, dice el profeta, habría consistido en la justicia y en la rectitud. Los agraces son, por el contrario, la violencia, el derramamiento de sangre y la opresión, que hacen gemir a la gente bajo el yugo de la injusticia. En el Evangelio, la imagen cambia: la vida produce uva buena, pero los viñadores arrendadores se quedan con ella. No están dispuestos a entregarla al propietario. Golpean y matan a sus mensajeros y matan a su Hijo. Su motivación es sencilla: quieren convertirse en propietarios; se apoderan de lo que no les pertenece. En el Antiguo

Testamento, ante todo aparece la acusación de violación de la justicia social, el desprecio del hombre por parte del hombre. En el fondo, sin embargo, se ve que con el desprecio de la Torá, del derecho dado por Dios, se desprecia al mismo Dios; sólo se quiere gozar del propio poder. Este aspecto es subrayado plenamente en la parábola de Jesús: los arrendadores no quieren tener un patrón y estos arrendadores nos sirven de espejo a nosotros, hombres, que usurpamos la creación que se nos ha confiado en gestión. Queremos ser los dueños en primera persona y solos. Queremos poseer el mundo y nuestra misma vida de manera ilimitada. Dios nos estorba o se hace de Él una simple frase devota o se le niega todo, desterrándolo de la vida pública, hasta que de este modo deje de tener significado alguno. La tolerancia que sólo admite a Dios como opinión privada, pero que le niega el dominio público, la realidad del mundo y de nuestra vida, no es tolerancia, sino hipocresía. Ahora bien, allí donde el hombre se convierte en el único dueño del mundo y en propietario

de sí mismo no puede haber justicia. Allí sólo puede dominar el arbitrio del poder y de los intereses. Es verdad, se puede expulsar al Hijo de la viña y matarlo para disfrutar egoístamente de los frutos de la tierra. Pero entonces la viña se transforma muy pronto en terreno sin cultivar, pisado por los jabalíes, como dice el salmo responsorial (cf. Salmo 79, 14).

Llegamos así al tercer elemento de las lecturas de hoy. El Señor, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, anuncia el juicio a la viña infiel. El juicio que Isaías preveía se ha realizado en las grandes guerras y exilios impuestos por los asirios y los babilonios. El juicio anunciado por el Señor Jesús se refiere sobre todo a la destrucción de Jerusalén, en el año 70. Pero la amenaza del juicio nos afecta también a nosotros, a la Iglesia en Europa, a la Iglesia de Occidente en general. Con este Evangelio el Señor grita también a nuestros oídos las palabras que dirigió en el Apocalipsis a la Iglesia de Éfeso: «Iré donde ti y cambiaré de su lugar tu candelero, si no te arrepientes» (2, 5). También se nos puede quitar a nosotros la luz, y haremos bien en dejar resonar en nuestra alma esta advertencia con toda su seriedad, gritando al mismo tiempo al Señor: «¡Ayúdanos a convertirnos! ¡Danos la gracia de una auténtica renovación! ¡No permitas que se apague tu luz entre nosotros! ¡Refuerza nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor para que podamos dar buenos frutos!».

Al llegar aquí nos surge la pregunta: «Pero, ¿no hay una promesa, una palabra de consuelo en la lectura y en la página evangélica de hoy? La amenaza, ¿es la última palabra?» ¡No! Hay una promesa y es la última palabra, la esencial. La escuchamos en el versículo del aleluya, tomado del Evangelio de Juan: «Yo soy la vid; vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto» (Juan 15, 5). Con estas palabras del Señor, Juan nos ilustra el último, el auténtico final de la historia de la viña de Dios. Dios no fracasa. Al final, triunfa, triunfa el amor. Se da ya una velada alusión a esto en la parábola de la viña propuesta por el Evangelio de hoy y en sus palabras conclusivas. En ella, la muerte del Hijo no es el final de la historia, aunque no la cuenta directamente. Pero Jesús expresa esta muer-

te a través de una nueva imagen tomada del Salmo: «La piedra que los constructores desecharon, en piedra angular se ha convertido...» (Mateo 21, 42; Salmo 117, 22). De la muerte del Hijo surge la vida, se forma un nuevo edificio, una nueva viña. En Caná, cambió el agua en vino, transformó su sangre en el vino del verdadero amor y de este modo transforma el vino en su sangre. En el cenáculo anticipó su muerte y la transformó en el don de sí mismo, en un acto de amor radical. Su sangre es don, es amor y por este motivo es el verdadero vino que se esperaba el Creador. De este modo, Cristo mismo se convirtió en la viña y esa viña da siempre buen fruto: la presencia de su amor por nosotros, que es indestructible.

Estas palabras convergen al final en el misterio de la Eucaristía, en la que el Señor nos da el pan de la vida y el vino de su amor y nos invita a la fiesta del amor eterno. Nosotros celebramos la Eucaristía con la conciencia de que su precio fue la muerte del Hijo, el sacrificio de su vida, que en ella queda presente. Cada vez que comemos de este pan y cada vez que bebemos de este cáliz, anunciamos la muerte del Señor hasta que venga, dice san Pablo (cf. 1 Corintios 11, 26). Pero también sabemos que de esta muerte surge la vida, pues Jesús la transformó en un gesto de oblación, en un acto de amor, transformándola profundamente: el amor ha vencido a la muerte. En la santa Eucaristía, desde la cruz nos atrae a todos hacia sí (Juan 12, 32) y nos convierte en sarmientos de la vid, que es Él mismo. Si permanecemos unidos a Él, entonces daremos fruto también nosotros, entonces ya no daremos el vinagre de la autosuficiencia, del descontento de Dios y de su creación, sino el buen vino de la alegría en Dios y del amor por el prójimo. Pidamos al Señor que nos dé su gracia para que en las tres semanas del Sínodo que estamos comenzando no sólo digamos cosas bellas sobre la Eucaristía, sino que vivamos de su fuerza. Pidamos este don por medio de María, queridos padres sinodales, a quienes saludo con afecto, junto a las diferentes comunidades de las que procedéis y que aquí representáis, para que siendo dóciles a la acción del Espíritu Santo podamos ayudar al mundo a convertirse –en Cristo y con Cristo– en la vid fecunda de Dios. Amén.



Contemplar el rostro «eucarístico» de Cristo

IGNACIO M^a AZCOAGA BENGOCHEA

El «rostro de Cristo», programa de la Iglesia para el tercer milenio

EN la carta *Tertio millennio ineunte*, el papa Juan Pablo II nos dijo que el Gran Jubileo del año 2000 ha dejado de herencia en la Iglesia la contemplación del rostro de Cristo, contemplado en sus coordenadas históricas y en su misterio, acogido en su múltiple presencia en la Iglesia y en el mundo, confesado como sentido de la historia y la luz de nuestro camino.

Desde el comienzo del tercer milenio, Juan Pablo II ha propuesto un programa de santificación por medio de la oración, centrado en la contemplación del rostro de Cristo. Él mismo nos dice que contemplar a Cristo implica saber reconocerle dondequiera que Él se manifieste, en sus multiformes presencias, pero sobre todo en el sacramento vivo de su Cuerpo y de su Sangre.

Con la carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, Juan Pablo II invitó a contemplar a Cristo a través de los ojos y del corazón de María, lo que se hace de modo especial rezando bien el rosario, oración de marcado carácter bíblico y evangélico, centrada sobre todo en el nombre y el rostro de Jesús, contemplando sus misterios y repitiendo las avemarías. De manera que el programa para la Iglesia del tercer milenio quedó precisado en: «*Contemplar el rostro de Cristo, y contemplarlo con María*».

Al iniciar el Año de la Eucaristía, de octubre de 2004 a octubre de 2005, Juan Pablo II dio un paso más en este programa y propuso como itinerario espiritual para este año «*Contemplar el rostro de Cristo presente en la Eucaristía*». En efecto, la Iglesia vive del Cristo eucarístico, porque de Él se alimenta y por Él es iluminada. La Eucaristía es misterio de fe y, al mismo tiempo, «misterio de luz» porque cada vez que la Iglesia la celebra, los fieles pueden revivir de algún modo la experiencia de los dos discípulos de Emaús: «Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron» (Lc 24,31).

Por otra parte, Juan Pablo II con la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, deseaba suscitar este «asombro» eucarístico, e invitó a dar culto a la Eucaristía con un renovado fervor en la celebración y en la adoración de la Eucaristía, el lugar donde podemos contemplar el rostro de Cristo presente en el Sacramento del Altar.

Juan Pablo II propuso el Año de la Eucaristía

como un año de síntesis, una especie de *culminación de todo el camino recorrido*, en relación con la contemplación del rostro de Cristo. Es importante pues, como se dice en las «sugerencias y propuestas para el Año de la Eucaristía», realizadas por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, que la Eucaristía sea acogida no solamente en los aspectos de la celebración, sino también como proyecto de vida, como fundamento de una auténtica «espiritualidad eucarística».

No obstante, tal vez por la situación que vivimos en estos tiempos de apostasía, Juan Pablo II dijo que aunque el fruto del Año de la Eucaristía fuera solamente avivar en todas las comunidades cristianas la *celebración de la Misa dominical* e incrementar la *adoración eucarística fuera de la Misa*, este Año de gracia habría conseguido un resultado significativo.

De todas formas, Juan Pablo II ha querido dejarnos como testamento, en este Año de la Eucaristía, poner ante nuestro ojos el tesoro escondido, es decir, el rostro «eucarístico» de Cristo.

Contemplar el rostro de Cristo

LA contemplación del rostro de Cristo se centra sobre todo en lo que de Él dice la Sagrada Escritura. De los Evangelios emerge el rostro del Nazareno con un fundamento histórico seguro. El rostro que los Apóstoles contemplaron después de la resurrección era el mismo de aquel Jesús con quien habían vivido unos tres años. En el Cenáculo tuvieron una prueba tangible de la verdad asombrosa de su nueva vida al mostrarles «las manos y el costado».

No obstante, al igual que hoy día, no fue fácil creer. Los discípulos de Emaús creyeron sólo después de un laborioso itinerario del espíritu (cf. Lc 24,13-35). El apóstol Tomás creyó únicamente después de haber comprobado el prodigio (cf. Jn 20,24-29). De todas formas, en realidad, aunque se viese y se tocase el Cuerpo de Cristo, sólo la fe puede franquear el misterio de aquel rostro.

A Jesús, en efecto, no se llega verdaderamente más que por la fe. En la escena de Cesarea de Filipo, a la pregunta que dirige a los apóstoles: «Y vosotros ¿quién decís que soy yo?». Pedro contesta con un acto de fe: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». Ahora bien, ¿cómo llegó Pedro a esta fe? Mateo nos

da una indicación clarificadora en las palabras con que Jesús acoge la confesión de Pedro: «No te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos» (16,17).

A la contemplación plena del rostro del Señor no podemos llegar sólo con nuestras fuerzas, sino dejándonos guiar por la gracia. Sólo la experiencia del silencio y de la oración ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico, fiel y coherente, del misterio de Cristo.

El rostro de Cristo a la luz del misterio del Verbo encarnado

LA identidad de Cristo, según la formulación clásica del Concilio de Calcedonia es: «Una persona en dos naturalezas». La persona es la Palabra eterna, el Hijo del Padre. Sus dos naturalezas, sin confusión alguna, pero sin separación alguna posible, son la divina y la humana. ¡Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre!

En el misterio de la Encarnación están las bases para una antropología que es capaz de ir más allá de sus propios límites y contradicciones, moviéndose hacia Dios mismo, más aún, hacia la meta de la «divinización». Sólo porque el Hijo de Dios se hizo verdaderamente hombre, el hombre puede, en Él y por medio de Él, llegar a ser realmente hijo de Dios.

El rostro de Cristo en el prójimo

SI verdaderamente partimos de la contemplación de Cristo, tenemos que saber descubrirlo sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse: «He tenido hambre y me habéis dado de comer, he tenido sed y me habéis dado de beber...». Esta página del Evangelio de Mateo no es una simple invitación a la caridad, es más bien una página de cristología, que ilumina el misterio de Cristo. En la persona de los pobres hay una presencia especial suya, que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos.

Contemplar el rostro de Cristo a través del Corazón de María

HEMOS de imitar la contemplación de María, la cual, después de la peregrinación a la ciudad santa de Jerusalén, volvió a su casa de Nazareth meditando en su corazón el misterio del Hijo. La contemplación de Cristo tiene en María su modelo insuperable. Nadie se ha dedicado con la

asiduidad de María a la contemplación del rostro de Cristo. Los ojos de su corazón se concentran de algún modo en Él ya en la Anunciación, cuando lo concibe por obra del Espíritu Santo. Cuando por fin lo da a luz en Belén sus ojos se vuelven también tiernamente sobre el rostro del Hijo, cuando lo «envolvió en pañales y le acostó en un pesebre». Desde entonces su mirada, siempre llena de adoración y asombro, no se apartará jamás de Él. Será a veces *una mirada interrogadora* (en el Templo), *una mirada penetrante* (en las bodas de Caná), *una mirada dolorida* (en el Calvario), *una mirada radiante* (al verle resucitado), *una mirada ardorosa* (con el Espíritu Santo).

El Rosario, «compendio del Evangelio»

EL Rosario es una de las modalidades tradicionales de la oración cristiana orientada a la contemplación del rostro de Cristo. Es oración evangélica centrada en el misterio de la Encarnación redentora y es oración de orientación profundamente cristológica. Es un medio sumamente válido para favorecer en los fieles la exigencia de contemplación del misterio cristiano.

Para resaltar el carácter cristológico del Rosario, Juan Pablo II ha incorporado los misterios de la vida pública de Cristo desde el Bautismo a la Pasión: los misterios de luz. En estos misterios se contemplan aspectos importantes de la persona de Cristo como revelador definitivo de Dios: 1. Su Bautismo en el Jordán; 2. Su autorrevelación en las bodas de Caná; 3. Su anuncio del Reino de Dios invitando a la conversión; 4. Su Transfiguración; 5. La institución de la Eucaristía, expresión sacramental del misterio pascual.

El Rosario es también una presentación orante y contemplativa, que trata de modelar al cristiano según el Corazón de Cristo.

Contemplar el «rostro eucarístico» de Cristo

La Eucaristía, misterio de fe

LA Eucaristía es un altísimo misterio, más aún, el misterio de fe. Efectivamente, sólo en él, *se contienen con singular riqueza y variedad de milagros todas las realidades sobrenaturales*. Ahora bien, que en este sacramento se halle presente el Cuerpo verdadero y la Sangre verdadera de Cristo, no se puede percibir con los sentidos –como dice santo Tomás–, sino sólo con la fe.

En el Evangelio se pone de manifiesto que este misterio fue piedra de escándalo, como lo es hoy

día. En efecto, leemos en él que muchos de los discípulos de Cristo, después de oír que tenían que comer su Carne y beber su Sangre, volvieron las espaldas al Señor y le abandonaron diciendo: ¡Duras son estas palabras! ¿Quién puede oírlas?

La doctrina definida en el Concilio de Trento

EN el sacramento de la santa Eucaristía, después de la consagración del pan y del vino, se contiene bajo la apariencia de estas cosas sensibles, verdadera, real y substancialmente Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Por lo tanto, nuestro Salvador está presente según su humanidad, no sólo a la derecha del Padre, según el modo natural de existir, sino al mismo tiempo también en el sacramento de la Eucaristía.

Cristo se hace presente en este sacramento por la conversión de toda la sustancia del pan en su cuerpo y de toda la sustancia del vino en su sangre; conversión admirable y singular, que la Iglesia católica justamente y con propiedad llama transubstanciación. Santo Tomás dice que allí algo se produce por virtud del sacramento y algo por concomitancia. En efecto, por las palabras que pronuncia el sacerdote, en virtud del poder otorgado por Cristo, se produce la conversión de toda la sustancia del pan en el cuerpo de Cristo y de toda la sustancia del vino en la sangre de Cristo. Ahora bien, en virtud de la unión sustancial de cuerpo y alma, se hace presente el alma de Cristo; en virtud de la unión hipostática, se hace presente su divinidad; y, en virtud de la unidad de la esencia divina, se hace presente la Santísima Trinidad.

La Eucaristía, misterio de luz

LA Eucaristía es luz, ante todo, porque en cada Misa la liturgia de la Palabra de Dios precede a la liturgia eucarística, en la unidad de las dos «mesas», la de la Palabra y la del Pan. El icono de los discípulos de Emaús ilustra la Eucaristía como misterio de luz. En efecto, después de pasar todo el día con Él, y oírle las Escrituras le reconocieron al partir el pan.

Además, la santa Misa es el «memorial» de la muerte y resurrección de Cristo, como nos recuerda la liturgia con la aclamación después de la consagración: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡Ven, Señor Jesús!». Al mismo tiempo, mientras actualiza el pasado, la Eucaristía *nos proyecta hacia el futuro de la última venida de Cristo*, al final de la historia.

Hace falta, en concreto, fomentar, tanto en la celebración de la Misa como en el culto eucarístico fuera de ella, *la conciencia viva de la presencia real de Cristo*. La presencia de Jesús en el tabernáculo ha de ser como *un polo de atracción* para un número cada vez mayor de almas enamoradas de Él, capaces de estar largo tiempo como escuchando su voz y sintiendo los latidos de su Corazón. «¡Gustad y ved qué bueno es el Señor!».

El Corazón de Jesús: «rostro eucarístico» de Cristo

Dos textos de la Escritura nos acercan al Corazón de Jesús: uno, en el Calvario, donde el evangelista san Juan es testigo directo de que el Corazón de Jesús fue atravesado por una lanza y que del mismo brotaron sangre y agua, lo que atestigua la muerte de Cristo en la cruz por nuestros pecados. El otro, en el Cenáculo, aquí nuevamente el Corazón, junto con las otras llagas, dan fe de que el mismo Cristo que murió en la cruz es el que vieron resucitado los apóstoles, de una forma muy especial Tomás.

Por otra parte, dos manifestaciones, denominadas revelaciones privadas, han puesto ante los hombres de los «últimos tiempos» el Corazón de Jesús: santa Margarita María de Alacoque, cuyas reliquias recorrieron España este pasado mes de junio, y santa Faustina Kowalska.

La primera en el siglo xvii fue testigo de unas manifestaciones extraordinarias de Cristo que se le presentó mostrando su Corazón rodeado de espinas, con la herida, una cruz y una llama. El Corazón que tanto ha amado a los hombres y que no ha recibido sino ingratitudes y desprecios. Se muestra en un último esfuerzo, como una segunda redención para salvar a los hombres, como fuente de misericordia. Pide reparación y consagración; y promete, además de la santidad, que reinará a pesar de sus enemigos.

La segunda, a mediados del siglo xx, vio también el Corazón de Jesús del que brotaban dos rayos de luz. Su mensaje es para el hombre de hoy que está necesitado como nunca de la misericordia que brota del Corazón de Jesús.

Los Santos Padres vieron en la escena del Calvario el nacimiento de la Iglesia, esposa de Cristo, de forma semejante a como Eva fue creada del costado abierto de Adán. La Iglesia está simbolizada en la sangre y el agua que representan los sacramentos de la Eucaristía y el Bautismo.

La escena del Cenáculo, después de la resurrección, muestra el itinerario siempre difícil de la fe. Porque no basta con ver el rostro de Cristo, ni siquiera resucitado para creer en Él, se necesita la gra-

cia de la fe que exige primero una revelación dada desde lo alto.

Decimos que el Corazón de Jesús es el «rostro eucarístico» de Cristo, en primer lugar, porque su Corazón es la prueba física del amor de Dios a los hombres que entregó su Cuerpo y Sangre para redimirlos y la Eucaristía es el memorial de la pasión, muerte y resurrección de Cristo; y, en segundo lugar, porque la Iglesia nace del Corazón de Cristo traspasado en la cruz y también nace de la Eucaris-

tía, como se desprende del sugerente título que Juan Pablo II dio a la encíclica que escribió sobre la Eucaristía: *«Ecclesia de Eucharistia»*.

Pidamos, pues, al Corazón de Jesús que nos revele el misterio de su amor, que siempre vivamos de la Eucaristía con la esperanza puesta en Él y que nos muestre su «rostro eucarístico» para que de su contemplación nazca en nosotros el amor de reparación y de consagración que pidió a la santa de Paray-le-Monial.

El Corazón de Jesús y la Eucaristía

Alocución del Papa en el monasterio de la Visitación (1986)

«Damos gracias por la experiencia mística de santa Margarita María. Le fue concedido, con una fuerza particular pero en una existencia escondida, conocer la fuerza y la hermosura del amor de Cristo. En la adoración eucarística, ella contempló el Corazón traspasado por la salvación del mundo, herido por el pecado de los hombres, pero también “fuente viva” como testimonia la luz que resplandece de las llagas de su Cuerpo resucitado.

»Damos gracias por el gran desarrollo de la adoración y de la comunión eucarística que han tomado de aquí un nuevo impulso, gracias al culto del Sagrado Corazón, favorecido notablemente por la Visitación y por los padres jesuitas, y aprobado enseguida por los papas. La devoción particular de los primeros viernes de mes ha producido muchos frutos, siguiendo los mensajes apremiantes recibidos por Margarita María».

Mensaje a los peregrinos de Paray (1999)

«Del Corazón amorosísimo de Jesús proceden todos los sacramentos, y especialmente el mayor de todos, el sacramento del amor, por el cual Jesús ha querido ser el compañero de nuestra vida, el alimento de nuestra alma, sacrificio de un valor infinito.

»En el umbral del tercer milenio, “el amor de Cristo nos impulsa” a hacer que sea conocido y amado el Salvador, que derramó su sangre por los hombres. “Por ellos me santifico a mí mismo, para que ellos también sean santificados en la verdad”. Por tanto, exhorto encarecidamente a los fieles a adorar a Cristo, presente en el santísimo

Sacramento del Altar, permitiéndole que cure nuestra conciencia, nos purifique, nos ilumine y nos unifique. En el encuentro con él los cristianos hallarán la fuerza para su vida espiritual y para su misión en el mundo. En efecto, en la relación de corazón a corazón con el divino Maestro, descubriendo el amor infinito del Padre, serán realmente adoradores en espíritu y verdad».

La devoción a la misericordia divina

En la canonización de la beata María Faustina Kowalska (2000)

«Cristo resucitado en el Cenáculo da el gran anuncio de la misericordia divina y confía su ministerio a los Apóstoles: “Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados; a quienes se los retengáis les quedan retenidos”.

»Antes de pronunciar estas palabras, Jesús muestra sus manos y su costado, es decir, señala las heridas de la Pasión, sobre todo la herida de su Corazón, fuente de la que brota la gran ola de misericordia que se derrama sobre la humanidad. De ese Corazón sor Faustina Kowalska, verá salir dos haces de luz que iluminan el mundo: “Estos dos haces –le explicó un día Jesús mismo– representan la sangre y el agua”.

»¡Sangre y agua! Nuestro pensamiento va al testimonio del evangelista san Juan, quien, cuando un soldado traspasó con su lanza el costado de Cristo en el Calvario, vio salir “sangre y agua”. Y si la sangre evoca el sacrificio de la cruz y el don eucarístico, el agua, en la simbología joánica, no sólo recuerda el bautismo, sino también el don del Espíritu Santo.»

El nuevo imperio que surge de la Revolución

MARÍA REYES JAURRIETA GALDIANO

BONAPARTE, dijo Thiers, venía bajo las formas monárquicas, a continuar la revolución en el mundo». Ciertamente, el golpe de estado del 18 Brumario (nombre del segundo mes del calendario republicano francés, que correspondía al intervalo del 22 de octubre al 21 de diciembre) de 1800, lejos de ir dirigido contra la Revolución, estaba destinado a salvarla. Napoleón Bonaparte, después de derrotar a los austriacos e Italia, condujo una expedición a Egipto y ahora volvía a Francia apareciendo como el anhelado salvador de una república decadente. En cuanto llegó a Fréjus fue acogido al grito de «¡Viva la República!» y cruzó Francia como un triunfador.

Como consecuencia del golpe de Estado, aceptado favorablemente tanto por la burguesía conservadora como por los republicanos, el Senado le confió, junto con los cónsules Sieyès y Roger Ducos, el poder ejecutivo. En diciembre de ese mismo año se promulgó la Constitución del año VIII por la que Napoleón fue nombrado Primer Cónsul de la República francesa. El historiador J. Bainville comentaba al respecto con acierto:

«Así, diez años después de 1789, la situación era ya insostenible. Los que se habían aprovechado de la Revolución, sobre todo los adquirentes de bienes nacionales, no eran los menos alarmados. Todo el mundo se volvía conservador. Los unos estaban cansados hacía mucho tiempo del desorden y los excesos. Los otros querían consolidar el nuevo régimen y comprendían la necesidad de un retorno a la autoridad y el orden. La repugnancia y la inquietud en-

tregaron Francia a Bonaparte. Pero su dictadura salía de los postulados de la misma revolución, que había acabado por buscar refugio en el poder personal».¹



Bonaparte en el Consejo de los Ancianos el 18 Brumario, cuadro de Bouchot

De cinco directores se pasaba a tres cónsules. Acto seguido el general Bonaparte fue el primero, el único. Gobernó tranquilizando a los revolucionarios afianzados y a la masa apacible de la población. Borraba los restos del jacobinismo, el impuesto obligatorio progresivo y la odiosa ley de rehenes. Volvía las iglesias al culto y pacificaba a la Vendée atajando las persecuciones religiosas.

«Así, utilizando la experiencia de la realeza y la de la Revolución, Bonaparte, con los restos de una y otra, compuso las instituciones del año VIII, fundadas en la centralización administrativa, que ponen a la nación a

manos del Estado y que son tan cómodas para los gobiernos, que todos los regímenes que se han sucedido después las han conservado.»²

Con la Paz de Amiens estipulada con Inglaterra en 1802 Napoleón se aprovechó de su popularidad para forzar al Senado para que le nombrara cónsul vitalicio. Sometida esta propuesta a un plebiscito popular, ese mismo año fue elegido cónsul vitalicio.

Ahora era menester únicamente encontrar las circunstancias que permitirían a Napoleón Bonaparte dar un paso más y tomar aquel título de emperador que ya estaba en su mente y que agradaba a los franceses porque evocaba el recuerdo de la antigua Roma y porque respondía a la extensión de sus conquistas.

Francia, después del Tratado de Amiens, trabajaba por crear un estado de cosas duradero y Bonaparte

1. Jacques Bainville, *Historia de Francia*, Barcelona, 1943, p. 284.

2. Jacques Bainville, ob.cit., p. 287.

se alejaba cada vez más de la Revolución. En la mente del Primer Cónsul se formaban sentimientos e ideas monárquicos. Los realistas creyeron por un momento que meditaba volver a llamar a los Borbones. Luis XVIII, desde el destierro, le escribió una carta a la cual contestó él de una manera que no daba lugar a ninguna esperanza. Si pensaba en la monarquía, era para sí mismo. Y así lo demostró en cuanto tuvo ocasión. Una conspiración de realistas para matar al Primer Cónsul irritó profundamente a Napoleón pero también fue para él «como un rayo de luz». ³ Como todos los conjurados habían declarado que un príncipe había de unirse a ellos, el Primer Cónsul resolvió hacer un escarmiento. Aunque en toda ocasión había mostrado su horror por la ejecución de Luis XVI, él recurrió al equivalente de un regicidio para dar a su trono un sangriento bautizo republicano. El príncipe anunciado por los conspiradores realistas no aparecía, pero Napoleón no quiso abandonar el plan que había formado. Mandó apoderarse a la fuerza del joven príncipe de Condé, duque d'Enghien, que se hallaba en Ettenheim, en territorio badense, y que fue fusilado después de simular un juicio. La conspiración fue la gran oportunidad para Napoleón, dejando claro a los realistas la imposibilidad de la vuelta de los Borbones, demostrando al mismo tiempo a los republicanos que él era uno más entre ellos «y que el general Bonaparte quedaba separado de los Borbones por un foso lleno de sangre real». Esta conspiración y otras de carácter jacobino fueron utilizadas por Napoleón para que se viera la necesidad de consolidar su poder nombrándole emperador.

«Era menester, dijo Thiers, hacerlo rey o emperador para que la herencia, añadida a su poder, le asegurase sucesores naturales e inmediatos y para que, resultando inútil el crimen cometido en su persona, se sintiese menos la tentación de cometerlo. Poner una corona sobre aquella cabeza preciosa y sagrada, sobre la cual reposaban los destinos de Francia, era como colocar en ella un escudo que le protegería contra los golpes de los enemigos. Al protegerla, se protegería a todos los intereses originados de la revolución (...) se conservaría en Francia el régimen de igualdad, de justicia y de grandeza que había adquirido.» ⁴

Conservar: he aquí la gran palabra. La Revolución se había vuelto conservadora de sí misma y de sus resultados. Para salvarse, para durar, había recurrido, el 18 de Brumario, al poder personal. Ahora recurría a la monarquía hereditaria.

Autocoronación del emperador

BONAPARTE todavía no había sido nombrado emperador por el Senado, más a pesar de ello lo puso todo en movimiento para obtener su coronación del Papa. En Roma se recibió el escrito con cierto terror, pues el asesinato de Enghien había estremecido al Vaticano y de hecho «fue una de las causas por la que Pío VII vaciló tanto tiempo antes de dar su aceptación a la coronación».

El representante del papa, Consalvi, contestó que sólo un motivo religioso podía excusar semejante viaje; el Papa no podía acceder a una mera invitación de ir a París para coronar allí al emperador cuando tradicionalmente los que habían querido ser coronados emperadores siempre habían ido a Roma para recibir la consagración. Pío VII, para justificar su viaje, exigió a Napoleón que declarase, de manera indudable y oficial, con una seguridad determinada y solemne, la cooperación del Gobierno francés para obtener la sumisión de los sacerdotes juramentados, así como la abjuración de sus errores delante del Papa, relevando de sus sedes a quienes no quisieran hacerlo. Además, se revocarían los artículos orgánicos contrarios a la Iglesia y se suprimirían los decretos de Melzi, que violaban el concordato italiano. En una palabra, se debía obtener para la Iglesia una ventaja substancial.

Weiss da detallada cuenta de las dudas de Pío VII respecto a la coronación. ¿Al coronarlo a él no se coronaba a la revolución? ¿Sería fiel a los compromisos adquiridos? ¿Sería un escándalo para los católicos? Pero, por otro lado, el poder de Francia era tan grande y el joven soberano, si quería, podía hacer tanto a favor de la Iglesia que su ardiente deseo reclamaba ser tomado en cuenta. En tiempo de la irrupción de los bárbaros, ¿no habían los papas consagrado caudillos de pueblos germánicos y tomado con éstos sus fuerzas al servicio de la religión y la cultura? Finalmente, «tras una larga y tormentosa discusión, se consiguió una seguridad solemne y formal de una enérgica cooperación del gobierno francés para obtener la sumisión de los sacerdotes y las otras demandas que acabamos de enumerar. Después de que el Papa hubo recibido estas seguridades en la forma más obligatoria, prometió, con el único designio de aprovechar a la religión vencer todos los obstáculos que se oponían a este viaje».⁵

Tras los espléndidos preparativos llega el día tan deseado, el 2 de diciembre de 1804. París se vuelca para ver y recibir la bendición del Papa de tal manera que el emperador le tuvo celos y dio órdenes para disminuir la concurrencia de las gentes al Santo Pa-

3. Jacques Bainville, ob. cit., p. 294.

4. Jacques Bainville, ob. cit, p. 295.

5. J.Bta. Weiss, *Historia Universal. El Imperio de Ulma a Eylau*, vol. XX, p. 495.

dre. Pío VII, que lo observó, se retiró en adelante sin mostrar vestigio de disgusto.

La corte hace alarde de un lujo escandaloso. Las memorias de una asistente a la ceremonia confiesan: «El papa tenía durante toda la solemnidad el aspecto de una víctima resignada, que había renunciado liberalmente a muchas cosas en gracia a una elevada finalidad». Napoleón y su esposa entran en la iglesia acompañados de una marcha triunfal y en un trono situado a la derecha del altar le espera Pío VII. Después de que el Papa le ha ungido, ceñido la espada bendecida y pronunciado la oración ritual, va a coronarlo; entonces Napoleón se levanta vivamente, toma la corona del altar y la coloca sobre su cabeza. Thiers observa: «Esta acción entendida por todos los presentes, produjo una impresión indecible». Luego tomó con la misma osadía la otra corona y la puso en la cabeza de su compañera deshecha de lágrimas.

De esta forma se desvirtuaba el significado de la coronación por el Papa. El nuevo emperador no acepta la protección espiritual de la Iglesia sino que se alza frente a ella. No reconoce ningún poder por encima del suyo y lo apoya en los llamados derechos del hombre y en la fuerza de las bayonetas. Carlomagno recibió del Papa la corona imperial rematada por una cruz, signo de sumisión ante Dios como principio de todo poder. Sin embargo, la delgada diadema imperial de joyas de laurel de oro que Napoleón se ciñó a sí mismo ya no tenía nada de cristiana.

El Papa ha sido engañado y humillado, pues Napoleón no ha buscado en este acto más que satisfacer su vanidad, atraerse a los católicos, humillar a Austria, aturdir a Inglaterra y asombrar a Europa. Ni que decir tiene que desde el día de la coronación empezaron las decepciones y el disgusto del Papa pues Napoleón evitó todas las exigencias del Papa.

La Confederación del Rin

LA corona imperial de Napoleón tiene, sin embargo, una sombra. Al flamante emperador le molesta la aureola de majestad que dan al título imperial de Francisco II la herencia romana, la grandeza de los Otones y la gloria de la cruz. No se le oculta que el título de emperador del Sacro Romano Imperio ha significado mucho para el Occidente, tanto que alrededor de él giró la política de Europa durante siglos porque era sencillamente la continuación del Imperio romano, como lo probaba su título de *Imperator Augustus*. Y a sofocar la significación de este título, que él ha plagiado, dirige su política y sus armas. Quiere dislocarlo y debilitarlo de suerte que no brille más que el imperio francés.

Para ello se vale de Talleyrand, diplomático de

recursos inagotables y falto completamente de escrúpulos, el cual pone las bases de la Confederación del Rin. Tomando como pretexto la preparación de una acometida a Inglaterra, que no llegó a efectuarse, Napoleón recorre los países ya hábilmente pre-dispuestos por Talleyrand, situados entre el Mosa y el Rin, ejerciendo gran fascinación sobre las masas. Esto, unido a que Napoleón se hace coronar rey de Italia, es la causa de que en Viena triunfe el partido de la guerra. Se forma así la tercera coalición contra Francia.

Inglaterra, Rusia, Austria, Suecia y el reino de Nápoles se alían contra Francia, España y los Estados meridionales de Alemania, mientras Prusia permanece neutral. Prácticamente toda Europa lucha en dos bandos. Napoleón vencerá a los ejércitos coaligados en la batalla de Austerlitz (2 de diciembre de 1805), la más perfecta de la historia militar de Napoleón y, posiblemente, de toda la historia militar. Con este triunfo obliga a los austriacos a la Paz de Presburgo por la cual Austria cede a Francia el Véneto, que entra a formar parte del reino de Italia.

A la presión de las influencias de Talleyrand se une la oficiosa simplicidad del archicanciller del Imperio, Dalberg, y la diputación provincial austríaca, secularizadas las posesiones eclesiásticas, cambia los cuadros territoriales y reorganiza el Consejo de Electores Imperiales. Francisco II no acepta estos cambios y he aquí la oportunidad para que Napoleón intervenga directamente en los asuntos del Reich. Se forma la Confederación del Rin y los países renanos rompen su dependencia de vasallaje con el Imperio y dan a Napoleón el título de Protector de la Confederación. Como consecuencia de la Paz de Presburgo, una de las más importantes del Imperio napoleónico, se organiza con 16 príncipes alemanes la Confederación del Rin, en la cual entran poco tiempo después 37 estados, cuatro reyes, cinco grandes duques, 15 príncipes y 13 duques. También Alemania ha saludado en cierto modo a Napoleón como al hombre en quien confiaba para su unidad frente al Sacro Imperio, disuelto por la Paz de Presburgo.

Queda Napoleón como mediador de Suiza, protector de la Confederación renana, emperador de los franceses y con los tronos de Holanda y Nápoles ocupados por sus hermanos.

Un sacrilegio más

PERO la grandeza y ambición de Napoleón no tiene límites. Seis meses después de empuñar el báculo que por orden expresa suya es una copia del de Carlomagno, se ciñe la corona de los reyes lombardos, repitiendo en la catedral de

Milán la antigua fórmula carolingia: «Dio me la diede: guai a chi la tocca».

Deja como virrey de Italia al príncipe Eugenio y cuando, para sacrificarlos en holocausto de su gloria, pide soldados a toda Europa, Italia le proporciona la magnífica legión lombarda. Es verdad que unió Italia, pero fue en su propio provecho para formar un reino cisalpino; es verdad que la libró de sus señores naturales, pero fue para darle reyes y duques de su propia familia; es verdad que no hubo durante su gobierno guerras civiles, pero soldados italianos siguiendo sus águilas fueron desde Boulogne hasta Austerlitz, desde España hasta Suecia y desde Alemania hasta Rusia.

Desde Schönbrunn lanza el decreto despojando al Papa de sus estados. Así su descendencia poseerá la monarquía más antigua y más augusta de la tierra y su hijo, apenas nacido, será Rey de Roma.

Sin embargo, casi a partir de entonces la estrella de Napoleón palidece. Caen las armas de las manos de sus soldados y a millares mueren en las llanuras nevadas de Rusia, en los campos de Borodino y Smolenko o sepultados en las aguas heladas de los ríos. Napoleón II, rey de Roma, inconsciente usurpador y víctima del reto lanzado al cielo por su padre, no fue nunca un rey efectivo. Murió muy joven, refugiado en la corte de Austria con el nombre de duque de Reichstadt que su abuelo le dio en consideración a su madre, la archiduquesa María Luisa.

El fin del Imperio romano

EL 12 de julio se firma el protocolo de la Confederación del Rin que se ratifica el 25 en Múnich. El primero de agosto de 1806 anunciaron en Ratisbona su separación del Imperio alemán y el enviado francés declaró que Napoleón ya no reconocía su existencia. El 6 de agosto el emperador Francisco II respondió a este hecho con una declaración de la que reproduciremos algún fragmento:

«Las consecuencias que han tenido muchos artículos de la Paz de Presburgo luego que fueron publicados, y hasta el día de hoy, y los acontecimientos sabidos por todos, que han ocurrido en el Imperio alemán, nos han dado el convencimiento de que en las circunstancias nuevas nos sería imposible continuar cumpliendo las obligaciones contraídas por la capitulación electoral. (...) Por la presente consideramos disuelto el vínculo que hasta ahora nos ataba al Cuerpo Político del Imperio alemán; que por la unión de los príncipes electores y príncipes con-

federados, consideramos extinguido el oficio supremo y dignidad del Imperio y por ende nos miramos desatados de todas las obligaciones que asumimos respecto del Imperio alemán, y por causa del mismo deponemos la corona y gobierno imperial que hasta ahora habíamos tenido».

El acto de Francisco II, aunque transcurriera en medio de una lógica indiferencia, era trascendental y simbólico. El historiador y profesor de derecho en la Universidad de Oxford James Bryce, en su obra *The Holy Roman Empire*, asumió la difícil tarea de hacer una reflexión aguda en torno al significado que para Europa y el mundo ha tenido la idea del Imperio romano a través de la historia a pesar de sus muchas transformaciones. Como buen historiador analizó los hechos históricos sabiendo encontrar en ellos profundos significados y agudas reflexiones:

«Entre los que en agosto de 1806 leyeron en los periódicos europeos que Francisco II acaba de anunciar a la Dieta que renunciaba a la corona imperial, muy pocos sin duda, reflexionarían que la más antigua institución política del mundo acababa de fenecer. Sin embargo así era. El Imperio, destruido por el protocolo de un diplomático redactado a orillas del Danubio, era el mismo que el astuto sobrino de César conquistó con las fuerzas de Oriente al pie de los acantilados de Actium y que había logrado conservar casi intacto durante dieciocho siglos, no obstante las transformaciones más considerables en su extensión, poder y carácter, un título y pretensiones desprovistas desde mucho tiempo de toda suerte de significado. Nada ligaba tan directamente el antiguo mundo al moderno, ni resumía en estos contrastes más vasta porción de la historia de Europa».

Ciertamente, tras la famosa Paz de Westfalia (1648) el Imperio alemán estaba agotado. Alemania, dividida en multitud de estados independientes, se halla en la anarquía más absoluta tras la guerra de los Treinta Años. El poder del Emperador parecía ya nulo, no obstante el gran prestigio que aún conservaba su título. Durante el siglo XVIII Prusia irá creciendo cada vez más. Austria se repliega sobre sí misma abandonando su misión de directora del Imperio. El Imperio seguía por la inercia de las cosas esperando el golpe que había de abatirlo definitivamente. Llegaba la hora de Napoleón. Se fundaba un nuevo imperio sobre bases nuevas, que pretendían ser origen de una sociedad que emergía de los principios de la Revolución francesa y tenía por artífice a Napoleón Bonaparte. Estabilizaba sus principios abriendo con ello la era de las revoluciones europeas.

Napoleón, la fase cesarista de la Revolución

JORGE SOLEY

NAPOLEÓN Bonaparte irrumpe en la historia como un relámpago cegador: del caos revolucionario y del terror surge este nuevo Alejandro Magno que hará estremecerse a Europa entera con sus visiones y sus ejércitos. Napoleón, dos siglos después, sigue provocando admiración y rechazo, según se le contemple como restaurador del orden o como culminación de la Revolución francesa.

La primera cuestión que se plantea es la de sus aparentemente complejas relaciones con la Iglesia católica. Como veremos a continuación, tras una fachada pretendidamente respetable, Napoleón no difiere esencialmente de la concepción de otros revolucionarios, si bien optará por un cambio de táctica. Político hábil, intuitivo y decidido, no dudará en firmar en 1802 el Concordato que abriría de nuevo las puertas de Francia a la Iglesia. No se podía conquistar un imperio con un país desgarrado por las luchas y en el que la persecución religiosa que había desatado la República golpeaba por doquier. Metternich lo expresa con su sobriedad y acierto habituales cuando, en sus *Memorias*, afirma: «Francia tenía necesidad de reposo. La sentía, y este sentimiento no reinaba solamente en la masa de la nación, sino que era compartido también por los compañeros de armas de Napoleón». Tras los aciagos años del Terror, con Bonaparte llegará la calma... que ahogará cualquier posibilidad de acabar con el régimen nacido de la Revolución y preparará el país para la sucesión de guerras que iba a desatarse. Consciente de que necesitaba de los católicos para sus grandes planes, Napoleón les aceptó de nuevo, si bien con un planteamiento completamente diferente del que pudiera existir antes de 1789. En efecto, el hombre que confesaba en una carta a Josefina que «no creo en la inmortalidad del alma» y que tras el golpe del 18 Brumario liberó únicamente a los sacerdotes casados o juramentados (que habían jurado la Constitución Civil del Clero, en rebeldía pues con el papado) es el mismo que, llevado de su sentido del realismo, autoriza en diciembre de 1799 el culto católico a condición de que el celebrante haya «prometido fidelidad a la Constitución del año VIII»; dividiendo de paso de este modo al episcopado francés sobre cómo actuar al respecto. Su actitud posterior en la cuestión de la ordenación de los sacerdotes proseguirá en la línea revolucionaria, y anteriormente galicana, de reservarse un derecho de veto

sobre la lista de candidatos a recibir las órdenes sagradas; «las recortaba a capricho», confesaba monseñor Delassus.

Pero no comprenderíamos plenamente la política religiosa de Napoleón si no penetráramos en lo que él mismo, en el *Memorial de Santa Helena*, afirmara al respecto: «Cuando restablecí los altares, cuando protegí a los ministros de la religión, el Papa hizo lo que le pedí: apaciguó los espíritus, los tomó en su mano y los puso en la mía». Lo cierto es que la normalidad del culto se restableció, si bien sobre la base de un maquiavelismo político y de un ateísmo relativista que no auguraban nada bueno: cuando en 1800 Bonaparte se dirige al Consejo de Estado, se expresará en estos significativos términos: «Haciéndome católico he acabado con la guerra de la Vendée, haciéndome musulmán me establecí en Egipto, haciéndome ultramontano me gané los ánimos en Italia. Si gobernara un pueblo de judíos, volvería a edificar el Templo de Salomón».

Esta peculiar concepción del papel de la religión católica en la vida de las sociedades vuelve a ponerse de manifiesto en las relaciones de Napoleón con el Sumo Pontífice. Soldado al servicio de la Revolución, a Bonaparte no le temblará el pulso a la hora de invadir Roma y hacer prisionero a Pío VI, conduciéndolo sucesivamente a Savona, Florencia y finalmente Valence, donde moriría en 1798 (¡la república francesa le negó el entierro religioso, forzando la realización de un grotesco entierro civil del Papa!). Pues bien, ese mismo soldado, seis años después, en diciembre de 1804, organizaría la pantomima de su coronación imperial. Tras hacer venir hasta París al papa Pío VII, Napoleón dio un golpe de efecto al no permitir que el Papa le ciñera la corona imperial, arrebatándosela y autocoronándose. El Papa, que no había escuchado las advertencias de Joseph de Maistre en el sentido de que le iban a utilizar, debió soportar una humillación sin precedentes que además tampoco le ahorraría la invasión de los Estados Pontificios por parte del nuevo «emperador» en 1809, provocando la excomunión de Napoleón y el arresto del Papa, que fue confinado en Fontainebleau (por cierto, y a título de anécdota, aunque bien significativa, tras la caída del régimen napoleónico, fue precisamente Pío VII quien dio refugio en Roma a la madre de Napoleón). El nuevo poder político gustaba de revestirse de los añejos símbolos imperiales, pero la realidad que latía bajo esos símbolos era



Cuadro del pintor David que representa la «autocoronación» de Napoleón.

completamente distinta: no reconocía ninguna otra fuente de poder ni de legitimidad que la que emanaba de sí mismo. Se franqueaba así una nueva etapa hacia el totalitarismo, si bien la habilidad de Napoleón para utilizar la antigua simbología confundiría, y sigue confundiendo, a muchos.

Como ya hemos señalado, Napoleón era muy consciente de la necesidad de asegurarse sólidos apoyos. En esta cuestión jugaron un papel primordial tanto la experiencia acumulada a lo largo de las distintas fases de la Revolución francesa, en la que contempló cómo la Revolución siempre acaba por devorar a sus hijos, como el saberse soberano ilegítimo, coronado sobre las bayonetas revolucionarias, fundado sobre la violencia y, por tanto, siempre débil a pesar de todas las apariencias de fuerza y grandeza. Especialmente esclarecedor al respecto es la conversación que mantienen Metternich y Napoleón y que relata el primero en sus *Memorias*: el Príncipe de Metternich, acercándose el final del Imperio napoleónico, le expone que está ante su última oportunidad; «Hoy podéis aún concluir la paz, mañana será quizás demasiado tarde. El Emperador [Francisco de Habsburgo], mi Soberano, no se deja guiar sino por su conciencia; a vuestra vez, Sire, debéis consultar la vuestra». Estamos en uno de esos momentos en los que la historia se balancea hacia uno u otro lado; podemos imaginar la tensión de la escena. Entonces, bruscamente, Napoleón responde confesando toda su debilidad: «¡Pues bien! ¿qué es lo que se quiere de mí? ¿que me deshonoré? ¡Jamás!

Sabré morir, pero no cederé una pulgada de terreno. Vuestros soberanos, nacidos en el trono, pueden dejarse batir veinte veces y volver siempre a entrar en sus capitales; yo no puedo, porque soy un soldado recién llegado. Mi poder no sobrevivirá un solo día al que yo haya dejado de ser fuerte y, en consecuencia, deje de ser temido».

Para consolidar esa fuerza necesaria para sobrevivir en la cima del Estado, Napoleón no escatimó esfuerzos para dotarse de una administración fiel y eficaz: la Revolución se dotaba así de una poderosa burocracia, fenómeno éste repetido hasta la saciedad desde entonces. Por otra parte, el Código napoleónico supuso un poderosísimo instrumento en sus manos para alterar el núcleo de la ordenación básica de la sociedad, plasmando de este modo la nueva concepción que Bonaparte encarnaba. Como confesaba el tribuno Sédillez, hablando del Código napoleónico, sus objetivos serían «atrapar al hombre hasta en el reducto más secreto de su pensamiento, tocar las fibras más sensibles de sus afectos, para reformar sus hábitos y hacerle contraer nuevos; pues el gran secreto del legislador es hacer de modo que el ciudadano que obedece a las leyes no crea obedecer más que a su propia voluntad».

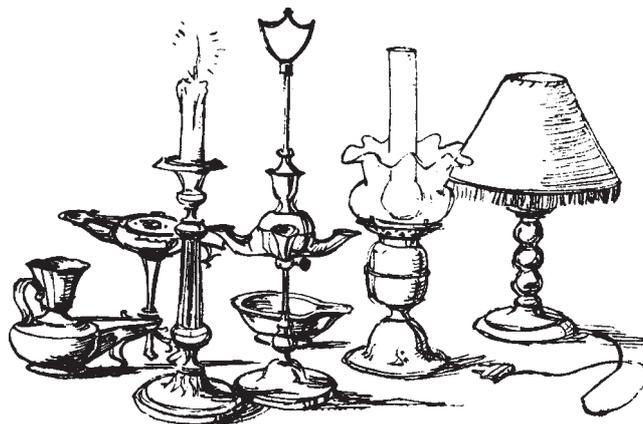
En cuanto a la educación, Bonaparte centró gran parte de sus afanes en la Universidad, que reorganizó a su antojo. En 1806, el francmasón Fourcroy, a la sazón director de enseñanza pública, propondrá al poder legislativo un proyecto de ley para la organización de la Universidad, que le entregó a ésta el

monopolio de la enseñanza superior y cuyo primer rector fue el también masón Fontanes. La nueva universidad napoleónica, en palabras del historiador Nicolas Deschamps, «a pesar de los hombres excelentes que albergó, se mantuvo, en su organización y su espíritu general, como la expresión de la Revolución y el molde en el que tantas jóvenes generaciones aprendieron el indiferentismo y el panteísmo». Para redondear el control ideológico sobre los principales focos de saber de la época, Napoleón decidió supervisar también la enseñanza impartida en los seminarios. Como explica el historiador Thibadeau, el propio Bonaparte declaró que «No se debe abandonar a la ignorancia y al fanatismo el cuidado de formar a los jóvenes sacerdotes. Existen tres o cuatro mil párrocos o vicarios, hijos de la ignorancia y peligrosos por su fanatismo y sus pasiones. Hace falta prepararles sucesores más ilustrados, instituyendo, bajo el nombre de seminarios, escuelas especiales que estén al arbitrio de la autoridad. Al frente de ellos pondremos profesores instruidos, adeptos al gobierno y amigos de la tolerancia [sic]. No se limitarán a enseñar la teología. Unirán a ello una especie de filosofía y una honesta mundanidad».

La figura y la obra de Napoleón tienen grandeza, es indudable, pero es la grandeza pretenciosa del orgullo, condenada al fracaso. Bonaparte nunca fue otra cosa que la Revolución en su fase cesarista de estabilización y consolidación. Así lo vio su sobrino, Napoleón III, al escribir que «la Revolución agonizante, pero no vencida, había legado a Napoleón su última voluntad. Ilumina a las naciones, debió decirle, afianza sobre bases sólidas los principales resultados de nuestros esfuerzos. Ejecuta en extensión lo que yo he debido hacer en profundidad. Sé para Europa lo que yo he sido para Francia. Esta gran misión, Napoleón la realizó hasta el fin». Esta misma misión de extensión de la Revolución, junto con una engreída visión de su propio papel en la historia, es la que aparece reflejada, de puño y letra del propio Napoleón, en sus *Memorias*: «Se pueden

contar en Europa, aunque dispersos, más de treinta millones de franceses, quince millones de españoles, quince millones de italianos, treinta millones de alemanes; habría querido hacer de todos ellos un solo pueblo y un único cuerpo nacional. Habría sido espléndido avanzar con este séquito hacia la posteridad y la bendición de los siglos. Me sentía digno de esta gloria. Después de esta simplificación, habría sido más fácil entregarse a la quimera del bello ideal de la civilización: implantar en todas partes la igualdad de los códigos, los principios, las opiniones, los sentimientos. Toda Europa se habría convertido rápidamente en un único conjunto de ciudades, de puntos de vista, de opiniones, de sentimientos y de intereses». Un magno conjunto uniforme, revolucionario y totalitario que, en sus sueños, no debía detenerse hasta abarcar el orbe entero.

Thiers sostiene que el mismo Napoleón, la noche del asesinato del duque de Enghien, afirmó: «Se quiere destruir a la Revolución. Pero la defenderé, pues la Revolución soy yo». Dejando aparte eso que ahora se llama su autoestima, Napoleón acertaba. Por encima de las falsas apariencias y de los movimientos tácticos, en su trayectoria siempre persiste una realidad, la de un Imperio consagrado a extender y consolidar la obra de la Revolución. Es monseñor Delassus, citado por Jean Ousset, quien nos abre los ojos al verdadero carácter de la obra del «emperador» corso: «De hecho, por todas partes donde Napoleón llevó las armas, hacía lo que se había hecho en Francia, estableciendo la igualdad de cultos, expulsando a los religiosos, vendiendo los bienes eclesiásticos, imponiendo el reparto forzoso, aboliendo las corporaciones, destruyendo las libertades locales, derrocando a las dinastías nacionales, aniquilando, en una palabra, el antiguo orden de cosas y esforzándose por sustituir una civilización cristiana por una civilización cuyos dogmas revolucionarios serían su fundamento y sus principios». Éste, y no otro, es el verdadero Napoleón, aquel del que, por fortuna, nos libramos en Waterloo.



El concordato de 1802. Atropellos y sacrificios que la Iglesia soportó para obtenerlo*

DOMINGO SANMARTÍ FONT

INMEDIATAMENTE después de la batalla de Marengo y sólidamente establecido en el poder, Bonaparte quiso resolver la cuestión religiosa de Francia, que había de ser un paso de enorme trascendencia para obtener la pacificación de los espíritus que buscaba entonces el Primer Cónsul. Para ello habló con el cardenal Martiniani, obispo de Vercelli, acerca de sus propósitos de restablecer en Francia la religión católica y manifestó sus deseos de que se le enviara a monseñor Spina, obispo de Corinto, con el cual iniciaría las negociaciones.

En aquel momento la situación religiosa en Francia era de una gravedad extraordinaria. La Asamblea Constituyente había roto con la Santa Sede con motivo de la Constitución civil del clero. Este se dividió en dos grupos: juramentados o constitucionales y no juramentados. Más tarde, la Convención persiguió a los sacerdotes, de los cuales muchos fueron llevados al cadalso, otros, deportados; buena parte huyó, y algunos permanecieron entre los fieles ejerciendo, ocultamente, su ministerio entre peligros y miserias.

Al subir el Directorio, la persecución amenguó y los clérigos constitucionales que hasta entonces habían permanecido ocultos y muy quietos volvieron a levantar la cabeza, intentando restablecer el catolicismo, y así Grégoire, arzobispo juramentado de París, reunió un concilio nacional en que tomaron parte treinta y dos obispos constitucionales y en el cual se declaró que la iglesia galicana perseveraba en el Evangelio, en el dogma de la Iglesia católica y en la indisolubilidad del matrimonio.

Los seglares católicos no querían aceptar a los sacerdotes constitucionales ni recibir de ellos los sa-

cramentos, puesto que los consideraban como apóstatas, y de esta manera aumentaba el odio que los juramentados sentían para con los no juramentados.

Así pues, la masa del pueblo hizo oídos de mercader a las decisiones del sínodo de Grégoire, mientras que la jerarquía legítima, que aún existía oculta o en el destierro, le negó validez.

La desorientación era enorme: el ateísmo se propagaba de un modo aterrador, teofilántropos, constitucionales o juramentados, no constitucionales. Iglesias cerradas o dedicadas a la Razón, a la Juventud, a la Amistad.

Bonaparte, con su clara inteligencia, comprendió bien pronto que la pacificación religiosa era una tarea a la cual debía dedicar toda su formidable energía si quería obtener la paz interior. Pero esto no podía conseguirlo de no ser con la ayuda del Papa y no eran pocos los que a ello se oponían.

Afortunadamente, el Primer Cónsul no hizo caso de otros caminos que se le proponían: que llevara Francia al protestantismo o que se hiciera él mismo jefe de la Iglesia galicana, como hizo anteriormente Enrique VIII de Inglaterra. Claramente vio Bonaparte que el protestantismo no resolvía el problema, puesto que la gran mayoría de los franceses eran católicos, y en cuanto a erigirse en jefe religioso, dijo que lo que se le proponía era ponerle en ridículo como habían hecho Robespierre y Lareveillère-Lépeaux, ya que si se presentaba en público como jefe de la Iglesia galicana, hasta las verduleras del mercado le silbarían. No, no había más remedio que acudir al Papa.

A pesar de todo, la cosa no era tan fácil, pues aunque el Papa acogió con gran benevolencia las primeras insinuaciones de Bonaparte, no obstante, las cuestiones a tratar eran muy espinosas. Por otra parte, la mayoría de los que rodeaban al Primer Cónsul eran ateos convencidos y fervientes enemigos de la Iglesia católica y procuraron poner toda clase de obstáculos. Talleyrand y Fouché, dos de los principales consejeros de Bonaparte, eran, respectivamente, obispo y sacerdote renegados, viendo con muy malos ojos estas tentativas de aproximación, pues temían se les pidiera cuentas y se les molestara en su posición.

A la muerte de Pío VI, y después de seis meses y medio de sede vacante, fue elegido en Venecia, donde se había reunido el cónclave, el cardenal Bernabé

* El próximo 9 de diciembre se cumplen cien años de la sesión en que la Asamblea nacional francesa votó la ruptura del Concordato con la Santa Sede, hecho que supuso la implantación oficial del laicismo masónico en Francia. *Cristiandad* dedicó parte de su número del 15 de octubre de 1951 a este acontecimiento y lo documentó con el presente artículo de Domingo Sanmartí sobre la negociación y la firma del concordato de 1802. Por su relación con el tema del presente número nos parece muy oportuno reproducirlo aquí.

Luis Chiaramonti, obispo de Imola, al cual había conocido y tratado Bonaparte cuando era general en jefe del ejército de Italia. El nuevo papa, que tomó el nombre de Pío VII, era de una mansedumbre extraordinaria, y tomó por secretario de Estado al cardenal Hércules Consalvi, hombre de vida ejemplar y de gran talento que se mantuvo siempre a la altura de su misión. Sus «memorias» son uno de los documentos fundamentales de esta agitada época y a ellas nos referiremos con frecuencia.

Cuando el cardenal Martiniani dio cuenta de la petición del Primer Cónsul, el Papa y Consalvi, plenamente de acuerdo con el Sacro Colegio, acordaron mandar a monseñor Spina para que se entrevistara con Bonaparte, encargándole escuchase y diera relación. Spina pidió se le asociara un teólogo, que fue el padre Caselli, general de los servitas, y así los dos partieron para Turín, pero al llegar se encontraron con que Bonaparte había salido hacia París dejando aviso de que allí les esperaba. Así pues, a París encaminaron sus pasos Spina y Caselli.

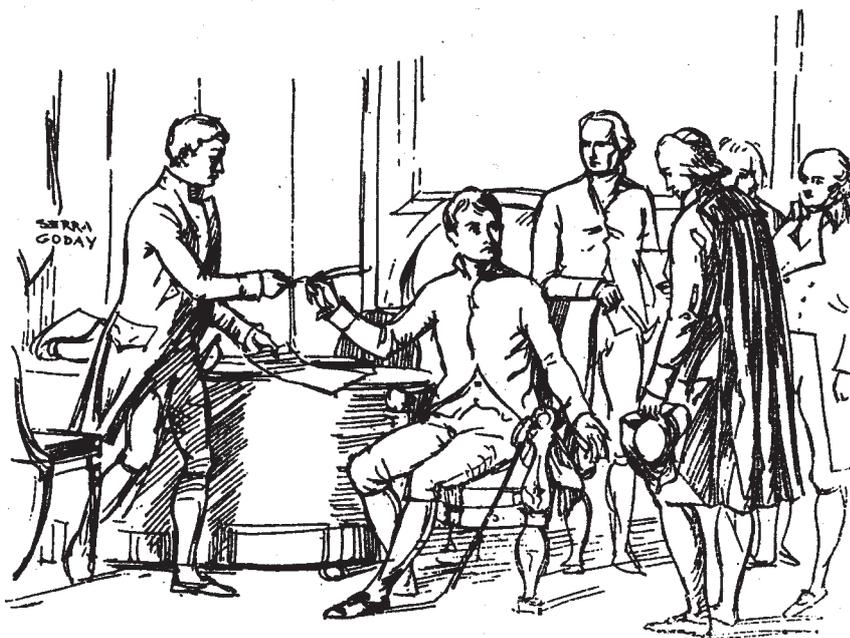
Monseñor Spina se dio cuenta muy pronto de que Bonaparte realmente quería entenderse con Roma, pero había de ser, exclusivamente, aceptando sus propuestas y sus puntos de vista; en una palabra, que fuera él quien dictara el concordato. Quería que en Francia no hubiera más que sesenta diócesis repartidas en quince arzobispados y cuarenta y cinco obispados, que fuesen depuestos todos los obispos, juramentados o no, y de entre ellos se escogiera a los más dignos; que el clero no tuviera posesiones territoriales, sino que recibieran un estipendio del Estado, el cual los nombraría para los cargos y el Papa los confirmaría. Tales proposiciones eran inaceptables, y Spina hizo contraproposiciones.

Talleyrand anunció a Spina que mandaría un diplomático a Roma: fue Cacault, que ya había estado allí y que intentó negociar sobre la misma base.

Pío VII y Consalvi mandaron su proyecto, que Bonaparte no aceptó, declarando que si en el plazo de quince días no se ponían de acuerdo, Cacault pediría los pasaportes. A esto añadió la amenaza de la guerra. Consalvi, designado por unanimidad por el Sacro Colegio para tratar esta difícil cuestión, visitó a Cacault y le hizo saber que el Papa no podía conceder lo que de él se exigía.

El embajador francés, que lamentaba sinceramente el fracaso de la negociación, pidió los pasaportes, y en la visita de despedida a Consalvi hizo una extraña proposición: la de que el cardenal secretario en persona fuese a París para negociar directamente con el Primer Cónsul. Consalvi puso reparos: no era probable que el Papa permitiera el alejamiento de su primer ministro, que se exponía a ser insultado en París, donde Consalvi era tenido por antifrancés. Cacault le dijo que la visita del cardenal de Estado halagaría enormemente el orgullo del Primer Cónsul, y como a la sazón se hallaba en París el conde Cobenzl, primer ministro del emperador, sería un éxito para el Cónsul mostrar a los parisienses dos primeros ministros que acudían a París; y como ministro tendría acceso directo al Primer Cónsul sin necesidad de intermediarios, y que la estúpida opinión de ser el cardenal antifrancés se desharía como la nieve en cuanto lo trataran. Creía Cacault ser éste el único camino que permitiría continuar las negociaciones.

Consalvi comunicó al Papa esta propuesta. Pío VII reunió inmediatamente al Sacro Colegio, pues en cuestión tan difícil no quería proceder según su



Napoleón firma el Concordato con la Santa Sede, según un dibujo de Gérard

criterio personal, y les expuso el plan. Los cardenales, y el Papa de acuerdo con ellos, determinaron ser oportuno seguir el plan propuesto por Cacault.

El cardenal secretario de Estado partió junto con Cacault, el cual mandó un correo a París. El viaje de Roma a París se hizo en catorce días, rapidez extraordinaria para aquellos tiempos, y cuando Consalvi, rendido de fatiga, se apeó en el hotel de Roma, donde se alojaban monseñor Spina y el padre Caselli, se halló con el abate Bernier, quien le anunció que dentro de unas horas el Primer Cónsul le recibiría en audiencia.

Este abate Bernier, más tarde obispo de Orleans, es un personaje algo turbio. Había sido párroco de Laud, en la Vendée, y uno de los que con sus alocuciones más inflamaban a los aldeanos en su lucha contra la Convención; pero al ver el fracaso de los realistas y con la política más moderada del Directorio, perdió la confianza en los Borbones y se acercó a los republicanos, según parece por lo que Hoche escribía de él. Cuando Bonaparte después del 18 Brumario llegó al poder, se pasó a él con armas y bagajes. En esta cuestión, el Primer Cónsul no se fiaba de Talleyrand, que, como obispo renegado, tenía poco interés en el éxito del concordato, por lo cual se sirvió de Bernier, cuyo papel en la negociación no fue muy digno, como veremos.

Efectivamente, a las dos de la tarde el maestro de ceremonias condujo a Consalvi a las Tullerías, en donde le recibió Bonaparte rodeado del Senado, el Tribunado, el Cuerpo legislativo y los principales funcionarios civiles y militares. Parece que la intención del Primer Cónsul fue la de deslumbrar a Consalvi con una exhibición de su poder y autoridad y desde el principio tomar ascendiente sobre él. Pero el cardenal estaba inmunizado contra este peligro por su clara inteligencia, su humildad y su férreo sentido del deber.

El Primer Cónsul se dirigió a Consalvi imperiosamente diciendo: «Conozco las causas de vuestra venida a Francia y deseo comenzar en seguida las negociaciones; os doy cinco días de tiempo; si después de ellos las negociaciones no han terminado, podréis regresar a Roma, pues por lo que a mí toca, he tomado para este caso mi resolución». Tranquilo y sereno le contestó el cardenal: «Su Santidad, con el envío de su primer ministro a París, ha demostrado el interés que se toma por la conclusión del concordato con Francia. Me entrego a las esperanzas de ser tan feliz que pueda quedar listo en el tiempo deseado». A la mañana siguiente se presentó Bernier para empezar las negociaciones. Éstas eran difíciles, y a Consalvi le pesaba, de una manera especial, tener que destituir a los obispos que habían permanecido fieles a Roma en circunstancias difíciles.

Después de grandes forcejeos se llegó a un acuer-

do tomando por base el proyecto que había presentado Roma y por el cual Cacault había pedido los pasaportes. Había de ser firmado por Consalvi, Spina y Caselli representando a Roma y por José Bonaparte, Bernier y Cretet en representación de Francia. Al día siguiente, 14 de julio, a las cinco de la tarde había de celebrarse un banquete para festejar este acontecimiento. Ya el *Moniteur* había anunciado la feliz terminación de las negociaciones.

Pero entonces se produjo el golpe teatral. El día 13 de julio de 1801 se reunieron en casa de José Bonaparte, quien saludó a Consalvi con gran amabilidad diciéndole que presto terminarían, pues se trataba tan sólo de firmar. El Cardenal se inclinó para estampar su firma, pero antes de hacerla dio una ojeada al documento que se le presentaba, y su mano ya dispuesta se inmovilizó. El documento que le ofrecían para firmar no era el que habían acordado, sino el plan primitivo propuesto por Bonaparte al principio de las negociaciones y que rechazó Roma.

Consalvi declaró que no firmaría de ninguna manera. José Bonaparte dijo que no sabía nada del asunto. Oigamos al mismo Consalvi: «Creo que no sabía nada de todo este asunto, pues en todas las cosas que dijo durante esta sesión no se contradijo nunca». Cretet dijo que tampoco tenía idea de la cosa, pero no así Bernier: «Avergonzado y confuso confesó debía reconocer la diversidad del concordato que iban a firmar; el Primer Cónsul lo había mandado así... y exigía estas modificaciones porque, tras madura reflexión, no estaba contento con las proposiciones acordadas». El Cardenal declaró que consideraba la sesión como levantada si no se firmaba el documento acordado. José Bonaparte, aterrado, le pintó la furia de su hermano al ver su fracaso. Consalvi accedió a estudiar un nuevo proyecto, y durante diecinueve horas sin interrupción estuvieron negociando hasta llegar a un acuerdo en todos los puntos menos en el que se refería a la libertad del culto. Consalvi declaró que firmaría el proyecto dejando en blanco este artículo para que decidiera el Papa. José Bonaparte corrió a las Tullerías y volvió al cabo de poco rato, abatido, declarando que su hermano, en un acceso de rabia, había roto el proyecto, pero que después y debido a sus reflexiones había consentido admitir los artículos acordados, aunque exigía rotundamente la aceptación del artículo que Consalvi rechazaba.

Eran las dos de la tarde. Consalvi refiere: «Sentí ansias mortales. Vi levantarse contra mí los reproches de todos; yo era el varón de dolores; pero mi obligación venció; y con el auxilio de Dios, no la quebranté. Durante una lucha de dos horas persistí en mi negativa y las negociaciones se rompieron». Al llegar Bonaparte al banquete, con la sala llena de generales, ministros, embajadores y altos funciona-

rios, se dirigió a Consalvi con rostro airado: «Así pues, señor cardenal, habéis querido el rompimiento. Sea pues. Obraré con independencia. No necesito a Roma. No necesito al Papa... Os podéis marchar; es lo mejor que podéis hacer... ¿ Cuándo os vais? –Después del banquete, General». La serenidad de Consalvi impresionó a Bonaparte, que pareció refrenarse, aunque en el artículo cuestionado no quería una sílaba más ni menos, y dirigiéndose al conde Cobenzl le dijo que toda Europa mudaría de manera de pensar y de religión. Cobenzl, aterrado, corrió a Consalvi y le conjuró a que hallara una salida. El cardenal le contestó que comprendía muy bien las consecuencias de su intransigencia, y entonces comenzó el banquete, del cual asegura Consalvi haber sido el más amargo de su vida. No es difícil creerle.

Después del banquete, Cobenzl volvió a la carga. Bonaparte, que vio a los dos hablando, se les acercó quejándose de la terquedad del cardenal, a lo que Cobenzl contestó que el legado tenía un sincero deseo de arreglar las cosas y que todo estaba en las manos del Primer Cónsul, accediendo a una nueva entrevista para hallar la solución. Bonaparte aceptó, pero declaró que quería el artículo tal como estaba.

Al día siguiente, monseñor Spina y el padre Caselli declararon al legado que, en su opinión, se debía firmar el artículo antes que romper las negociaciones, pues no afectaba a ningún dogma, y si el cardenal no aceptaba, ellos harían una protesta por separado. Al fin Consalvi aceptó y firmó.

París recibió la noticia con gran júbilo; pero al día siguiente, en audiencia de despedida, Bonaparte dijo que estaba perplejo por el nombramiento de los obispos constitucionales. Consalvi replicó estar este asunto resuelto en el concordato; pero Bonaparte objetó que no podía prescindir de ellos, que, seguramente, no aceptarían la retracción impuesta por Roma. La audiencia fue borrascosa, pues el cardenal se mantuvo firme.

Al llegar Consalvi a Roma presentó el concordato al Papa. Pío VII reunió al Sacro Colegio y les expuso lo obtenido. Los cardenales presentes aprobaron todos la obra de Consalvi, y el Papa, que hasta entonces se mantuvo en silencio, la aprobó también. A los treinta y cinco días de firmado el concordato en París fue ratificado en Roma.

Y entonces dejó Bonaparte de tener prisa en publicar el concordato. Solicitó que se le mandara un legado, concretamente el cardenal Caprara, para resolver algunas dificultades que se presentaban para su aplicación. Caprara era hombre de costumbres irreprochables, pero de carácter débil y éste fue el motivo de la preferencia de Bonaparte.

Las dificultades se referían a los constitucionales, que Bonaparte quería nombrar obispos, y a la

retractación que Roma les exigía. En la primera promoción debían incluirse diez constitucionales: ocho obispos y dos arzobispos. Caprara les exigió la sumisión a Roma y la retractación de sus errores, pero ellos no aceptaron y sin más se marcharon. Bernier visitó a Caprara al día siguiente llevándole el documento que, según Bernier, aceptaban los constitucionales; después de larga deliberación y de consultar a sus teólogos, que se manifestaron divididos, Caprara aceptó y confirmó a los diez. Los cuales, más tarde, declararon que no habían aceptado la retractación, antes bien que cuando se la presentó Bernier la habían pisoteado.

Por fin, el 18 de abril de 1802 se realizó la reconciliación solemne de Francia con la Iglesia católica.

Aunque también aquí apareció la mala fe de Bonaparte. Se publicó el concordato con las firmas de los negociadores; pero inmediatamente debajo del mismo, y como si fuera su continuación, aparecieron los famosos «artículos orgánicos», en número de setenta y seis, que desvirtuaban a menudo y limitaban siempre el espíritu del concordato. Veamos lo que el cardenal Consalvi dice en sus *Memorias* de estos artículos orgánicos, ya que nadie más autorizado para hacer el comentario. Dice así: «Los diversos artículos del concordato no eran largos ni numerosos, pero en el apéndice, bajo la misma data, se había añadido una informe aglomeración de los llamados “artículos orgánicos”. Se suponía que éstos formaban parte del concordato, y que estaban incluidos en la aprobación otorgada por la Santa Sede. Estas leyes, constitucionales en el verdadero sentido de la palabra, transtornaban el nuevo edificio que acabábamos de levantar con tantos afanes. Lo que el concordato había establecido a favor de la libertad de la Iglesia y del culto, quedaba puesto en contingencia por aquella ciencia galicana del derecho, y la Iglesia de Francia debía temer volver a ser esclavizada. El Santo Padre se apresuró a protestar contra esto. Para mostrar enérgicamente cuánto vituperaba aquellos “artículos orgánicos”, y quitar hasta la apariencia de que hubieran sido aprobados por el concordato, el Papa hizo imprimir su alocución, pronunciada el día de Pascua de Resurrección en el Consistorio y mandó difundirla por todas partes. Aquel día la Santa Sede había hecho publicar el concordato, y en su alocución el Santo Padre no se arredró de decir que el consuelo que había sentido por el restablecimiento de la religión en Francia se le había amargado mucho por los artículos orgánicos, pues habían sido redactados sin su conocimiento y en especial sin su aquiescencia».

Tal fue la tramitación del concordato que por espacio de un siglo estuvo vigente en Francia y que al fin la furia sectaria de Combes derribó bajo el pontificado de otro Pío.

Napoleón, el Concordato y la gloria de Francia

GERARDO MANRESA

LA religión es esencial para la vida espiritual de un pueblo, y Napoleón, que estaba convencido de ello, procuró remediar la confusión y apaciguar los ánimos que la Revolución había encendido en Francia.

En el artículo de Domingo Sanmartí, titulado «El Concordato de 1802», publicado en el mes de octubre de 1951 y que se reproduce en este número, quedan reflejadas las fuertes imposiciones del, entonces, Primer Cónsul para conseguirlo, ya que por aquellos días no estaba acostumbrado a que le negaran ninguna exigencia.

En todo momento, Napoleón exigía del Papa, o de sus delegados, decisiones afirmativas a sus propuestas con carácter de urgencia, amenazando con que su incumplimiento iba a causar graves daños a la Iglesia católica, pues en todos los países dominados por él, Austria, Alemania, Italia, Suiza, Bélgica, provocaría la separación de las naciones católicas de su Supremo Pastor.

El Papa sólo tenía un anhelo: el retorno de su hija predilecta, Francia, al seno de la Iglesia y, pensaba

que valía la pena ceder todo lo posible para conseguirlo. Podemos preguntarnos, ¿por qué tenía Napoleón tanto interés en firmar el Concordato, si tenía en su mano hacer lo que quisiera?

La oposición al restablecimiento de la religión católica

EN las *Memorias de Napoleón I*, de O'Meara, se expone claramente las causas. Muchos de sus próximos no eran partidarios del restablecimiento de la religión católica en Francia, incluso algunos estaban en violenta oposición, pero Napoleón estaba convencido de que la gran mayoría del pueblo iba a agradecerse, como luego sucedió.

A sus amigos materialistas, que en cualquier religión veían superstición, Bonaparte siempre les había contradicho y les decía que miraran las estrellas del cielo y vieran si aquello no era obra de un Dios personal. Napoleón era deísta.



Votación para conferir el consulado vitalicio a Napoleón Bonaparte

Talleyrand y Fouché, obispo y sacerdote apóstatas, temían el retorno del catolicismo, por miedo a que se les molestara en su posición, opinaban que bastaba no ingerirse en temas religiosos, pero Bonaparte sentía que el pueblo francés no era indiferente en temas de religión; el poder público debía intervenir, la tranquilidad de las familias había sido alterada. Muchos obispos «recalcitrantes», a los que seguían la mayoría de los buenos sacerdotes, vivían en el extranjero y podían ser utilizados por los enemigos de Francia.

Otros aconsejaban a Bonaparte que se hiciera cabeza de una religión nacional francesa, como Enrique VIII; que utilizara el momento favorable, y no dejara la autoridad en cosas de religión en manos de un hombre que residía fuera de Francia. Esta idea la rechazó él decididamente. No quería hacer el ridículo; sólo los eclesiásticos inútiles y escandalosos se le adherirían, la mayoría de la nación se apartaría de él y los contrarios al nuevo estado de cosas se presentarían como fervientes católicos. Del mismo modo, rehusó la idea de llevar a Francia al protestantismo, pues el catolicismo era su antigua religión y había vencido al protestantismo, que no respondía al carácter de la nación francesa.

La independencia del Santo Padre y los Artículos Galicanos

LA idea que Napoleón tenía sobre esto queda reflejada en este párrafo del mismo libro: «Las discusiones religiosas, o son crueles y sangrientas, o secas, estériles y acerbas; no hay otras más odiosas. En la ciencia, examen, en la religión, fe; esto es lo verdadero y provechoso. La institución que sostiene la unidad de la fe: el Papa, el guardián de la unidad católica, es una cosa admirable. Se echa en cara a ese jefe, que es un soberano extranjero; es en todo caso extranjero, pero hay que dar por ello gracias a Dios. ¿Cómo puede uno imaginarse en un mismo país una autoridad semejante al lado del gobierno del Estado? Unida con el gobierno, esa autoridad sería el despotismo de los sultanes; separada de él, acaso hostil, produciría una fatal e intolerable rivalidad. El Papa vive fuera de la ciudad de París —y esto es bueno; no se halla en Madrid, ni en Viena, y precisamente por eso admitimos su autoridad espiritual. En Viena, en Madrid, tienen derecho a decir otro tanto. ¿Creéis que los vieneses, los españoles, si el Papa se hallara en París, se aventurarían a obedecer sus resoluciones? Así pues, estamos muy contentos con que tenga su residencia fuera, y con todo, no junto a rivales, sino en aquella antigua Roma. Esto han hecho los siglos y lo han hecho bien. Si puede haber algo perfecto, después

de la institución del papado, es la relación de la Iglesia galicana con la Santa Sede; le está sometida y es, con todo, independiente: sometida en cuestiones de fe, independiente en la administración de las cosas eclesiásticas. La unidad católica y los artículos de Bossuet son la verdadera organización religiosa, y hay que restablecerla. El protestantismo tiene derecho a la enérgica protección del Gobierno; sus adeptos, un derecho incuestionable a todas las ventajas de la vida política, pero no es la religión de Francia; sobre esto han decidido los siglos. ¿Cuál de las guerras civiles penetró más hondo en los corazones y perturbó más dolorosamente la felicidad de las familias? La guerra de religión; hemos de ponerle fin. La paz con Europa está ajustada, mantengámosla tanto tiempo como podamos; pero la paz religiosa es la más urgente de todas; si ésta se ajusta, Francia será una como un solo hombre, y no tenemos nada más que temer».¹

La sumisión de la Iglesia católica a Francia

EL mariscal Marmont, en sus *Memorias*, refiere la conversación mantenida con Napoleón sobre el plan que el Primer Cónsul tenía en cuanto al restablecimiento del culto católico:

«Entonces se ocupaba el Primer Cónsul con la restauración del culto; él vio mejor y desde un punto de vista más elevado que ningún otro, pues su éxito fue completo —a pesar de que estaba casi solo en su modo de ver. Todos los que habían representado un papel importante en la Revolución, y principalmente los militares, recibieron muy mal el plan, pero no pudieron impedir su realización. El Primer Cónsul era del parecer que el culto público de Dios estaba arraigado en las inclinaciones y necesidades. Aun cuando yo nunca había sido inclinado a la irreligiosidad, antes había envidiado a los que están llenos de una profunda fe, por los consuelos que encuentran en ella; con todo la irritabilidad de alguno de mis camaradas me había arredrado, y compartía su preconcebida opinión. La implantación de un clero como corporación, con su potestad, su jerarquía y sus distinciones, estaba tan lejos de todo lo que había precedido, y parecía una cosa tan completamente nueva, que hablé con el Primer Cónsul sobre ello y le manifesté mis dudas. Tuve, bajo los grandes árboles de Malmaison, una larga conferencia con él; me explicó que Francia era religiosa y católica y que el único medio de tener en su poder al clero, y dirigir su influencia, era su restablecimiento y organi-

1. O' Meara, *Memorias de Napoleón I*, IV, pág. 460.

zación; y añadió además: “Si esto se hace así, se duplicará mi autoridad en Francia y echaré raíces en los corazones del pueblo”».²

La Iglesia católica al servicio de la gloria de Francia

UNA VEZ firmado el Concordato y publicado en Francia con la adición de los 76 artículos orgánicos, que impedían totalmente a la Iglesia cualquier iniciativa, Napoleón redactó una proclama por la que dio a conocer dicho documento al pueblo francés, en el que queda patente su intención:

«Franceses, en la revolución suscitada por el amor a la patria, se habían producido entre vosotros disensiones religiosas, que fueron el azote de vuestras familias, el pábulo de los partidos y la esperanza de vuestros enemigos. Una política insensata procuró sofocarlas entre los restos de los altares y la ruina de la religión. A su clamor cesaron las solemnidades pías en que los ciudadanos se daban el nombre de hermanos, y bajo la mano de Dios, que lo ha creado todo, todos se sentían iguales. Dejado a solas con su dolor, el moribundo no oía ya la voz consoladora, que llama a los cristianos a una vida mejor, y el mismo Dios parecía desterrado de la Creación. Pero la opinión pública, el sentimiento de la independencia de las opiniones, se levantaron contra esto. Y seducidos por los enemigos exteriores, el celo de ellas produjo la devastación de nuestras comarcas. Los franceses olvidaron que eran franceses y se convirtieron en instrumento del odio extranjero. Por otra parte, todo se juntó para confundir la sociedad, es a saber: las pasiones desencadenadas, la moralidad destituida de apoyo, y la desgracia sin esperanza de un porvenir mejor.

»Para poner término a este desbarajuste, se había de restablecer la religión y esto sólo era posible con medidas inspiradas en la propia religión. Se había de recurrir al Obispo Supremo, como lo enseña el ejemplo de los siglos y lo recomienda la razón, para conciliar opiniones y hermanar los corazones. El Obispo Supremo, en su sabiduría y para provecho de la Iglesia, ha pesado las proposiciones que impone la utilidad del Estado. Su voz ha sido escuchada por los Pastores; ha aprobado lo que el Gobierno

2. Marmont, *Memorias*, VI, pág. 121.

recomendaba, y el Cuerpo legislativo ha hecho de esto un mandamiento del Estado. Así desaparecen ahora los fundamentos de la discordia y palidecen las dudas que angustiaban las conciencias y todos los obstáculos del restablecimiento de la paz interior.

»¡Vosotros, servidores de una religión de paz!, que el más profundo olvido sepulte vuestra discordia, vuestra desgracia y vuestras faltas. Ojalá que esta religión que nos une, os ate a todos con los mismos lazos, con lazos indisolubles al bien de la patria. Desplegad por la patria todo lo que vuestro cargo os da de fuerza y poder sobre los espíritus. Vuestros sermones, vuestra conducta, conduzcan a la juventud al amor de nuestra Constitución, al respeto y adhesión a las autoridades protectoras, que han sido instituidas para dirigiros; ojalá aprendan de vosotros que el Dios de paz es también el Dios de los ejércitos, y que ayuda a aquellos que defienden la independencia y libertad de Francia.

»Vosotros, ciudadanos, que profesáis el protestantismo,³ también a vosotros se ha extendido la solicitud de la ley. Ojalá que la doctrina moral común a todos los cristianos, esa moral tan pura, tan santa, tan fraternal, junte a todos en un mismo amor a la patria, en un mismo respeto a sus leyes, en un mismo sentimiento por todos los miembros de una gran familia, y nunca las controversias doctrinales desfiguren aquella caridad fraternal que inspira y manda la religión.

»Franceses, seamos unánimes para el bien de la patria, por el honor de la humanidad. Ojalá que esta religión, que civilizó a Europa, sea de nuevo el lazo que aproxime a todos los habitantes, y las virtudes que ella promueve estén siempre unidas con la luz que nos ilustra.»⁴

Como se puede deducir, el Concordato era para Napoleón una condición indispensable para el éxito de su persona y de la gloria de Francia.

Desde que en 1438, Carlos VII iniciara, por la Pragmática Sanción, las tentativas para que el rey de Francia pudiera dominar o controlar a la Iglesia, el galicanismo había logrado su máximo éxito: la sumisión total de la Iglesia al poder temporal.

3. Junto con la firma del Concordato, Napoleón hizo aparecer una ley que obligaba a los protestantes, siguiendo el mismo rasero que para los católicos, a someterse a la voluntad del Estado.

4. *Correspondencia de Napoleón I*, vol VII, págs. 558-559.



La resistencia del pueblo español frente a la invasión napoleónica

M.^a DEL MAR VIVES GIL

LA interpretación de la Revolución francesa muchas veces ha quedado circunscrita a un reduccionista esquema de lucha de clases que nada explica. Desde una lectura católica, la Revolución francesa ofrece otro panorama: la primera apostasía que se produce en la historia de una sociedad cristiana. La Revolución tiene como objetivo sustituir a Dios por el Estado.

Durante el siglo XVIII se fueron acumulando en Europa los combustibles del grande incendio; el estado social era deplorable, faltando fe y virtud en los grandes y sosegada obediencia en los pequeños; la fuerza y la autoridad moral de la Iglesia, única que hubiera podido resistir al contagio, iban viniendo a menos por la creciente invasión escéptica y por el abandono y ceguera de muchos católicos, y hasta príncipes de la Iglesia, que por diversos modos la favorecían y amparaban; de la antigua monarquía francesa habían huido las grandes ideas y los nobles sentimientos, y sólo quedaban en pie los hechos tiránicos y abusivos; la perversión moral había relajado todo carácter y marchitado la voluntad en los poderosos, infundiendo al mismo tiempo en las masas todo linaje de odios, envidias y feroces deseos. La Revolución tenía que venir, y vino tan fanática y demoledora como ninguna otra en memoria de hombres.

«Cuando la fe se pierde, el mundo se convierte en fuente de insaciados rencores o presa vil de avaros y ambiciosos. En aquella revolución hubo de todo: ideas económicas y planes de reforma social al principio; después tentativas constitucionales; luego, utopías democráticas y planes de república; y, a la postre, nivelación general, horrenda tiranía del Estado, o, más bien, de un grupo de perversos que usurpaban ese nombre. Verdadera deshonra de la especie humana, que condujo, por término de todo, al despotismo militar, al cesarismo individualista y pagano, a la apoteosis de un hombre que movía masas de reclutados como rebaños de esclavos. ¡Digno término de la libertad sin Dios ni ley, apuntalada con cadalsos y envuelta en nubes de retórica charlatana!».¹

Esta persecución religiosa comportó grandes daños. Se suprimieron los estamentos, hecho que comportó que la Iglesia dejara de ser reconocida legalmente y a depender del propio Estado una vez desposeída de sus bienes. Luego se impuso la Constitución civil del clero, dividiéndose los sacerdotes en «juramentados» y «no juramentados». Empezó la persecución y la descristianización con la deportación de los sacerdotes refractarios. Durante el segundo año de la República se procedió a una descristianización sistemática: se suprime el culto cristiano; por decreto se elimina todo símbolo religioso; se prohíbe toda manifestación externa del culto; se secularizan los entierros; los cementerios pasarán a denominarse «campos del reposo», y en las lápidas sólo puede inscribirse «la muerte es el sueño eterno»; se clausuran los templos. La Revolución no se conforma con esto: se cambiará, también, el calendario para que desaparezca el domingo; se celebrarán las fiestas secularizadas revolucionarias; se entronizará la diosa Razón en la catedral de París; y, finalmente, se instaurará la religión del Ser Supremo. La Iglesia parecía haber vuelto a los días del Imperio romano y de las catacumbas. Y, con ello, aquella persecución franca, sanguinaria y brutal, con proscripciones y degüellos en masa.

En este contexto empieza España el siglo XIX. España «se encontraba en la mayor postración social, política y económica, y había tal relajación en las clases elevadas, que el bajo nivel económico y político lo superaba el estado de falta de principios éticos, que era como la muerte moral de las clases dirigentes. La corrupción general de costumbres y pensamientos había envenenado a parte del pueblo español; no todos sentían el llamamiento de patriotismo libre de pasiones o intereses políticos. También en el seno de la Iglesia existía en España esta desmoralización patriótica. Hablamos de aquellos que intentaron engañar al pueblo español al presentar sus concepciones liberales y antipatrióticas como reflejo de la Tradición»,² como lo hizo Martínez Marina en las Cortes.

Pero en el pueblo, ni la tradición religiosa se ha-

1. M. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*.

2. «De la *Historia del Tradicionalismo Español* de los señores Ferrer, Tejera y Acedo», *Cristiandad*, núm. 46.

bía perdido, ni se había debilitado en las masas populares el respeto a la autoridad real. Por eso se produce una reacción instintiva, de un patriotismo exaltado, al entrar en nuestro suelo las fuerzas invasoras. España, encendida de ferviente amor a su Dios y a su Rey, se aprestó a la lucha, con el solo pensamiento de mantener lo que consideraba intocable: la fe de sus antepasados, el solar nacional libre del extranjero y las fundamentales instituciones monárquicas. A la llegada de la guerra de la Independencia (1808-1814) no existe ni puede existir otro deseo ni otro fin que el de manifestar virilmente las convicciones patrióticas. El ideal del pueblo era arrojar del territorio nativo al invasor que, a su mente, era el enemigo de la religión.

Por encima de todo, los españoles se encontraban con dos cuestiones que resolver. Por una parte era imprescindible restablecer con fuertes reacciones religiosas el pensamiento católico en nuestra España y restaurar, lo mismo en los seglares que en los eclesiásticos, el pensamiento católico y la fe en Cristo. Y lo hacían combatiendo el jansenismo, que se infiltraba a través de las logias y que, con la expulsión de los jesuitas, sólo pretendía ir contra el poder del Romano Pontífice; el filosofismo, que atacaba a las clases altas e incluso llegaba a la clase media, encerrando todos los errores del racionalismo y que no era más que una forma elegante de poder obrar conforme a sus apetitos y de hacer gala de irreligión; y combatiendo, también, la masonería y el liberalismo. Por otro lado, había la necesidad urgente de corregir los abusos de una monarquía inadaptada al modo de ser del pueblo español, y colocarla en situación de hacer frente a las vicisitudes históricas del momento, y para ello se necesitaba que el trono de sus reyes estuviera firmemente asentado sobre el suelo patrio, libre del yugo extranjero, es decir, restaurar una España independiente. Había que restaurar una España cristiana, católica, fiel al dogma y atenta a cualquier indicación del Vicario de Cristo. Había que restaurar una España monárquica a fin de conseguir el respeto y la grandeza de la Patria.

Frente al empeño imperialista napoleónico, fuente de las ideas liberales, surge la guerra de la Independencia, no como un acontecimiento aislado sino como uno más entre los movimientos de reacción nacional de los pueblos de Europa sometidos a la dominación extranjera.

Después de las abdicaciones de Bayona, Napoleón dispuso que toda la familia real saliera de España, hecho que produjo el levantamiento del 2 de mayo de 1808, fecha de inicio del levantamiento nacional. El iniciador del alzamiento de España contra Napoleón fue Pérez Villamil. Sorprendido en Móstoles por los sucesos, anunció a los alcaldes y párrocos de todos los rincones de España la rebeldía

nacional. Así se formaron las Juntas provinciales, gobiernos espontáneos de carácter local y popular para la lucha contra el invasor. La primera constituida fue la Junta del Principado de Asturias, que envió al Conde de Toreno a gestionar la ayuda de Inglaterra, interesada, como sabemos, en combatir el poderío francés. Pronto se hizo necesaria la unificación de los esfuerzos dispersos para ganar eficacia, y así, los representantes de las Juntas provinciales constituyeron la Junta Central, presidida por el anciano conde de Floridablanca.

El gobierno de la Junta Central fue ciertamente el único reconocido por la mayoría de los españoles. En cambio, nadie aceptó a José I Bonaparte, que gobernó el país según la Constitución de Bayona, redactada en esta localidad por un grupo de españoles afrancesados.

Era necesaria la reacción, y el pueblo español supo llenarse de la conciencia de su destino empuñando las armas. El alzamiento del Dos de Mayo, contra el despotismo de Murat, fue el inicio de un levantamiento general del pueblo español en defensa de su religión y de su rey. Entre los episodios más destacados, cabe mencionar las victorias conseguidas por los somatenes catalanes del Bruc o la de Vitoria, pero la primera y decisiva batalla fue la de Bailén, al mando del general Castaños. Zaragoza y Gerona resistieron heroicamente. Zaragoza tuvo que sufrir dos asedios, y Gerona, tres, hasta ser vencidos por el enemigo tras una valiente defensa, tratando de oponerse al invasor, y con él a su régimen y a sus ideas.

El pueblo contestó con entusiasmo viril a la voz de un desconocido, suplió él la falta de ejército, entregando su juventud llena de fervor. El lugar que debían ocupar los profesionales fue llenado por humildes frailes y curas de pueblo, por jóvenes de casa hidalga y por humildes trabajadores y campesinos. El pueblo español supo cumplir una vez más con su misión. «Pero, ¡qué despertar más admirable! ¡Dichoso asunto, en que ningún encarecimiento puede parecer retórico! ¡Bendecidos muros de Zaragoza y Gerona, sagrados más que los de Numancia; asperezas del Bruc, campos de Bailén, épico juramento de Langeland y retirada de los 9.000, tan maravillosa como la que historió Jenofonte...! ¿Qué edad podrá oscurecer la gloria de aquellas victorias y de aquellas derrotas, si es que en las guerras nacionales puede llamarse derrota lo que es martirio, redención y apoteosis para el que sucumbe, y prenda de victoria para el que sobrevive?».³

Y mientras el pueblo luchaba ardorosamente por

3. M. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*.

sus ideales, una parte de las clases ilustradas trataba de asesinarlo por la espalda. Sin embargo, los realistas sostuvieron en todo momento la ruda batalla de las ideas, difundiendo su pensamiento para que, al ser conocido por el pueblo se mantuviera el espíritu católico y lo librara de las asechanzas del adversario. Toda la literatura de los primeros tiempos de la guerra de la Independencia es reflejo de exaltación patriótica y tiene el sabor regio de nuestras viejas costumbres nacionales. En esta reacción generosa y noble se identifica la patria con el rey, y la independencia de nuestro suelo con la fe de los antepasados.

«España conservaba lo que a Europa le faltaba: el corazón alentado por los grandes ideales característicos de la civilización cristiana, que restituyen al hombre su pleno valor haciéndolo señor de sí mismo y dueño de sus propios destinos. Se lanzó España a la lucha por Dios, por la patria y por el rey, cuando Napoleón alcanzaba el cénit de su gloria; y en la lucha siguió hasta liberar la patria y rescatar su rey devolviéndole el gobierno para que desde él labrara la felicidad de los reinos, manteniéndolos en paz y tranquilidad, libres de rendir a Dios el culto que éste quiere que se le tribute».⁴

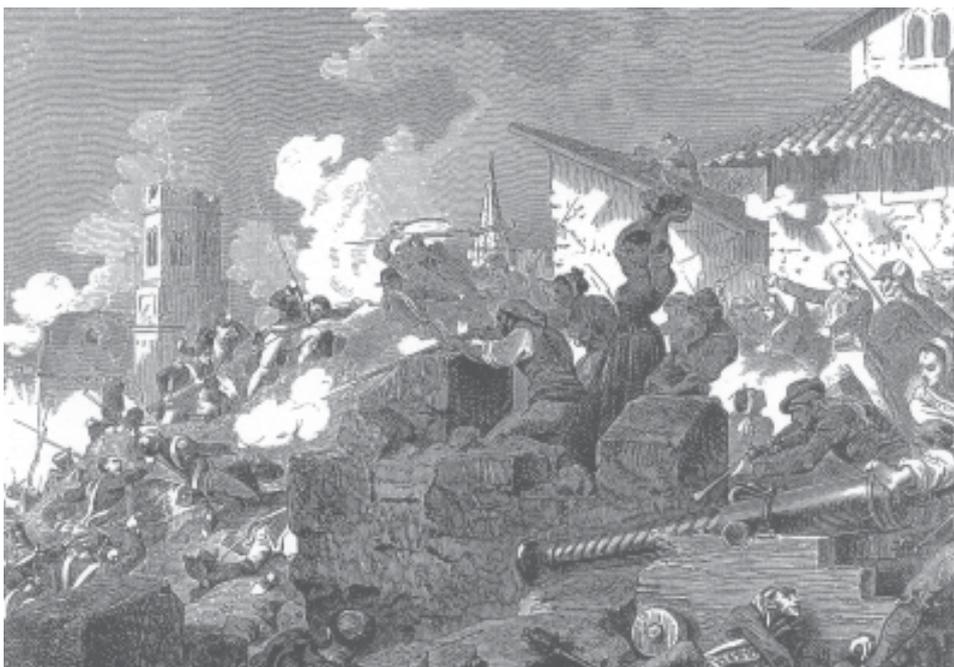
Fue derrotado Napoleón pero no triunfó Europa; menos aún España, engañada por los filósofos, convertidos en liberales, que astutamente se hicieron dueños del gobierno, y sacrificada al tratar la paz

4. LUIS ORTIZ ESTRADA, «La nación que no ha leído nuestros folletos», *Cristiandad*, núm. 46.

los grandes de entonces, que supieron valerse hábilmente de los logreros políticos que en nuestra patria se beneficiaron del esfuerzo de tantos héroes. El pueblo español cumplió heroicamente con su deber, pero fue traicionado políticamente porque ya se habían difundido por él gérmenes de las malas ideas que empezaban a obrar.

Éstas cobraron gran vigor en la Cortes de Cádiz (1812), copia del organismo origen de la Revolución francesa, tristemente célebres por la labor de destrucción que hicieron de las instituciones tradicionales en que la prudencia política de reyes y pueblo habían hecho cuajar las sanas ideas, sustituyéndolas por otras destinadas a arraigar las nocivas, articuladas en el sistema político del liberalismo, que ha sido ruina de la libertad y del buen gobierno. Los puntos esenciales que señalan la obra liberal de las Cortes de Cádiz son: la soberanía nacional, la ley de libertad de imprenta, en la que destacaron por su papel en la oposición Cataluña y Galicia, y la supresión del Santo Oficio.

España iba a conocer las amarguras del régimen liberal, cuyos orígenes se encuentran en la Constitución de Cádiz. Así lo reconocen liberales y realistas, los primeros porque saben que en la redacción de esta Constitución comenzó su reinado; y los segundos porque no olvidan que en ella comenzó la descristianización del pueblo español, ya que fue una constitución realizada por una asamblea que, en definitiva, era un club escandalosamente jacobino, en el que imponían su voluntad los más depravados de Cádiz, y que fue repudiada por los españoles, que en desprecio la llamaban «la Pepa».



Grabado antiguo que representa la heroica defensa de Gerona frente a las tropas napoleónicas

Monseñor Belsunce, primero en poner en práctica la completa devoción al Corazón de Jesús

JOSÉ-JAVIER ECHAVE-SUSTAETA

El obispo convoca a las autoridades de Marsella a un acto de consagración y pública reparación por los pecados del pueblo

EN el anterior artículo, publicado en el número de marzo, narramos como el obispo monseñor Enrique Xavier Belsunce veía a su ciudad de Marsella infestada por la peste, con «millares de muertos sin sepultura y un prodigioso número de moribundos abandonados, teniéndonos ya por víctimas destinadas a la muerte». Conocedor de las promesas de Paray-le-Monial e instado por la visitandina sor Magdalena Rémuzat, para remediar tal situación, humanamente desesperada, tomó la inspirada decisión de consagrar la ciudad al Corazón de Jesús y establecer oficialmente su fiesta como de precepto en toda su diócesis. Vimos también como «desde el instante en que hicimos al Corazón de Jesús el solemne acto de reparación por los pecados que le han irritado tan justamente contra nosotros y nos consagramos a Él, instituyendo perpetuamente en la ciudad y diócesis de Marsella la fiesta de este Corazón adorable para reparación de sus pecados, desde ese mismo instante empezamos a sentir los prontos y prodigiosos efectos de su bondad y misericordia... muy pronto cesó la peste y el temor se vio desterrado de en medio de nosotros»

Expusimos luego como sus feligreses, presurosos de olvidarse de la causa de sus recientes males, volvieron de inmediato a sus desórdenes y vicios, por lo que el celoso prelado temía mayores pruebas: «Apenas cesó el peligro, cuando se dejaron ver al descubierto nuevamente los pecados, y con menos pudor que nunca, el desarreglo vino a ser monstruoso, y la impiedad llegó a su colmo, y manos sacrílegas se atrevieron con sus pecados hasta ofender a nuestro divino Liberador en el Santísimo Sacramento... y volvió a empezar el contagio.» Así, el primero de mayo de 1722, la peste hacía de nuevo su aparición en la ciudad. Sus atribulados moradores, supervivientes de la epidemia de veinte meses antes, esta vez se consideraban ya definitivamente perdidos, porque no contaban con que Dios, que se compadece de las miserias de los hombres, les ha-

bía concedido un pastor según su Corazón, que confiaba más en los remedios sobrenaturales que en los humanos.

El obispo Enrique Belsunce había recibido de Paray-le-Monial la devoción del Corazón de Jesús y, devoto convencido de su amor misericordioso para con los pobres pecadores, sabía que la ingratitud y miseria no provocan su olvido y rechazo, sino que, por el contrario, urgen al divino Corazón a prodigar más aún su infinita misericordia.

Conocía la consoladora novedad, que el Corazón de Jesús le había revelado a su mensajera Margarita María: su designio de establecer en el mundo el reinado de su amor, desbaratando así los proyectos de Satanás y sus secuaces, y para ello había dispuesto establecer ya su reinado, no sólo en el alma de los individuos aislados, sino también sobre los hombres reunidos en sus asociaciones y colectividades. Sabía que el culto al Sagrado Corazón, que comienza con la consagración, ofreciéndole a Jesús nuestro amor en correspondencia al suyo, no se agota con ella, sino que exige también la reparación, mediante un acto de desagravio por su amor ofendido por nuestros pecados, y que, si éstos son públicos, el desagravio debe ser también público, hecho no sólo por los ciudadanos como particulares, sino, especialmente en nombre de todos ellos, por las autoridades representantes de la comunidad. Así, el 28 de mayo el obispo tomó dos inspiradas decisiones.

Propuesta del obispo a las autoridades de Marsella: consagración al Corazón de Jesús, acto de pública reparación por los pecados de nuestro pueblo, y un pacto perpetuo con Él

POR la primera de estas decisiones, monseñor Belsunce, tras ordenar general ayuno, pese a las medidas gubernativas de aislamiento impuestas por la peste, convoca a los habitantes de la ciudad a dos solemnes procesiones: la tradicional de la festividad del Corpus Christi del 4 de junio, y la de la nueva fiesta del Corazón de Jesús, instaurada por él dos años antes, para el viernes siguiente a su

octava, el día 12, invitando a los marseleses a arrepentirse de sus pecados y a confiar sólo en la misericordia de Dios.

La segunda medida que adoptó el obispo fue la de escribir a los magistrados de la ciudad en estos términos: «Las precauciones que el Sr. Gobernador y Uds. toman para detener el progreso de la peste son dignas del celo y la sabiduría de los verdaderos padres de la Patria, pero sabéis que vuestros trabajos, cuidados y desvelos resultarán inútiles si Dios mismo no se digna bendecirlos. Vengo hoy a exhortaros a comenzar con un acto de religión que sea capaz de desarmar el brazo que parece elevarse de nuevo contra nosotros.»

Les recuerda como a la anterior consagración de la ciudad al Corazón de Jesús —hecha dos años antes en el auge del primer brote de la epidemia—, no quisieron asistir los representantes del poder político, y la había tenido que hacer él sólo como pastor de los fieles: «Recordaréis que el día de Todos los Santos de 1720 consagré esta ciudad y su diócesis al Sagrado Corazón de Jesús, fuente inagotable de todas las gracias y de todas las misericordias, y que desde ese mismo día nuestros males disminuyeron continuamente; pero debéis también acordaros de que los regidores no fuisteis del parecer de uniros a estas santas ceremonias en honor de Jesucristo, nuestro libertador.»

Por ello ahora requiere la presencia de las autoridades de Marsella y les propone que, como representantes de la comunidad, se unan a él en su renovación de la consagración de la ciudad al Corazón de Jesús, pero además, como desagravio por su anterior ausencia, y como prenda de confianza en la misericordia del divino Corazón, les exige un compromiso público, un acto de reparación por los pecados del pueblo, causantes de los actuales males, por lo que, como autoridades de Marsella, les ruega:

«Para reparar esto creo mi deber proponeros hacer un voto estable al divino Corazón de Jesús por el que os comprometierais a perpetuidad, por vosotros y por vuestros sucesores, a ir todos los años, en el día en que he fijado para la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, a oír la santa Misa y comulgar en la iglesia del primer monasterio de la Visitación, que llamamos de las grandes Marías, y ofrecer un cirio de cera blanca para que arda ante el Santísimo Sacramento en reparación de los crímenes de esta ciudad, y finalmente a asistir por la tarde de ese día a una solemne procesión de acción de gracias, que estableceré por un cierto número de años a vuestra petición. Tengo verdadera confianza que ese voto hará cesar nuestros males. Os suplico, Señores, que no rechacéis esta petición, sino que la recibáis con una entera confianza en la misericordia del Salva-

dor, de la que ya hemos sentido sus efectos tan marcados, y que no difiráis su ejecución. Vuestro muy humilde y obediente servidor. Enrique, Obispo de Marsella.»

«¿A quién podremos acudir en nuestro auxilio sino al Sagrado Corazón de Jesús, fuente inagotable de misericordias y gracias al que la ciudad ha sido solemnemente consagrada?»
(Regidores de Marsella)

REUNIDOS, los concejales manifiestan: «Hemos procedido a la lectura de la carta que el señor Obispo de la ciudad se ha dignado escribirnos, y somos conscientes de que todos los esfuerzos de los hombres son vanos contra los progresos de la peste, y que el azote de la cólera de Dios no puede detenerse más que con actos de religión, implorando el tesoro de sus misericordias.

»Como el señor Obispo nos cita en su carta, todos vimos como desde el día de la consagración que él hizo de esta ciudad al Sagrado Corazón de Jesús el mal bajó continuamente hasta el fin. Con gran pena, por el trajín de los asuntos que entonces nos agobiaban, nos vimos impedidos de asistir a esta santa ceremonia... Hoy nuestros pecados, al parecer, han irritado de nuevo la cólera del Señor, y este mal ha comenzado a rebrotar en esta ciudad y sus alrededores, y, habiendo hecho todo lo que la prudencia humana puede imaginar para atajarlo, aún continúa, e incluso parece progresar. ¿A quién podremos acudir en auxilio sino al Sagrado Corazón de Jesús, que es la fuente inagotable de misericordias y gracias al que la ciudad ha sido consagrada? La confianza que el señor Obispo nos demuestra tener de que obtendremos el cese del mal por el voto que nos propone, debe excitar la nuestra, sobre todo contando con las oraciones de este piadoso y santo prelado.»

**El día del Corpus en la catedral
el Ayuntamiento de Marsella hace ante el
obispo voto solemne de celebrar a perpetuidad
la fiesta del Corazón de Jesús, implorando
de su misericordia el cese de la peste**

DICEN las actas que el 4 de junio de 1722, fiesta del Corpus Christi, los municipales, vestidos de sus ropas encarnadas, comparecieron en la catedral para asistir a la procesión del Santísimo Sacramento, y habiéndose adelantado los cuatro, y puestos de rodillas delante del obispo, que tenía el Santísimo Sacramento en sus manos, el primer concejal hizo y pronunció voto firme e irrevocable, por

sí y por sus sucesores a perpetuidad, de ir todos los años en el día de la fiesta del Corazón de Jesús a oír la santa Misa en la iglesia de la Visitación, comulgar en ella y ofrecer en reparación de los crímenes cometidos en esta ciudad, que han traído sobre sí la ira del Señor, un cirio de cera blanca de cuatro libras, adornado con el escudo de la ciudad, para que arda este día delante del Santísimo Sacramento, y asistir por la tarde a la procesión en acción de gracias, que pedían al obispo que la estableciera también a perpetuidad. El obispo recogió de su mano el documento en que así constaba, y lo aprobó y aceptó públicamente, para que se cumpliera en adelante perpetuamente según su forma y tenor.

Luego monseñor Belsunce renovó junto con los regidores la consagración perpetua de la ciudad y su diócesis al Sagrado Corazón de Jesús, e hicieron luego la procesión del Santísimo Sacramento por la ciudad de Marsella. Comenzaron todos ese día la novena al divino Corazón, y a los ocho días, fieles y autoridades civiles y eclesiásticas, celebraban la fiesta del Corazón de Jesús en la catedral de un modo tan solemne como memorable.

«Marsella debe hoy su salud sólo a Dios, soberano árbitro de la salud y la enfermedad, de la vida y de la muerte, que la ha concedido por la bondad infinita de su Corazón.»

EL voto se hizo el 4 de junio, y de inmediato la epidemia comenzó a ceder. Dos meses después el obispo recordaba a sus diocesanos: «El adorable Corazón se compadeció de nosotros, la ira del Señor pareció que se había amansado con las lágrimas y fervorosos ardores de un pueblo humillado, nuestros votos fueron oídos del Señor, y desde este tiempo el número de los enfermos y muertos de peste o sospechosos de haberla contraído, que era muy crecido, se disminuyó sensiblemente, y al presente gozamos ya de una salud tan perfecta, que casi no tenemos en Marsella, tiempo ha, ni muertos ni enfermos de enfermedad alguna, como tampoco en su territorio.

»Marsella debe hoy su salud sólo a Dios, soberano árbitro de la salud y la enfermedad, de la vida y de la muerte, que la ha concedido por la bondad infinita de su Corazón y el poder de su nombre, que reduce a polvo cuando quiere y en un instante las ciudades más florecientes, y dispone a su gusto de todas las naciones del mundo y de los reyes que las gobiernan, que desconcierta y echa por tierra los planes de los presuntuosos y soberbios, y que da feliz éxito a las medidas que el Señor mismo inspira a las personas que sólo en Él confían... Démonos, pues, prisa, ministros de Dios vivo, a dar justas acciones

de gracias al Sagrado Corazón de Jesús, nuestro libertador.

»Publicad hasta los confines de la tierra que debéis vuestra salud sólo al Sagrado Corazón de Jesús, y que sólo hay que esperar de él la fortaleza y el consuelo en todas las tribulaciones.

»Por fin, mis amadísimos hermanos, se acabaron nuestros temores y sustos, no hay la menor apariencia de contagio en esta ciudad ni en su territorio, todas las enfermedades de cualquier clase han cesado tiempo ha, y la salud es tan constante y perfecta, que los más incrédulos deben estar como forzados a reconocer en esto los efectos del poder y la misericordia infinita del Sagrado Corazón de Jesús, lleno siempre de piedad y compasión para con los hombres, aun pecadores e ingratos... El Corazón adorable de nuestro Salvador «ha hecho grandes cosas en favor de este pueblo», que le está solemnemente consagrado. La memoria de estos prodigios quede grabada siempre en vuestro espíritu y en vuestros corazones: «contadlo muchas veces a vuestros hijos, vuestros hijos lo cuenten a los suyos, y éstos a las generaciones siguientes» y la memoria pase a los siglos futuros. Haced saber vuestro reconocimiento para con el Señor, y publicad hasta los confines de la tierra la gloria de vuestro Libertador, anunciadles que es el Sagrado Corazón a quien sólo debéis vuestra salud y de quien sólo deben ellos esperar también su fortaleza y su consuelo en todas sus tribulaciones... Y como jamás podremos mostrar nuestro justo reconocimiento a este adorable Corazón, ordenamos se haga otra solemne novena al Corazón divino en el primer monasterio de la Visitación en el que está fundada la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús... El Corazón del Salvador de todos los hombres, a quien nos hemos consagrado, se ha movido a compasión de nuestros males, y tenemos nuestra confianza en que el mismo Sagrado Corazón también se compadecerá por las públicas muestras de nuestro reconocimiento, y estando amansada su justicia por la conversión sincera de los pecadores, no tendremos nada que temer en adelante» (21 de septiembre de 1722).

«Óiganlo con admiración las naciones de la tierra, y sepan cómo en el divino Corazón han de hallar su refugio, consuelo y esperanza en los días de aflicción» (Monseñor Belsunce, el 1 de mayo de 1723).

MONSEÑOR Belsunce recuerda como: «Llenos de una entera confianza en la bondad del Corazón adorable de Jesús, recurrimos por segunda vez al Corazón divino. Vuestros dignos regidores, animados del mismo espíritu, hicieron un



*Monumento erigido a monseñor Belsunce
ante la catedral de Marsella*

voto estable y solemne: todo el pueblo, humillado bajo la poderosa mano de Dios, con ayunos y lágrimas, arrojó sus gemidos y clamores al Salvador de los hombres todos, y al instante cesó el contagio por segunda vez y se volvió a la seguridad y a la calma para siempre... Es, pues, muy justo, que celebremos en adelante la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, fiesta de reparación y de repetido reconocimiento... Con este fin el año pasado en ejecución del voto solemne de nuestros piadosos magistrados que acabamos de recibir, fundamos para siempre una procesión general, que se hará en adelante todos los años en la ciudad de Marsella en acción de gracias el día de la fiesta del adorable Corazón de Jesús. En ella se hará acto de reparación honorífica, y se renovará la consagración al Sagrado Corazón de Jesús

que hicimos ante el Santísimo Sacramento en el altar elevado el día de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en 1721, consagración que debe renovarse en adelante todos los años el día de la fiesta del Sagrado Corazón en todas las parroquias, iglesias y capillas de esta diócesis de Marsella.»

Monseñor Enrique Francisco Javier Belsunce de Castel-Morón murió a los 84 años en 1755. En el cuidado monumento que en su día la ciudad agradecida le erigió, hoy ante la puerta principal de la catedral vieja de Marsella, se puede leer: «A Mons. de Belsunce para perpetuar el recuerdo de su caridad y de su abnegado voto durante la peste que desoló Marsella en 1720».

A tan justa dedicatoria nosotros añadiríamos: primer obispo en la historia de la Iglesia que llevó a la práctica la devoción al Corazón de Jesús en sus dos puntos esenciales: la consagración y la reparación, tanto en su aspecto individual como en el social. No sólo consagró su diócesis al divino Corazón de Jesús, sino que requirió a los magistrados de su ciudad a un acto de pública reparación por los pecados del pueblo al que representaban, y con ello logró que la misericordia del divino Corazón decretara el inmediato cese de la peste.

A principios del siglo XVIII, y a los treinta años de la muerte de santa Margarita María, monseñor Belsunce se anticipaba así en dos siglos a lo que luego pediría Pío XI a toda la Iglesia: poner en el Corazón de Jesús todas nuestras esperanzas, e hizo que las pusiera su pueblo, y así recibió de él la salvación que esperaban; por ello le cuadra el título de primer obispo plenamente devoto del Corazón de Jesús.

Durante la peste de Marsella la visitandina Ana Magdalena Rémuzat, como prenda de inmunidad, comenzó a distribuir por millares entre el pueblo unos pequeños trozos de tela en los que había pintado la imagen del Sagrado Corazón de Jesús con la leyenda de la confianza en su misericordia, y que llamaron «*Sauvegarde*». Fue la primera en propagar la que, medio siglo después, llegaría a ser insignia que los devotos del Corazón de Jesús llevaban prendida en el pecho en las guerras de la Vendée y en la del Tirol antibonapartista. En la tercera guerra carlista del siglo XIX, y ya en el XX, primero en la sublevación cristera de México, y luego en la de España, la imagen del Corazón de Jesús llamada ya «*detente*», sería el distintivo de quienes ofrecían su vida en defensa de la religión de sus padres frente a la Revolución anticristiana. Pero eso es ya otra historia, de la que trataremos, Dios mediante, en próximos artículos.

Después de la institución de la Eucaristía

RAMÓN GELPÍ

Contemplamos en el artículo anterior, el acto supremo de la institución de la Eucaristía, con la descripción del Cenáculo tal como probablemente fue. Pero la Santa Cena contiene bastantes más elementos para vivir con la imaginación las escenas. Uno de ellos, que además forma parte de la liturgia del Jueves Santo, es el momento en que Jesús lava los pies a sus Apóstoles, dándoles una muestra de amor y humildad verdaderamente excesiva.

Seguimos extractando el texto del mismo trabajo, «Los evangelios concordados», con notas intercaladas, a modo de ilustración. Comienza el punto narrativo 281, con un fragmento del Evangelio de san Lucas, para después completar el hecho con la narración del lavatorio de los pies del Evangelio de san Juan.



Quién es el mayor: Lc 22, 24-30

24 Se hizo entonces entre ellos un contencioso sobre quién de ellos sería considerado mayor,

25 mas Jesús les dijo: Los reyes de las naciones las dominan; y los que tienen autoridad sobre ellas, son llamados bienhechores.

26 No seáis así vosotros; antes bien, el mayor de entre vosotros, sea como el menor, y el que le preceda sea como sirviente.

27 Porque, ¿quién es mayor, el que está recostado en la mesa o el que sirve? ¿No es el que está en la mesa? No obstante yo estoy en medio de vosotros como un sirviente.

28 Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis tribulaciones:

29 por eso yo os preparo a vosotros mi reino, como lo dispuso mi Padre,

30 para que comáis y bebáis en mi mesa, en mi reino, y os sentéis en los tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel.

Lavatorio de los pies: Jn 13, 2-19

2 Y acabada la cena, cuando ya el diablo había sugerido en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, el designio de traicionarle;

3 sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, y que, venido de Dios, a Dios volvía,

4 se levanta de la mesa, se quita sus vestidos, y habiendo tomado una toalla se la ciñe.

5 Echa después agua en un recipiente y se pone a lavar los pies de los discípulos y a enjuagarlos con la toalla que se había ceñido.

6 Viene a Simón Pedro, y Pedro le dice: ¡Señor! ¿Tú lavarme a mí los pies?

7 Respondióle Jesús, y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, lo entenderás después.

8 Dícele Pedro: No me lavarás los pies jamás. Le responde Jesús: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo.

9 Le dice entonces Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino además las manos y la cabeza

10 Jesús le dice: El que está lavado, no necesita lavarse más que los pies si está limpio. Y vosotros estáis limpios, aunque no todos.

11 Porque sabía quién era el que le traicionaba, por eso dijo: no todos estáis limpios

12 Después, en fin, que les lavó los pies y tomó su vestimenta; recostándose de nuevo en la mesa, les dijo: ¿Sabéis lo que he hecho con vosotros?

13 Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien porque lo soy.

14 Pues si Yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, debéis también vosotros lavaros los pies unos a otros.

15 Porque os he dado ejemplo, para que lo que Yo he hecho con vosotros, así lo hagáis vosotros también.

16 En verdad, en verdad os digo, que no es el siervo mayor que su amo; ni tampoco el enviado mayor que aquel que le envió.

17 Y añadió: Si comprendéis estas cosas, seréis bienaventurados así que las practiquéis.

18 No lo digo por todos vosotros: Yo conozco a los que escogí; mas ha de cumplirse la Escritura: Uno que come el pan conmigo, levantará contra Mí su calcañar.

«ACABADA LA CENA»

El lavatorio de los pies realizado por Jesús se suele incluir entre las abluciones propias de los ritos judíos, especialmente cuando inician la celebración de una comida, en este caso, la Pascua. Así suelen describirlo los comentaristas y así aparece en los textos sobre la vida de Jesús, realizados en base a los Evangelios. Pese a ello, si nos ceñimos a la literalidad del evangelio de san Juan, se dice claramente que fue una vez acabada la cena («cœna facta» dice la Vulgata). No creemos que esto sea una mala interpretación, parece más bien que Jesús quiso hacerlo así, con independencia de las abluciones preliminares de la cena pascual. De hecho, estas abluciones no incluían este lavatorio de pies.

Esto se explica muy bien, porque aun cuando este episodio es relatado únicamente por san Juan, en el

punto narrativo 281 hemos podido leer en el texto de san Lucas cómo Jesús, después de instituir la Eucaristía, debe reprender la ambición jerárquica de los Apóstoles: «... el mayor de entre vosotros, sea como el menor, y el que le preceda sea como sirviente. Porque, ¿quién es mayor el que está recostado en la mesa o el que sirve? ¿No es el que está en la mesa? No obstante yo estoy en medio de vosotros como un sirviente ...». San Juan dará, por tanto, los detalles de cómo se muestra ante los apóstoles «como un sirviente», hasta el extremo.

Y ciertamente era un acto extremo. Este era un trabajo, no ya de sirvientes sino de esclavos; por esto san Pedro se escandaliza hasta decir: «... No me lavarás los pies jamás ...», aunque luego, con la fogosidad que le caracteriza dirá: «... Señor, no sólo mis pies, sino además las manos y la cabeza...».

De nuevo predice la traición, y Judas se va: Jn 13, 21-30

21 Habiendo dicho Jesús estas cosas, se turbó en su Corazón, y manifestándose dijo: En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me hará traición.

22 Al oír esto los discípulos, se miraban, dudando de a quien se refería.

23 Estaba uno de ellos, a quien Jesús amaba, recostado sobre el seno de Jesús.

24 A este discípulo, pues, Simón Pedro le hizo una seña diciéndole: ¿Quién es ese del que habla?

25 Entonces, como se recostase –más– sobre el pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿Quién es?

26 Jesús le respondió: Es aquel a quien Yo daré

pan untado. Y habiendo mojado pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote.

27 Y después que tomó éste el bocado, entró en él Satanás. Y le dijo Jesús: Lo que haces, hazlo pronto.

28 Pero ninguno de los que estaban a la mesa entendió por qué se lo dijo.

29 Porque, como Judas tenía la bolsa, pensaban algunos que Jesús le hubiese dicho: Compra para nosotros para estos días de fiesta, o que diese algo a los pobres.

30 Tomando el bocado, salió fuera, era de noche.

SALIÓ FUERA, ERA DE NOCHE

Judas ha estado presente hasta este momento en la Cena. La mayoría de los Santos Padres sienten alguna repugnancia a creer que Judas estuviera presente en la institución de la Eucaristía; es una repugnancia perfectamente comprensible y hay que suponer, en este caso, que la frase: «... Tomando el bocado, salió fuera, era de noche ...» (Jn 13,30) corresponda a momentos antes de dicha institución. Pero, siendo así, no habría explicación para el lavatorio de pies una vez acabada la Cena.

La beata Ana Catalina Emmerich, en su visión mística, lo explica porque contempla la institución de la Eucaristía como un acto específico, después de la cena pascual. Ya hemos comentado que esto tampoco cuadra con los textos de los tres sinópticos. Parece que la mejor explicación para estos pasajes, venciendo la repugnancia comentada antes, es aceptar la concor-

dancia que aquí se propone, es decir, Judas recibió la Eucaristía igual que los demás Apóstoles. Esta opinión, además, coincide con lo expuesto por santo Tomás en la *Suma teológica* (Tertia, q. 81, a. 2).

También entre nosotros se puede dar, Dios nos libre, la comunión sacrílega. Y, como dice san Pablo: «... Quien come y bebe el Cuerpo y la Sangre –del Señor– indignamente, come y bebe su propia condenación ...» (Cor 11,29). Nuestro Señor, sin duda, quiso lograr su salvación hasta el último momento. Incluso cuando le señala a san Juan la identidad del traidor, lo hace ofreciéndole un bocado como obsequio; aunque el Evangelista explica como entró Satanás en él, con este bocado. Cuando salió «era de noche»; no es una metáfora, era de verdad de noche, pero todos los Santos Padres lo han aplicado también al alma del desgraciado que traicionaba al Señor.

Los ángeles custodios de pueblos y naciones

GUILLERMO PONS PONS

Los cristianos se han mostrado convencidos, desde un principio, de que los ángeles están muy cerca de los seres humanos; de que les protegen y les guardan constantemente. Los fundamentos de esta firme creencia se hallan en las páginas de la Sagrada Escritura, en la enseñanza constante de los pastores de la Iglesia y en el sentido de la fe (*sensus fidei*) que reside en el conjunto de los fieles y les ayuda a valorar y retener con fidelidad la doctrina revelada.

Además de mantener siempre firme la convicción de la custodia de los ángeles sobre cada uno de los fieles, la Iglesia ha considerado también que hay espíritus angélicos especialmente destinados a la asistencia y dirección de los pueblos y de otras colectividades humanas, para lo cual se cuenta también con sólidos fundamentos bíblicos. Que las iglesias tengan sus propios ángeles custodios es otra persuasión bien fundamentada. Algunos Padres llegan a decir que cada iglesia tiene en cierta manera dos pastores que la guían, o sea, un obispo y un ángel custodio.¹

La asistencia y protección de los ángeles sobre pueblos y naciones viene manifestada, según los Padres, en determinados textos bíblicos como el del Deuteronomio en que se dice que el Señor *estableció los confines de los pueblos, según el número de los ángeles de Dios* (Dt 32, 8). Teodoreto de Ciro († c. 466) asegura que «a los arcángeles se les encarga estar al frente de las naciones», apoyando esa afirmación en el pasaje del libro de Daniel en que se hace referencia a determinados ángeles como príncipes del reino de los persas y de los griegos y a Miguel como príncipe del pueblo de Israel (cf Dn 10, 13-20).²

San Juan Damasceno, en la síntesis teológica que compuso, y de la que se sirvió en buena medida santo Tomás de Aquino, expone el servicio que los ángeles prestan en el mundo, y dice así: «Son vigorosos y acuden con la velocidad propia de su naturaleza a cumplir las órdenes que reciben de Dios. Asimismo custodian partes de la tierra, y protegen naciones y lugares, a cuyo frente les ha puesto el Creador. También nos dirigen y protegen en todo cuanto nos concierne».³

Considerando que, una vez instaurado el reino de Dios en la tierra, la protección especial del arcángel Miguel sobre el pueblo de Israel se había extendido o transferido a la Iglesia de Cristo, se difundió en gran manera la confianza del pueblo cristiano en el patrocinio del mismo arcángel. En los siglos de la Alta Edad Media fueron innumerables las capillas que se le dedicaron, especialmente en lo alto de los montes y en las torres de los monasterios. Surgieron en su honor grandes santuarios, se instituyeron fiestas y se iniciaron movimientos de peregrinación que enlazaban estos lugares privilegiados, consolidándose un itinerario denominado «la ruta del Ángel» que haciendo un largo recorrido enlazaba el Mont Saint-Michel en Normandía con la Sacra di san Michele en el Piamonte y el Monte Gárgano en la Apulia.⁴ En Navarra, por lo menos desde el siglo XI existe en la elevada serranía de Aralar el muy notable santuario de San Miguel *in excelsis*, en el que se aúnan la veneración al arcángel y a la santa Cruz, que una imagen de san Miguel sostiene con sus brazos levantándola sobre su cabeza.

Esta eclosión de religiosidad angélica, junto con las enseñanzas de la teología monástica, uno de cuyos exponentes más significativos es Bernardo de Claraval, favoreció los sentimientos de piedad y veneración a los ángeles custodios de cada persona, y también a aquellos a quienes se reconocía como protectores y guardianes de países y ciudades. En la Baja Edad Media y especialmente en el siglo XV surgen muchas iniciativas que fomentan la veneración de aquellos ángeles que se considera que han recibido de Dios el encargo de velar sobre pueblos y colectividades. De este conjunto de constataciones se deriva la posibilidad de entrar en un fecundo campo de investigación, todavía poco explorado. En el presente trabajo sólo me propongo recoger algunos datos acerca de la veneración que en diversos pueblos y regiones se ha tributado a sus respectivos ángeles custodios.

Es bueno advertir, y constatar en cuanto sea posible, que el recuerdo de la presencia y protección angélica en muchos casos ha servido de estímulo para una vivencia más acendrada de la fe cristiana y ha abierto también un camino favorable al incremen-

1. Cf. ORÍGENES, *Homilías sobre el Evangelio de san Lucas*, 13, 5-6: *Sources chrétiennes*, 87, 211-213.

2. PG 81, 1496.

3. PG 94, 872.

4. Cf. MARIO SENSI, «Les grands sanctuaires de Saint – Michel en Occident», en M. BUSSAGLI – M. D'ONOFRIO (dir.), *Les ailes de Dieu* (Silvana, Caen 2000) pp. 126-133.

to de la devoción a la Virgen, Reina y Señora de los ángeles, así como ha contribuido a promover una vida de piedad centrada en la Eucaristía, de tal modo que, experimentando la cercanía de los ángeles, «nos unimos al culto de la Iglesia celeste».⁵

* * *

ENTRE los países europeos, Francia se distinguió por considerar al arcángel san Miguel como su especial protector. La catedral de Reims, donde fue bautizado Clodoveo y consagrado rey, así como también el famoso monasterio del Mont Saint-Michel son los santuarios más significativos de una presencia especial del príncipe de la milicia celestial en la nación. Relatos legendarios sobre dicha regia consagración, de los que se hace eco incluso Tomás de Aquino en su tratado *De regimine*, incluido en la *Suma teológica*, hacen referencia a la actuación de san Miguel en lo concerniente al providencial destino de la nación francesa dentro de la cristiandad occidental. El citado monasterio, calificado de «maravilla de Occidente», situado en un promontorio marino entre la Normandía y la Bretaña, se considera fundado por san Auberto en el siglo VIII a raíz de una aparición angélica y llegó a ser un muy frecuentado lugar de peregrinación, a la vez que un espléndido conjunto de arte y de audaz arquitectura medieval.

Por lo que toca a la custodia y protección de san Miguel sobre Francia, es muy significativo el testimonio de Juana de Arco ante sus jueces, según el cual el arcángel le había dicho: «Yo soy Miguel, protector de Francia... Levántate y vete a socorrer al rey de Francia».⁶

El fraile franciscano catalán Eiximenis compuso una voluminosa obra titulada *Llibre dels àngels*, destinada a fomentar entre el pueblo la devoción a los ángeles, y fue un promotor de la veneración de los ángeles custodios de ciudades y reinos. Entre las muchas noticias que recoge, aparece mencionado el reino de Hungría, donde en la corona real estaba grabada la figura de un ángel protector, así como las celebraciones religiosas que se hacían en honra de este ángel custodio.

El mismo célebre fraile intervino en el desarrollo del culto al ángel custodio de la ciudad de Valencia, (*l'àngel de la ciutat*), donde en 1414 se introduce una fiesta especial a él dedicada, que se celebraba en la catedral con asistencia del concejo municipal que acudía acompañado de una corte de muchachos vestidos como ángeles, uno de los cuales represen-

taba al especial protector de la población, con una inscripción que decía: *Aquest és lo sanct àngel de la Ciutat de Valencia*. El cortejo iba cantando estos versos: *Àngel custodi de Déu infinit / guardau la ciutat de dia i de nit / per a que no entre lo mal esperit*. La fiesta se celebraba el domingo siguiente a la de san Pedro y san Pablo. Imágenes colocadas en lugares públicos, textos litúrgicos propios y escenificaciones en ocasión de visitas regias son otros signos de una arraigada devoción. En la catedral se conserva una pintura de Juan de Juanes representando al Ángel Custodio de Valencia.⁷

En Barcelona se introdujo la fiesta del *sant àngel qui té en custòdia aquesta ciutat*, a mediados del siglo XV en el segundo domingo de octubre. Una estatua del ángel custodio fue colocada sobre el *portal dels orbs*, que desde entonces empezó a llamarse *porta de l'Àngel*. Esta imagen después fue venerada en la antigua sala capitular de Santa Ana y posteriormente en la iglesia dedicada al Santo Ángel Custodio en el barrio de Hostafrancs.⁸ Serra Postius, autor de una voluminosa obra acerca de la protección de los ángeles sobre Cataluña, afirma que a san Vicente Ferrer en dicha puerta de la ciudad de Barcelona, se le apareció un ángel que le dijo: «Estoy guardando esta ciudad por orden del Altísimo».⁹

En Girona surge por el mismo tiempo la fiesta del Ángel Custodio, que era representado en la procesión por un presbítero vestido con dalmática y ostentando dos grandes alas de madera, teniendo en derredor otros ángeles y músicos con instrumentos de cuerda. El año 1599 en Lleida el consejo de la Pàheria, en ocasión de padecerse unas grandes inundaciones, mandó celebrar solemne procesión del ángel custodio. En Zaragoza a mediados del siglo XV se hacen pregones de la celebración de la misma fiesta con solemne procesión, el domingo posterior a la octava de los apóstoles Pedro y Pablo. Había una capilla en las llamadas «casas del puente», que era la sede del concejo municipal, en donde el ángel custodio de la ciudad era venerado. Sobre el nuevo palacio del ayuntamiento figuran los dos protectores de la población: el Ángel Custodio y san Valero.

Mallorca celebraba la fiesta propia del Ángel Custodio del Reino en primavera, el lunes después de la octava de Pascua, que popularmente fue designado como *el dia de l'àngel*. Comenzó a celebrarse en la

7. Cf. G. LLOMPART, «El Ángel Custodio en los reinos de la Corona de Aragón», *Boletín de la Cámara oficial de Comercio, Industria y Navegación de Palma de Mallorca*, nº 683 (1971) pp. 147-188.

8. J. M. GARRUT, *Itinerarios de piedad en Barcelona*, Aymá, Barcelona 1952, p.163.

9. P. SERRA I POSTIUS, *Prodigios y finezas de los Santos Ángeles en el Principado de Cataluña*, Barcelona 1726, p. 77.

5. *Lumen gentium*, 50.

6. J. M. BEAURIN – M. BEAUVALLÉ, *Saint Michel* (Tequi, Saint Cénére 1979) pp. 107ss.

temprana fecha de 1407. Contaba con formularios litúrgicos propios para la celebración en toda la diócesis. La procesión de la catedral era solemnísimas, acudiendo un gran gentío de los pueblos rurales a presenciársela. El clérigo que en la procesión representaba al ángel tutelar llevaba en sus manos la maqueta de una ciudad amurallada. Le acompañaban otros dos clérigos representando a san Gabriel con un cetro rematado en flor de lirio, y a san Miguel con estandarte y espada.¹⁰ En 1671 la fiesta fue trasladada al 2 de octubre.¹¹ Un ángel-veleta, colocado en tiempos del rey mallorquín Jaime II en lo alto de la torre de la Almudaina, antiguo palacio real de Mallorca, representaba probablemente a san Gabriel, mensajero de la Encarnación del Verbo,¹² pero podemos pensar que no dejaba de tener una connotación de ángel protector de aquel reino cristiano establecido en medio del mar. La ciudad de Perpignan, muy vinculada con el reino de Mallorca, también celebraba la fiesta del Ángel Custodio en primavera, después de Pascua, con asistencia de los cónsules y de todo el clero.

* * *

EL 5 de febrero de 1590 el papa Sixto V concedió un oficio litúrgico propio para la fiesta del Ángel Custodio de Portugal y sus colonias.¹³ Los niños a quienes se apareció la Virgen en Fátima, antes tuvieron la experiencia de algunos misteriosos encuentros con ciertos ángeles. Uno les manifestó que era el ángel de la paz. En un día de verano de 1916 se hizo visible junto a ellos otro ángel que les recomendó ofrecer oraciones y sacrificios por la conversión de los pecadores y les dijo: «Atraed así sobre vuestra patria la paz. Yo soy el ángel de su guarda, el ángel de Portugal».¹⁴

A mediados del siglo XIX la Santa Sede concedió a España la celebración de una fiesta solemne del «Santo Ángel Custodio del Reino» con rito de segunda clase y octava. Se fijaba su celebración en el día 1 de octubre, pero en algunos lugares se prefirió la fecha del 1 de marzo. Habiendo decaído la veneración del Ángel Custodio de España, el beato Manuel Domingo y Sol, fundador del Colegio Español

en Roma, realizó una gran labor a fin de reavivar esta veneración. A él y a su discípulo el sacerdote don Luis Iñigo se debe la fundación de una liga de oraciones y de una asociación nacional que tienen por titular al dicho Custodio de España.

En 1917 don Leopoldo Eijo y Garay, por entonces obispo de Tuy y después de Madrid-Alcalá, publicó una novena en honor del Ángel Custodio de España, la cual fue reeditada en Vitoria en 1936, cuando España ardía en medio de los horrores de la guerra civil. Es un escrito bien fundamentado en la Escritura y en la teología, con las connotaciones propias de su época. En una de las consideraciones hallamos estas sugestivas palabras: «Un pueblo que no tenga devoción a su Santo Ángel Custodio, ¿cómo cumple aquel divino mandato: “Atiéndele y escucha su voz y no le seas rebelde?” ¿Cómo se librá del pecado de ingratitud contra la misericordiosa providencia que tal defensor le ha dado? ¿Cómo logrará los grandes bienes que la divina promesa ha vinculado al amor, veneración y obediencia al Santo Ángel?».¹⁵

La asociación del Ángel Custodio de España tenía su sede en la iglesia de San José de Madrid, donde en 1920 se inauguró un precioso altar y retablo del Ángel Custodio de la nación española, con asistencia del rey don Alfonso XIII.¹⁶ En esta iglesia, un año después pronunciaba un sermón don Antonio García, vicario general de Ávila, y haciendo referencia a la consagración de España al Corazón de Jesús, que se había llevado a cabo pocos años antes, decía: «Veo que este acto solemnísimos se realiza en el Cerro de los Ángeles, sobre el que surge el monumento al Corazón Sacratísimo de Jesucristo y veo que junto a este monumento se levanta otro, el del Santo Ángel de la Patria».¹⁷ Todo ello infundía al predicador una gran esperanza. Se acercaban tiempos recios y una gran tribulación que se extendería sobre la nación. Ahora, a distancia ya de años, sabemos que el Cerro de los Ángeles había de quedar consagrado también por la sangre de mártires, como signo de la gran floración martirial que se produciría en España y a la que, mirada con ojos de fe, debemos considerarla como un gran triunfo de amor y de fidelidad a Cristo, Señor de los ángeles y de los hombres.

10. J. MUNTANER, «El Ángel Custodio de Mallorca», *Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana*, 32 (1961-62), pp. 1-24.

11. P. J. LLABRÉS, «La Celebración litúrgica», en *La Seu de Mallorca*, Palma 1995, p. 271.

12. G. LLOMPART, «El Ángel-Veleta de la Almudaina de Mallorca», *Estudios Lulianos*, 15 (1971), pp. 211-220.

13. *Dictionnaire de spiritualité*, I, 615.

14. *Memorias de la hermana Lucía* (Fátima 1988), p. 61.

15. L. EIJO GARAY, *Novena al Santo Ángel Custodio de España*, Vitoria 1936, p. 39.

16. A. GARCÍA, «La devoción al Santo Ángel Custodio de España», *Mater Clementissima*, noviembre de 1922, p. 222.

17. A. GARCÍA, *El Santo Ángel Custodio del Reino*, (Ávila 1921), p. 29.



Ha muerto Jesús García López en la festividad de santo Tomás de Aquino

FRANCISCO CANALS VIDAL

EL pasado 9 de junio, la sección española de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino celebró su acto académico anual. Con la memoria del papa Juan Pablo II —quien, siendo cardenal y arzobispo de Cracovia, intervino, desde 1976, en su fundación y era el número uno de su catálogo de socios— y del profesor Antonio Millán Puelles —que había también colaborado con la SITA y había sido socio fundador de la misma—, el acto académico honró también la memoria del profesor Jesús García López (1924-2005).

Desde muy joven catedrático de Fundamentos de Filosofía, y desde hace tiempo Catedrático de Metafísica de la Universidad de Murcia, Jesús García López, cristiano ejemplar, fue, como estudioso y profesor, un hombre dotado de luminosidad y claridad que sólo alcanzan aquellos cuyo afán por el estudio y la tarea docente o investigadora está impulsado por la modestia y sinceridad de su vocación. Amigo de Jaime Bofill, que le invitó a su casa y le puso en contacto con su maestro, el padre Ramón Orlandis, García López colaboró con nosotros en algunas ocasiones de importancia significativa: en 1984, en el 40º aniversario de la fundación de la revista *Cristiandad*, aceptó nuestra invitación para participar en los actos conmemorativos. Lo hizo con una intervención pronunciada en la Balmesiana y que se insertó entonces ya en aquella revista. Su título era «Verdad racional y orden natural en el Reino de Cristo». Hemos querido reproducirla aquí porque el lector encontrará en ella una de las reflexiones más precisas y fervientes de la vocación que recibimos por el magisterio apostólico del padre Ramón Orlandis, fundador de *Schola Cordis Iesu* e inspirador de la revista *Cristiandad*.

Me siento gozoso al reiterar ahora su lectura. El sentido de mi gozo no es sólo la complacencia por la evidente afinidad con que García López expone el espíritu y la doctrina que definen nuestra vocación, sino porque la lectura de sus palabras, precisas e iluminadoras, evidencia el sentido universalmente eclesial de las tareas a que nos hemos sentido llamados.

Ahora hemos recibido de Dios un signo miste-

rioso: Jesús García López, que sufría un proceso de Alzheimer, con el dolor de advertirlo y sufrirlo siendo él todavía consciente de ello, terminó su vida al acelerarse el curso de su terrible enfermedad el día 28 de enero de este año, es decir, en el día en que la liturgia recuerda a santo Tomás de Aquino, el santo a cuya doctrina sirvió con su mismo espíritu pacífico y modesto nuestro amigo Jesús García López. Convencido personalmente del sentido providencial de este signo, me siento estimulado a proponer a todos los tomistas españoles, y también muy especialmente a todos los que han encontrado en la espiritualidad y doctrina del padre Orlandis el camino de su vida, el ejemplo de amor a la verdad y de servicio inspirado en este amor a los estudiantes universitarios y a los compañeros de profesorado.

Desde que le conocí en Barcelona, en 1950, y a lo largo de todas las circunstancias en las que tuvimos ocasión de colaborar (en Barcelona, en 1984, con motivo de la aludida conmemoración de nuestra revista; en Madrid, en las reuniones en que se preparó y realizó la fundación de la sección española de la SITA; en Murcia, donde tuve la dicha de participar, por iniciativa suya, y en el ambiente de su cátedra, en unas conferencias sobre el conocimiento según santo Tomás; en Pamplona, en varias ocasiones, y últimamente en el acto de presentación de un libro filosófico suyo), su figura es evocada por mí recordando siempre dos características de su manera de ser: la igualdad de ánimo, pacífico y coherente, y la alegría íntima, no ruidosa pero sí profunda.

Por esta ecuanimidad, nacida de un ánimo convencido al servicio de la verdad y ajeno a la pedantería y a todo afán por seguir la moda, recuerdo a Jesús García López como un hombre ejemplar. Espero que su ejemplo sea, para todos los estudiosos del pensamiento de santo Tomás, un permanente modelo que nos invite constantemente a librarnos de actitudes inquietas y ambiciosas. La paz de espíritu, inseparable de su servicio a la verdad, espero que sea para todos nosotros la indicación del camino a seguir, la invitación a la perseverancia en la sinceridad, en la búsqueda serena y fiel de aquella verdad «racional» y la coherencia de nuestra vida con la fe cristiana. ¡Que él interceda por nosotros para que seamos partícipes de su espíritu verdadero y pacífico!

Verdad racional y orden natural en el reino de Cristo

JESÚS GARCÍA LÓPEZ

SEAN mis primeras palabras para agradecer la amable invitación que se me ha hecho para participar en este acto. Aún recuerdo, con gran emoción, los días que pasé en Barcelona y en Viladrau junto a Jaime Bofill, y en los que conocí por vez primera al padre Orlandis y a la Schola Cordis Iesu. Fue la primera visita, a la que después siguieron otras. Corría el verano de 1951, y puedo decir que aquellos encuentros fueron para mí una nueva luz, un nuevo enfoque, para el conocimiento de santo Tomás, y un nuevo vigor, un fuego nuevo, para llevar a la práctica, en lo que de mí dependiera, el ideal humano y cristiano de la soberanía social de Jesucristo. La lectura posterior y asidua de la revista *CRISTIANDAD* contribuyó durante muchos años, a incrementar esa luz y avivar ese fuego.

Y he aquí que hoy, al cabo de más de 30 años, me encuentro participando en la conmemoración de los 40 años de la revista *CRISTIANDAD*, y con un tema especialmente querido por mí desde aquellas lejanas fechas: la armonía de lo natural y lo sobrenatural en la vida humana individual y colectiva. La primera enseñanza sobre esa armonía me la había dado ya santo Tomás de Aquino, quien en la cuestión primera de la Suma teológica dejó estampada aquella fecundísima sentencia: «Como la gracia no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona, es necesario que la razón se ponga al servicio de la fe, como la inclinación natural de la voluntad rinda obsequio a la caridad» (I, 1, 8, ad 2). Mas precisamente por la profundidad y fecundidad de este pensamiento no se descubren de una sola vez todas sus consecuencias, y es preciso ir extrayéndolas poco a poco. Esto me sucedió a mí y debo a mis contactos con la Schola Cordis Iesu y la revista *CRISTIANDAD* el haber sacado muchas de esas consecuencias, no conocidas ni sospechadas en un primer momento.

Examinaré aquí algunas de esas consecuencias, y en primer lugar por lo que se refiere a la vida humana individual. En este punto hay que decir que el deseo natural de conocer a Dios (y hasta de verlo) que tiene el hombre (incluso el hombre caído) no es contrariado, sino llevado a su plenitud por la virtud teologal de la fe, por el don de entendimiento y finalmente por la luz de la gloria; e igualmente el amor natural (incluso elícito) de Dios bajo la razón de felicidad que radica en el hombre (aun después del pecado) tampoco es contrariado, sino llevado a su plenitud por la virtud teologal de la caridad, por el

don de sabiduría y, por último, por la fruición de la visión beatífica. Y, sin embargo, de ninguna manera puede afirmarse una continuidad que suponga alguna exigencia del orden sobrenatural por parte del natural. El hombre no puede disponerse por sí mismo, por sus solas fuerzas naturales, para recibir la gracia. Santo Tomás también lo dejó dicho muy claramente: «El hombre no puede prepararse a recibir la gracia sin el auxilio gratuito de Dios, que le mueve interiormente» (I-II, 109, 6).

Por consiguiente existe un orden natural, una naturaleza humana que, aun debilitada por el pecado, permanece íntegra en lo que le es esencial, y por eso puede darse en el hombre, en el plano natural, un verdadero conocimiento de las cosas, una ciencia en sentido propio, y también una cierta moral natural, unas virtudes morales, aunque con más dificultad y menos perfección que el conocimiento especulativo y la ciencia. Esto hay que mantenerlo frente a todos los excesos que, como el «fideísmo», consisten en negar un plano natural en nuestra vida (al quedar todo absorbido por el plano sobrenatural), o declarar a la naturaleza humana totalmente corrompida por el pecado, de suerte que el hombre, en el estado de naturaleza caída, no puede conocer por sí mismo verdad alguna, ni llevar a cabo ninguna obra moralmente buena. Esto no es así: la gracia —además de su acción sanante— completa a la naturaleza en la línea en que ella es capaz de ser completada y perfeccionada; pero no la anula, no la contraría, no la destruye; por el contrario, la supone.

Es más; dada la distinción existente entre el orden natural y el sobrenatural, nada se opone a que en el orden de las realidades naturales se respeten las leyes inmanentes a la naturaleza misma, y se procure perfeccionar al hombre en esa línea lo más posible: tal es el orden de las ciencias y de la filosofía, el orden de la técnica y del trabajo humano, y el orden de las virtudes humanas, tanto individuales como sociales o políticas. En la naturaleza humana, tal y como se encuentra después de la caída, hay algo positivo, el bien de la propia naturaleza, y algo negativo, el debilitamiento o la enfermedad que son secuelas del pecado. Y es claro que lo negativo no debe ser fomentado, no ya en el orden sobrenatural o con miras a hacernos más aptos para ello, sino tampoco en el orden meramente natural. En todo caso se trata de una deficiencia, de un defecto de la naturaleza, contra lo que el hombre debe luchar en la

medida que le sea posible. Por eso, en el mero plano natural, el hombre tiene también un claro objetivo: luchar contra la ignorancia y contra la malicia y contra la debilidad del ánimo y contra la concupiscencia desordenada; lo que supone fomentar el saber en todos los campos, incluido el saber práctico o la prudencia; buscar el bien, no sólo propio sino también de los demás, mediante la justicia; afrontar con decisión las dificultades que se oponen a la práctica del bien, mediante la fortaleza, y moderar la concupiscencia, mediante la templanza. Además, por lo que hace a nuestro cuerpo, debe también mantenerlo sano en la medida en que le sea posible, buscando el remedio a las enfermedades, y tratando de escapar a la muerte mientras pueda lograrlo. Es decir, perfeccionar la naturaleza humana en todas sus dimensiones y a pesar de los muchos obstáculos que para ello encuentre. Trabajando en este empeño no se aparta del orden sobrenatural, sino que se acerca a él. No es que vaya a lograrlo por sus propias fuerzas. Esto es imposible, como hemos dicho antes, pero sí que puede apartar obstáculos, que ya es bastante, y hacer más apta a la propia naturaleza para que reciba el regalo, el don gratuito, de la gracia.

Por lo demás, sólo la criatura racional, en nuestro caso el hombre o el alma humana, es capaz de recibir la gracia; no alguna otra naturaleza inferior. Santo Tomás lo dice claramente: «Decimos que el alma es el sujeto de la gracia en cuanto pertenece a la especie intelectual o a la naturaleza racional (...). Esta alma difiere según su esencia específica de los otros seres animados, o sea de los animales y de las plantas. Por eso, de que la esencia del alma sea sujeto de la gracia no se sigue que cualquier alma pueda ser sujeto de la gracia, pues esto conviene a la esencia del alma en cuanto pertenece a tal especie», es decir, a la humana (I-II, 110, 4, ad 3). De suerte que, aunque el don de la gracia es completamente sobrenatural, hay una cierta congruencia entre ese orden y el orden natural de la naturaleza humana o de la naturaleza racional en general; pues sólo la criatura racional puede recibir la gracia.

Pero además de este reconocimiento de la natu-

raleza humana en su propio plano y con las posibilidades de perfeccionamiento que posee en medio de tantas dificultades, hay que reconocer también el orden de la gracia, la elevación gratuita del hombre al plano sobrenatural, aun después de la caída, por la obra redentora de Jesucristo. En este punto hay que condenar también otros posibles excesos que consisten en suponer, bien que la gracia es verdaderamente exigida por la naturaleza humana, bien que aquélla no es superior a ésta, sino la misma natura-



leza plenamente desarrollada. En ambos casos hay una supervaloración de la naturaleza humana, que recibe el nombre común de «naturalismo». Y contra ese naturalismo santo Tomás se ha pronunciado en múltiples ocasiones.

Es un hecho innegable que la renovación de la naturaleza humana por la infusión de la gracia santificante, no supone una restitución del hombre al estado de naturaleza íntegra: los dones preternaturales que el hombre recibió con la gracia en el estado de justicia original no le son devueltos al ser aplicados a él los efectos de la reconciliación con Dios, que supone la Redención. Por la gracia el hombre vuelve a ordenar su mente (su razón y su voluntad) a Dios, y precisamente en cuanto autor del orden sobrenatural; pero permanecen en él las otras secuelas del pecado: la rebelión de las potencias inferiores respecto de la razón, y la pasividad corporal y la muerte. Por eso, la vida del cristiano, mientras permanece en este mundo, entraña una continua lucha y una identificación con la cruz de Cristo. Sin embargo, no es menos cierto que «donde abundó el pecado sobreabundó la gracia», y por ello, junto a los muchos medios o ayudas que el cristiano recibe en este mundo para mantenerse fiel a las exigencias de su vida sobrenatural —todas las fuentes de la gracia y en especial los sacramentos—, tiene la promesa de la futura inmortalidad, del gozo insuperable e inacabable de la gloria o de la bienaventuranza celestial. Allí se acabarán todas las miserias inherentes a la naturaleza humana y todas las que le sobrevinieron por el pecado de Adán; por donde su estado final vendrá a ser mucho mejor que el estado primitivo.

Así es como se restablecerá definitivamente la armonía del orden natural con el sobrenatural; armonía deteriorada, aunque no completamente rota con el pecado original y los demás pecados personales. De hecho, en el estado de pecado, la naturaleza humana se encuentra separada o en desacuerdo con todo el orden sobrenatural de la gracia; pero mientras hay vida hay esperanza, es decir, mientras el hombre vive en este mundo, por muy apartado que esté de Dios, es siempre capaz, con una potencia puramente pasiva o potencia obediencial, de reintegrarse a la amistad con Dios por la recepción de la gracia habitual, para la cual, sin embargo, no puede él prepararse por sí solo, sino que necesita las mociones divinas que se llaman gracias actuales.

En resumen:

1.º La gracia es completamente distinta de la naturaleza e inconmensurablemente superior a ella.

2.º Ni siquiera en estado de integridad la naturaleza humana tiene exigencia alguna positiva de ser completada o elevada por la gracia, que se llama precisamente así porque es enteramente gratuita. Y por supuesto mucho menos tiene esa exigencia la naturaleza humana enferma o caída.

3.º En todo caso, sin embargo, la naturaleza humana (tanto en estado de integridad como en estado de enfermedad) tiene una capacidad, una potencia puramente pasiva, para ser completada, elevada y perfeccionada por la gracia, o sea, la gracia no contraría a la naturaleza, ni se opone a ella, sino que la supone.

4.º La naturaleza humana, al perder por el pecado de Adán la elevación al orden sobrenatural, perdió también los dones preternaturales, y quedó afectada en el plano puramente natural de la siguiente forma: no perdió nada de lo que le era esencial y debido por naturaleza; pero quedó debilitada en orden al bien de la virtud por las heridas de la ignorancia (sobre todo práctica), la malicia, la flaqueza moral y la concupiscencia desordenada.

5.º Sin embargo, en el orden puramente natural y en el estado de naturaleza caída, el hombre puede hacer algo (supuesta la moción general de Dios de orden natural) para vencer esa debilidad o enfermedad contraída por el pecado; puede, con muchas dificultades, vencer la ignorancia con la ciencia (incluso práctica y hasta la prudencia); la malicia, con la justicia; la flaqueza, con la fortaleza, y la concupiscencia desordenada, con la templanza. De este modo no solamente se perfecciona en el plano pura-

mente natural, sino que se hace más apto, al menos por la remoción de obstáculos, para recibir la gracia de Dios, que, siempre que le sea concedida, lo será gratuitamente, ya que la única preparación eficaz que cabe para la recepción de la gracia habitual son las gracias actuales o mociones divinas completamente sobrenaturales.

6.º La restauración de la naturaleza humana por la pasión y muerte de Cristo es de hecho ofrecida a todos los hombres. Todos los hombres reciben las gracias suficientes para salvarse. El hombre puede rechazar esas gracias hasta la muerte, y entonces quedará para siempre rota en él la armonía entre lo natural y lo sobrenatural; pero puede asimismo aceptarlas, y entonces no sólo se incoa ya en esta vida la armonía de lo natural con lo sobrenatural, sino que, si persevera hasta el fin, esa armonía quedará sublimada en la otra vida; la muerte será vencida por la inmortalidad, y la naturaleza, elevada a su máxima perfección, quedará empapada por la sobrenaturaleza o por la misma vida divina.

Y si tal es la armonía y subordinación de lo natural respecto de lo sobrenatural en la vida individual de cada hombre, otro tanto ocurre o debe ocurrir en la vida colectiva de los hombres agrupados y constituidos en sociedad perfecta. También aquí la gracia supone la naturaleza y la eleva y perfecciona, sin anularla o mutilarla. Porque lo que es la gracia para la naturaleza en el individuo, eso es la Iglesia, el Reino de Cristo, para la sociedad civil en la colectividad.

Consideremos muy brevemente las características de la sociedad civil o sociedad natural perfecta entre los hombres. Tiene un fin, que es el bien común histórico e inmanente: la paz social; un agente, o unos agentes, que son los mismos hombres en cuanto inclinados por naturaleza a vivir en sociedad; tiene una materia, que son los propios hombres y sus agrupaciones naturales, los llamados cuerpos intermedios: familias, ciudades, regiones, agrupaciones profesionales, etc.; y tiene una forma, que es el conjunto de sus leyes y la autoridad, de la que emanan esas leyes y que las hace cumplir. Igualmente la Iglesia, en cuanto peregrina en la tierra, tiene un fin al que aspira con todas sus ansias y que es el bien común trascendente y metahistórico, Dios mismo, o la definitiva paz de Cristo en la plenitud del Reino de Cristo; una causa eficiente, que es Jesucristo, Señor nuestro, su divino Fundador; una causa material, que son los hombres llamados a ser hijos de Dios, hermanos de Cristo, miembros vivos de su Cuerpo místico; y, por último, la causa formal, que es la ley del amor, la caridad, que ha sido derramada en nuestros corazones, en virtud del Espíritu Santo, que nos ha

sido dado; en definitiva la forma o el alma del Cuerpo místico de Cristo es el Espíritu de Jesús, el Espíritu Santo, que es el Amor subsistente y personal.

Pues bien; la armonía entre la sociedad civil y la Iglesia, y la subordinación de aquélla a ésta, se logra cuando la sociedad civil comienza por desarrollarse y perfeccionarse de forma congruente con su propia naturaleza, es decir, cumpliendo los dictados de la ley natural y del derecho natural. Buscando el auténtico bien común inmanente: la paz social, ese «orden sosegado y ese sosiego ordenado», como lo llama Fray Luis de León, y que no se logra sino cuando, junto a la suficiencia de los bienes naturales, se dan también las virtudes naturales, tanto intelectuales como morales, pero sobre todo estas últimas. Virtudes que deben poseer y practicar todos los miembros del cuerpo social, pero sobre todo los gobernantes y los legisladores; porque no es posible una vida social honesta y verdaderamente enderezada al bien común humano, si las leyes que se dictan y se aplican y se cumplen no son sabias, prudentes y justas, es decir, no son auténticas leyes, pues no son ordenaciones de la razón, sino de la pasión, y no van encaminadas al bien común, sino al bien particular de unos pocos, y no son promulgadas y aplicadas por quienes tienen legítimamente a su cargo el cuidado de la comunidad.

El bien común de la sociedad civil ha sido definido por el Concilio Vaticano II como «el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección» (*Gaudium et spes*, n. 26); pero es evidente que ese conjunto de condiciones se concreta sobre todo en unas leyes que respeten y fomenten los derechos humanos fundamentales, como son el derecho a la vida, a la integridad corporal, al trabajo y a un decoroso nivel de vida; el derecho a fundar una familia estable y sólida que se logra con el matrimonio uno e indisoluble; el derecho a traer hijos al mundo dentro de esa familia y a educarlos según las propias convicciones morales y religiosas; el derecho a la verdad ya la cultura; el derecho a estar verazmente informado de los asuntos que atañen al bien común; el derecho a asociarse con otros para fines lícitos; el derecho a participar en la vida pública, y el derecho a rendir culto y obediencia a Dios según los dictados de la auténtica libertad religiosa. Es decir que una sociedad movilizadora o dinamizada por sus gobernantes y sus leyes en orden a lograr el auténtico bien común humano, es ya una sociedad dispuesta y apta para recibir la elevación, gratuita siempre, al plano sobrenatural que aporta la Iglesia.

Por su parte la Iglesia ejerce su misión sanante y elevante y en último término salvadora cualesquiera que sean las condiciones de la vida social, siem-

pre que existan individuos humanos que quieran recibir esa acción benéfica, a pesar de las dificultades que opongan las estructuras y ordenaciones injustas de una determinada sociedad. El no entenderlo así es el error capital de las mal llamadas «teologías de la liberación»; porque el fermento cristiano no necesita para prender y crecer más que corazones humildes y dóciles a la acción de la gracia. Pero qué duda cabe que una sociedad justamente ordenada está más preparada y mejor dispuesta para recibir el mensaje cristiano. Además, si ese mensaje es aceptado, la sociedad progresará rápidamente y alcanzará las metas más ambiciosas, incluso en el plano puramente natural.

Porque la paz es obra de la justicia y la justicia se perfecciona con la caridad; por eso, allí donde hay caridad, hay justicia y hay paz, o sea, se alcanza el bien común al que se ordena toda sociedad civil.

Por consiguiente, los cristianos que se hallan inmersos en todos los entresijos y entramados de la vida social deben, por propia vocación, concentrar sus esfuerzos en que la sociedad en que viven sea más justa y más pacífica y más fraterna, porque así preparan y llegan a hacer realidad en el mundo, al menos en parte, el Reino de Cristo. Pero tampoco deben sentirse desalentados y fracasados si esa sociedad en la que están inmersos, y por causas ajenas a su voluntad, es claramente injusta y violenta y egoísta, porque el fenómeno no es de hoy ni de ayer; viene de muy atrás, y, a pesar de ello la Iglesia ha continuado y continúa llevando a cabo su misión. Es la larga lucha entre las dos ciudades, la del diablo y la de Dios. En la ciudad del diablo, fundada por el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, se repite una y otra vez el «non serviam» y el «no queremos que éste reine sobre nosotros». Es una confabulación espantosa y constante, ininterrumpida a lo largo de muchos siglos. El salmo 11 la recoge de un modo dramático: «¿Por qué se amotinan las gentes y trazan las naciones planes vanos? Se han reunido los reyes de la tierra y se han confabulado contra Dios y contra su Ungido», es decir, contra Jesucristo. Ellos claman una y otra vez: «Rompe-mos sus ataduras», o sea, sus divinas leyes, «y arro-jemos lejos de nosotros su yugo», ese yugo del que los cristianos sabemos que es suave y ligero. Y entre tanto «el que habita en los cielos se ríe, el Señor se burla de ellos. A su tiempo les hablará en su ira y los conturbará en su furor». Porque Jesucristo ha sido constituido Rey por el Altísimo, y se dirige a Él para decirle: «Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy», o sea, en el interminable presente de la eternidad. «Pídemelo y te daré a las gentes por herencia y por posesión los confines de la tierra. Podrás regir a los hombres con cetro de hierro; aplastar a tus enemigos como a vasija de alfarero».

Pero Jesús, este Rey divino, es manso y humilde de corazón, no quiere imponerse por la fuerza sino por el amor, y por eso su reino no es de prepotencia, ni de violencia, ni de muerte. Es un reino de verdad y de vida; un reino de santidad y de gracia; un reino de justicia, de amor y de paz.

¡La paz de Cristo en el Reino de Cristo! Qué diferente es esa paz de la que se busca entre los mundanos: equilibrio inestable de fuerzas horribles y de miedos pavorosos. Y el caso es que el Reino de los cielos sufre violencia y los violentos son los que lo arrebatan; pero se trata de una violencia que cada cual tiene que hacerse a sí mismo, de una lucha constante y sin cuartel contra los enemigos de nuestra alma, que libran su batalla en el interior de nuestros corazones. Hoy se nos dice, por boca de algunos sedicentes teólogos, que es preciso cambiar las estructuras injustas de la sociedad, aunque para ello tengamos que recurrir a métodos violentos contra los instalados cómodamente en ellas; y esto porque si no se cambian previamente esas estructuras no podrá predicarse el mensaje de salvación y de liberación que Jesucristo trajo al mundo, o ese mensaje no podrá ser oído ni aceptado. Pero la Iglesia, nuestra Madre y Maestra, en infinidad de ocasiones y muy recientemente por boca de Juan Pablo II en su visita a Zaragoza, nos viene diciendo que la única manera eficaz de cambiar a mejor esas estructuras injustas, consiste en el cambio, en la conversión, personal de cada uno de nosotros, y de nuestros amigos y conocidos sobre los cuales podemos ejercer el apostolado del ejemplo y de la palabra. A los cristianos les toca continuar, en la medida de sus posibilidades y de las gracias recibidas, la misma misión que Cristo trajo a la tierra, y con los mismos métodos y procedimientos que Él utilizó. En realidad es preferible sufrir la injusticia a cometerla; y si somos fieles a ese empeño divino, todo lo demás se nos dará por añadidura.

Es verdad que los pocos o muchos hombres honestos que todavía quedan en el mundo pueden hacer algo, pueden hacer bastante, para sanear la sociedad en el plano puramente natural, y que no se deben ignorar ni despreciar esas energías naturales, sino acogerlas y fomentarlas; pero en el bien entendido que lo verdaderamente importante, lo decisivo, no es la acción del hombre en su afán por acercarse al bien, sino la acción de Dios, el cuidado providente que tiene de todos los hombres, y el im-

pulso irresistible de su gracia en la marcha de la historia. Por eso, el cristiano verdaderamente comprometido en la mejora de la sociedad con vistas a un futuro mejor, ha de acogerse sobre todo a esa acción de Dios, participar en ella por la oración, por el sacrificio, por los sacramentos, por el apostolado, y también por el trabajo honrado y humanamente bien hecho en todos los órdenes de la vida social. La misión del cristiano en el mundo, y la misión de la Iglesia, ha sido magníficamente sintetizada por Pablo VI en este pasaje del *Credo del Pueblo de Dios*: «Confesamos que el reino de Dios, que ha tenido en la Iglesia de Cristo sus comienzos aquí en la tierra, no es de este mundo, cuya figura pasa, y también que sus crecimientos propios no pueden juzgarse idénticos al progreso de la cultura de la humanidad o de las ciencias o de las artes técnicas, sino que consiste en que se conozcan cada vez más profundamente las riquezas insondables de Cristo, en que se ponga cada vez con mayor constancia la esperanza en los bienes eternos, en que cada vez más ardientemente se responda al amor de Dios; finalmente, en que la gracia y la santidad se difundan cada vez más abundantemente entre los hombres. Pero con el mismo amor es impulsada la Iglesia para interesarse continuamente también por el verdadero bien temporal de los hombres. Porque, mientras no cesa de amonestar a todos sus hijos que no tienen aquí en la tierra ciudad permanente, los estimula también, a cada uno según su condición de vida y sus recursos, a que fomenten el desarrollo de la propia ciudad humana, promuevan la justicia, la paz y la concordia fraterna entre los hombres y presten ayuda a sus hermanos, sobre todo a los más pobres y a los más desgraciados. Por lo cual, la gran solicitud con la que la Iglesia, Esposa de Cristo, sigue de cerca las necesidades de los hombres, es decir, sus alegrías y esperanzas, dolores y trabajos, no es otra cosa sino el deseo que le impele vehementemente a estar presente a ellos, ciertamente con la voluntad de iluminar a los hombres con la luz de Cristo, y de congregar y unir a todos en aquel que es su único Salvador. Pero jamás debe interpretarse esta solicitud como si la Iglesia se acomodase a las cosas de este mundo, o se enfriase el ardor con que ella espera a su Señor y el reino eterno».

Hasta aquí Pablo VI. Yo no puedo ni debo añadir nada más.





Pequeñas lecciones de historia

La mansedumbre y la paciencia de Pío VII

GERARDO MANRESA

UNO de los papas que ha sido más humillado y que más se ha sentido «juguete» en manos de un poder temporal, ha sido, sin duda, Pío VII. La situación de la Iglesia francesa desde que la Revolución aprobó la Constitución Civil del Clero era de una terrible persecución a todos los obispos y sacerdotes que no quisieron jurar la Constitución, los llamados «refractarios» o «no juramentados» y a todos los ciudadanos que les permanecían fieles.

Antes de la publicación del Concordato, una de las cuestiones prioritarias en la preocupación del Papa fue la renuncia a las sedes que tuvo que pedir a todos los obispos que habían sido fieles a la Iglesia y, posteriormente la retractación de los nuevos obispos nombrados por Napoleón, que se habían declarado por la Constitución del Clero.

A pesar de que se acordó con Napoleón que todos los obispos y sacerdotes juramentados que volvieran a acceder a un cargo deberían hacer una declaración jurada de retractación, según una fórmula dada por el Papa, a la hora de la verdad los diez obispos juramentados nombrados hicieron un escrito, no ante el cardenal legado, Caprara, sino ante el delegado del Primer Cónsul, Bernier, sacerdote no juramentado de la Vendée, que después se pasó a Napoleón y más tarde fue obispo de Orleans. Éste no trasladó el escrito al cardenal legado, únicamente le anunció que lo habían hecho y que habían abjurado de su error con lágrimas en los ojos.

El cardenal Caprara lo creyó y el domingo de Pascua, 18 de abril, pudo declararse oficialmente la reconciliación de Francia con la Iglesia. Pocos días después los diez obispos nombrados hicieron publicar un documento en el que desmentían solemnemente aquel testimonio. Esto fue para el Papa uno de los disgustos más grandes que guardó siempre en su corazón.

Dos años más tarde, el 18 de mayo de 1804, el Senado proclamaba emperador a Napoleón y éste le dijo a Caprara: «Cuan glorioso sería si mi consagración y coronación fuera realizada por mano del Papa y cuántos bienes nacerían de esto para la religión». Se iniciaba así la presión, con amenazas, para conseguir de Pío VII la aceptación para la coronación. El cardenal Fresch, tío de Napoleón, era el emisario que éste envió para conseguir la aceptación del Papa. En la reunión previa que tuvieron el Papa, el cardenal

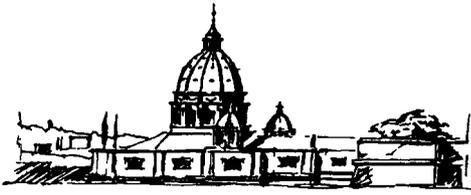
Fresch y el cardenal Consalvi, secretario de Estado del Papa, hombre de toda su confianza, se determinó que, antes de obligarse, «queríamos una seguridad determinada y solemne, indudable y oficial de que se aceptarían las condiciones del Papa». El cardenal Fresch lo trasladó a Napoleón y el Gobierno francés lo garantizó. La primera y principal condición del Papa fue la espina que tenía clavada en su corazón: la obtención de la retractación de los obispos y sacerdotes juramentados. Napoleón dio la seguridad por escrito.

Después de ajustar otros puntos, finalmente el papa Pío VII llegó a París a finales de noviembre. La coronación tuvo lugar el 2 de diciembre. Tras la coronación, el Papa pidió que se cumplieran los acuerdos firmados que se habían acordado, pero Napoleón, a través de Talleyrand, le hizo contestar, «con amabilidad», que no iban a cumplirse los acuerdos.

Todo el pueblo fiel se volcaba para ver el paso del Papa y éste atendía a todos los que le solicitaban con gran amabilidad y afecto. Así sucedió durante varias semanas de la estancia del Papa en Francia, hasta que Napoleón se dio cuenta de que era más admirado que él mismo y, a partir de entonces no lo dejó aparecer públicamente, de tal forma que la misa del día de Navidad la tuvo que decir rezada en una iglesia parroquial en Maçon, para evitar que fuera aquel día a Lyon.

La actitud de mansedumbre, bondad y nobleza de alma de Pío VII ganó el corazón de los franceses, e impedido por Napoleón de abandonar Francia hasta Semana Santa, le permitió tener más contacto con ellos, de tal forma que incluso los cismáticos quedaron prendados de su palabra y bondad en las muchas audiencias concedidas. «Los más, dice Consalvi en sus *Memorias*, prestaron la retractación del modo que él quiso: con juramento; ninguno revocó aquella retractación o mostró por algún paso público que perseveraba en el cisma».

El Papa regresó a Roma con el consuelo de ver el cisma de Francia anulado, a pesar de los engaños del nuevo Emperador. Dice Consalvi en sus *Memorias*: «La religión de los pueblos venció sobre los artificios del Gobierno, que no pudo impedir que la muchedumbre corriera al encuentro de Pío VII». El viaje de regreso del Papa así por Francia como por Italia fue triunfal.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Hacia el fin del Año de la Eucaristía

COINCIDIENDO con la conclusión del sínodo de obispos, el 23 de octubre se habrá clausurado en Roma el Año de la Eucaristía. Benedicto XVI ha hecho hincapié en que en dicho sacramento está el secreto de la santidad. En particular, se dirigió a los sacerdotes a quienes propuso tres santos sacerdotes (san Juan Crisóstomo, san Pío de Pietrelcina y san Juan María Vianney) como ejemplo a imitar, deseando que los sacerdotes de todo el mundo «saquen de este Año de la Eucaristía el fruto de un renovado amor al sacramento que celebran». De hecho, recordó el Santo Padre, Juan Pablo II convocó esta iniciativa para subrayar «la relación entre la santidad, camino y meta del camino de la Iglesia y de todo cristiano, y la Eucaristía».

Muchas han sido las iniciativas desarrolladas en todo el mundo para honrar de manera especial a Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar. En Guatemala, el Centro Mariano Regnum Mariae promovió la *Campaña Hora Santa*, gracias a la cual miles de feligreses guatemaltecos han rendido culto a Jesús Eucaristía, celebrándose cerca de doscientas mil horas de exposición del Santísimo. También la Iglesia católica de Pakistán ha querido rendir un especial homenaje de culto a la Eucaristía con su primer Congreso Nacional Eucarístico. El encuentro, que tuvo lugar en el santuario mariano de Mariamabad, fue clausurado por el arzobispo de Lahore, Mons. Lawrence Saldaña, y hasta allí acudieron más de cien mil peregrinos, haciendo coincidir la peregrinación anual que se realiza el 8 de septiembre con el congreso.

Y en nuestro país no podemos pasar por alto la magnífica ceremonia de clausura del Congreso Eucarístico Nacional de la Adoración Nocturna Española que, bajo el lema «Quédate con nosotros, Señor. La eucaristía, fuente y cumbre de la misión de la Iglesia», venía celebrándose desde el mes de abril. La clausura del Congreso tuvo lugar el pasado 1 de octubre en el Cerro de los Ángeles con una solemne Vigilia de Oración, presidida por monseñor Joaquín López de Andújar, obispo de Getafe, y en la que estuvieron presentes cerca de cinco mil adoradores, que con sus cantos y plegarias dieron un tono muy sobrenatural y esperanzador al acto.

Finalmente, cabe destacar también la iniciativa de la Universidad Católica de Murcia, que ha orga-

nizado, para los próximos 9 al 13 de noviembre, el Primer Congreso Eucarístico Internacional Universitario bajo el lema «La Eucaristía, corazón de la vida cristiana y fuente de la misión evangelizadora de la Iglesia», con el fin de reflexionar teológica, litúrgica y pastoralmente sobre el Misterio Eucarístico. Se trata de la primera vez que una universidad organiza un congreso eucarístico internacional. El simposio reunirá un amplio plantel de autoridades eclesiales y representantes internacionales de diversos movimientos de la Iglesia. Diez cardenales, entre ellos el cardenal Jozef Tomko, presidente del Comité Pontificio para los Congresos Eucarísticos, han confirmado su asistencia, al igual que un importante número de arzobispos y obispos.

Las reliquias de santa Teresita llegan a Nueva Zelanda

DESDE el pasado 18 de septiembre hasta el 16 de octubre las reliquias de santa Teresa del Niño Jesús habrán recorrido numerosas ciudades de Nueva Zelanda. La patrona de las misiones se ha desplazado en esta ocasión hasta las antípodas para celebrar allí su fiesta (1 de octubre), clausurar el Año de la Eucaristía y continuar esparciendo su lluvia de bendiciones sobre la Iglesia neozelandesa. Según informó Fides, la comunidad católica en Nueva Zelanda ha acogido con todos los honores las reliquias de la Santa y ha organizado un apretado programa de actividades en el que, en sus paradas en cada diócesis, han tenido lugar momentos de oración, celebraciones eucarísticas en diversas lenguas, vigilias con la adoración del Santísimo Sacramento, rosarios, catequesis y encuentros a partir de su diario espiritual *Historia de un alma*.

Primer obispo ordenado en Estonia desde la segunda guerra mundial

SEGÚN informaba la agencia Zenit, el pasado 10 de septiembre recibió la consagración episcopal monseñor Philippe Jourdan, convirtiéndose en el primer obispo católico de Estonia tras la segunda guerra mundial y el segundo obispo católico en los últimos quinientos años de historia de este país, un país que únicamente cuenta con unos

seis mil católicos (1,4% de la población) pero que desde 1215, según un decreto del papa Inocencio III, es conocido como «tierra mariana».

Monseñor Jourdan, de 45 años, es un sacerdote francés del Opus Dei que desde 1996 ocupaba el cargo de vicario general de la administración apostólica de Estonia y era párroco de la pequeña catedral de San Pedro y San Pablo de Tallin. Desde marzo de 2004 es vicepresidente del Consejo Estonio de Iglesias, órgano ecuménico en el que representa a la Iglesia católica desde 1997. Su elección como obispo, sustituyendo a monseñor Eduard Profittlic, S.J., martirizado en 1942 en el campo de concentración soviético de Kirov, fue una de las últimas decisiones pastorales de Juan Pablo II antes de fallecer.

Beatificación de trece mártires mejicanos

LA Iglesia es obra divina, fundada por Cristo y guiada por el Espíritu Santo a través de la historia. Porque sólo por virtud divina pueden resplandecer en este mundo nuestro tan envilecido frutos de santidad como los que se nos presentan a los ojos y es que en verdad resulta milagroso, divino, la santidad de la Iglesia en un mundo que únicamente parece que puede ofrecer frutos de perdición.

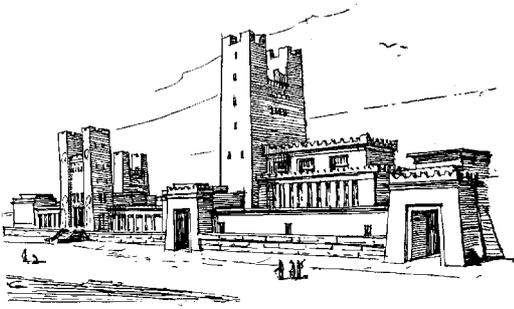
Muestra de ello la tenemos de nuevo en el apretado calendario de beatificaciones y canonizaciones de este mes de octubre y del próximo noviembre. De entre las beatificaciones queremos destacar las de Anacleto González Flores y del muchacho José Sánchez del Río, martirizados durante la persecución religiosa que tuvo lugar en México en los años veinte del siglo pasado, y que deben ser motivo de consuelo y de estímulo para todos nosotros y especialmente para la Iglesia mexicana.

Casado y padre de dos hijos, Anacleto González Flores había nacido en Tepatitlán (Jalisco) en 1888. Sus orígenes son humildísimos. Tras desempeñar los más diversos oficios logró titularse como abogado en 1921. Fundador de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana (ACJM) en Guadalajara, creador del movimiento obrero «Unión Popular» dedicado a las tareas de fomentar la catequesis y oponerse activamente primero al gobierno local y, más tarde, al federal en contra de las medidas de supresión de libertades religiosas, era conocido popularmente como «el Maestro Cleto». En 1925 recibió del papa Pío XI la cruz «Pro Ecclesia et Pontifice» por su labor de evangelización a los más necesitados y defensa de la religiosidad del pueblo fiel de México.

Anacleto se resistió hasta el último momento a

vincular a la Unión Popular con la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa que había declarado la guerra al gobierno de Calles en 1926. Sin embargo, los acontecimientos le decidieron a aceptar el que su organización pasara a la fase de la lucha armada, lo que le costó su arresto el 31 de marzo de 1927 y su martirio y muerte al día siguiente. Sus verdugos le colgaron de los dedos pulgares y después, a punta de bayoneta, le fueron haciendo heridas para que delatara dónde se encontraba escondido el arzobispo de Guadalajara, monseñor Francisco Orozco y Jiménez, y otros líderes de la revolución cristera. Finalmente, la hoja de acero penetró el corazón y cayó muerto. Al mismo tiempo, sus compañeros de lucha y de martirio eran fusilados en el patio de la misma prisión. Sus restos mortales descansan en el santuario de Guadalupe, donde acuden muchos fieles que, por tradición, han venerado la memoria de este mártir de la fe católica en México.

José Sánchez del Río, nacido en Sahuayo (Michoacán) en 1913 fue asesinado el 10 de febrero de 1928 a los catorce años de edad durante la persecución religiosa de México por ser «cristero». «Fue capturado por las fuerzas del gobierno, que quisieron dar a la población civil que apoyaba a los cristeros un castigo ejemplar. Le pidieron que renegara de su fe en Cristo, so pena de muerte, pero José no aceptó la apostasía. Su madre estaba traspasada por la pena y la angustia, pero animaba a su hijo. Entonces le cortaron la piel de las plantas de los pies y le obligaron a caminar por el pueblo, rumbo al cementerio. Él lloraba y gemía de dolor, pero no cedía. De vez en cuando se detenían y decían: «Si gritas “Muera Cristo Rey” te perdonamos la vida. Di “Muera Cristo Rey”. Pero él respondía: “Viva Cristo Rey”. Ya en el cementerio, antes de disparar sobre él, le pidieron por última vez si quería renegar de su fe. No lo hizo y lo mataron ahí mismo. Murió gritando como muchos otros mártires mejicanos “¡Viva Cristo Rey!”. Estas son imágenes imborrables de mi memoria y de la memoria del pueblo mexicano, aunque no se hable muchas veces de ellas en la historia oficial». Tal es el testimonio del padre Marcial Maciel, testigo a sus siete años del martirio de su amigo José Sánchez, cuyo ejemplo tendría un papel decisivo en la vocación del fundador de los Legionarios de Cristo. También fue testigo del martirio otro niño de nueve años, el padre Enrique Amezcua Medina, fundador de la Confraternidad Sacerdotal de los Operarios del Reino de Cristo, y que también consideró siempre providencial su encuentro con el futuro beato José Sánchez. Los restos mortales de José Luis descansan en la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús en su pueblo natal.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

La leyenda negra contra Pío XII, una campaña iniciada por Radio Moscú

YA que los tiempos son propicios para la «memoria histórica», al menos ésta no debería ser selectiva (al menos los católicos no tenemos nada que ocultar y preferimos mirar al pasado cara a cara). No estaría de más, pues, que se diera la máxima difusión a la investigación publicada en la revista *La civiltà cattolica* y que concluye acerca de la falsedad de la imagen que se ha querido presentar de un Pío XII aliado del totalitarismo nazi. En el artículo, firmado por Giovanni Sale, S.I., se analiza la reacción de la radio comunista a la alocución pontificia del 2 de junio de 1945, día de san Eugenio. El 7 de junio de 1945, Radio Moscú emitía un programa que «asumió un valor, por así decirlo, paradigmático, en el sentido de que sintetizaba bien el punto de vista de la izquierda radical acerca de las actividades de la Santa Sede en el tiempo de la guerra».

«Quien haya escuchado el discurso del Papa con ocasión de la fiesta de san Eugenio —decía Radio Moscú— se habrá quedado maravillado al oír que el Vaticano, durante los años del predominio de Hitler en Europa, actuó con coraje y audacia contra los delincuentes fascistas. Los hechos reales dicen lo contrario. (...) Además, si el Vaticano actuó de ese modo, lo hizo para continuar su estrategia política de protección de Hitler y de Mussolini», añadía el locutor comunista. «Ninguna atrocidad realizada por los hitlerianos provocó la queja o la indignación del Vaticano. Calló cuando trabajaban las máquinas alemanas de la muerte, cuando estaban repletos los caminos de los hornos crematorios, cuando sobre la pacífica población de Londres eran lanzados centenares de proyectiles voladores, cuando la doctrina hitleriana de eliminación o de exterminio de naciones y pueblos se transformaba en una dura realidad (...). Ahora en cambio —continuaba— el Papa rellena su discurso de alusiones contra la Unión Soviética y el comunismo internacional para provocar divergencias y sembrar la desconfianza entre los Aliados».

El autor ha constatado investigando las hemerotecas que «la prensa comunista internacional, y no sólo, se alineó inmediatamente a las direc-

tivas de Moscú al respecto (...). Así se inició la leyenda negra que ha llegado hasta nuestros días de un Pío XII amigo y aliado de los nazis». Habrá que recuperar aquel criterio que explicaron unos hermanos rusos que aparecieron en una universidad católica española tras la caída del muro de Berlín y el hundimiento de la URSS: nuestra madre nos decía que todo lo que decía la prensa era absolutamente al revés; así que la Iglesia católica debe de ser sensacional porque nunca oímos un comentario a su favor. E incluso habrá que ir pensando en recuperar este criterio para muchos de nuestros medios de comunicación.

Prohibido recordar Katyn

EL Parlamento europeo ha rechazado conmemorar la masacre de Katyn en la que 14.000 oficiales polacos fueron ejecutados por orden de Stalin. Las fosas de Katyn fueron presentadas como fruto de la represión nazi y esta versión oficial, recogida en todos los libros, se mantuvo hasta 1992. Como explicaba un historiador polaco, «hasta principios de los 90 decir la verdad sobre Katyn te enviaba a prisión».

Parece que Europa sigue sintiéndose incómoda con la verdad histórica y que la recuperación de la memoria histórica sólo va en un sentido cuando no es una falsificación de lo ocurrido realmente. La negativa a conmemorar Katyn es un nuevo y triste paso de esta falsa Europa.

Elecciones en Alemania en medio de la crisis

COMO ya ocurriera en las últimas elecciones, la campaña electoral alemana se ha visto marcada por una constante reducción de la diferencia entre los candidatos de los partidos socialdemócrata y cristianodemócrata. Por parte de la izquierda, Schroeder en ambas citas empezaba como perdedor según todas las encuestas. Hace cuatro años el candidato de la derecha, Stoiber, vio como se le

(Continúa al final de la página siguiente)



emos leído

ALDOBRANDO VALS

Jacobinos en defensa de Juan Pablo II

Pues sí, no es habitual que reproduzcamos en estas páginas las posiciones del semanario francés Marianne, que como su propio nombre indica mantiene enhiesta la llama revolucionaria de la toma de la Bastilla. Esta vez, no obstante, la sinceridad y honestidad de su posición merecen que reproduzcamos un artículo en el que defienden lo obvio: el Papa y la Iglesia deben hablar y actuar como lo que son. Pretender lo contrario, entre otras cosas, es deshonesto en grado sumo.

El director de *La Croix*, Bruno Frappat, se sorprendía, recientemente, que periódicos que no habían cesado de estigmatizar las orientaciones «reaccionarias» de Juan Pablo II le hayan consagrado números especiales a su glo-

ria. Nuestra actitud, en el fondo, ha sido la inversa. Ni hemos querido concurrir a una inflación de celebraciones ni tampoco hemos participado en campañas destinadas a rechazar al Papa difunto como un oscurantista retrógrado.

¿Por qué? Porque hay algo de malsano en querer etiquetar sistemáticamente como «progresista» la preocupación social y como «reaccionaria» la preocupación moral, en aplaudir la denuncia del laxismo económico y estigmatizar al mismo tiempo la denuncia del laxismo de costumbres (como si no hubiera relación entre ambos).

Uno puede pensar lo que quiera de las posiciones de la Iglesia en materia de sexualidad, pero la civilización no saldría ganando si se dejase de escuchar, desde el Vaticano, una voz que condena la mercantilización del sexo, la invasión de la pornografía, la pros-

titución de los corazones, la disolución de la familia, la dejación de todos los valores al único imperativo de la rentabilidad del capital, la cultura del goce y el hedonismo triunfante.

¿Qué querrían? ¿Un Papa que normalice el divorcio, justifique la homosexualidad, banalice el aborto? Es decir, que se convierta en un líder socialdemócrata. Uno más. Pero en el que el liberalismo relativista pudiera aplicarse tanto en el ámbito económico como social. ¿Tony Blair en lugar de Juan Pablo II?

Y en ese caso, vayamos aún más lejos: para ser verdaderamente moderno, ¿el Papa no tendría que renunciar a creer en Dios?

[...] Permítasenos hacer la elección contraria: reconocer a la Iglesia su especificidad, reconocerle el derecho absoluto a no pensar como nosotros, incluso a pensar eventualmente contra nosotros.

escapaba la victoria ante un canciller populista, manipulador sin escrúpulos pero hábil superviviente, que sabía aprovechar unas inundaciones para recuperar su credibilidad. En aquella ocasión fue importante también el hecho de que Stoiber fuera bávaro y católico, hecho éste que levantó importantes resquemores en los lugares de población y tradición más protestante. En esta ocasión, la candidata ha sido Ángela Merkel, una hamburguesa mucho más moderada que, a pesar de todo, vio como su ventaja inicial de diez puntos se esfumaba y lograba una ajustadísima victoria. La resolución final, en forma de gobierno de gran coalición entre izquierdas y derechas, con la cancillería en manos de Merkel, es una salida difícil y que augura futuras tensiones en el seno del gobierno alemán.

Es, pues, un gobierno débil, como débil es la propia Alemania. Lo decía Stoiber al principio de la campaña: el lastre de la antigua Alemania del Este condiciona la vida del país en su conjunto. Y es que la ex-

RDA es la zona del país de mayor tradición protestante —Prusia—, y que, además, ha sufrido con una intensidad especial el peso del comunismo, un sistema que no sólo destruye el tejido económico sino que tiene especial incidencia en ese otro tejido, mucho más delicado y difícil de reparar, que es el moral. A Alemania le está costando terriblemente digerir unos territorios cuya población vivió inmersa en el que fue el comunismo más despiadado de los países del Telón de Acero. Los alemanes del Este, reacios a las responsabilidades, no se sanarán con subvenciones; el daño está en otro lugar. Mientras tanto, cualquier líder político que no quiera engañarles y que les hable con claridad sobre los esfuerzos que deberán realizar tendrá muy difícil el éxito electoral. Aunque tampoco podemos obviar que una candidata divorciada como Merkel no es precisamente la más adecuada para calentar los ánimos de una parroquia que aún se autodenomina cristiana. ¿Será por ello que la etiqueta democristiana está tan devaluada?

Antonio M.^a Claret, un obispo santo

El 24 de octubre celebra la Iglesia la festividad de san Antonio M.^a Claret, obispo. Hace sesenta años el padre Claret, como se le llamaba habitualmente, era todavía sólo beato pero nuestra revista ya le dedicaba una buena parte del número de la segunda quincena de octubre. Fue canonizado poco después por Pío XII, el 7 de mayo del año santo de 1950.

No reproducimos ninguno de los artículos que se publicaban en CRISTIANDAD dedicados a sus tareas más destacadas, sino solamente una síntesis de su biografía, aparecida sin firma, pero con el inimitable estilo de nuestro llorado redactor Creus Vidal.

Claret, que había querido ser cartujo y después jesuita, fue finalmente diocesano y llegó pronto, a sus cuarenta y tres años, a ser nombrado arzobispo de Santiago de Cuba. Fue multitudinariamente despedido hacia Cuba en el puerto de Barcelona, donde la gente se había congregado desde primeras horas de la mañana. Permaneció por seis años como celosísimo arzobispo de aquellas tierras españolas de ultramar, y vuelto de allí —donde la masonería intentó asesinarle— fue nombrado confesor de Isabel II. Pero quizá sobresale más aún su labor de fundador, en 1849, de la difundidísima orden de los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, llamados popularmente «claretianos». España nece-

sitaba con urgencia suplir la labor de las antiguas órdenes, pues el liberalismo dominante políticamente había cerrado en 1837 novecientos conventos de religiosos. Pocos años después, fundó también la Congregación de monjas de la Enseñanza. Estuvo presente en el Concilio Vaticano I, donde actuó como adalid de la infalibilidad pontificia y fue allí donde enfermó, muriendo finalmente en el monasterio de Fontfroide, en Francia, en 1870. Sus restos fueron trasladados en 1897 a Vic.

Su labor fue infatigable y puede decirse que no hubo pueblo de Cataluña en el que no predicara el que fuera hijo de Sallent. Devotísimo del rosario, de la Virgen y de la Eucaristía, su sólida predicación, fundada en las grandes verdades de la fe, producía abundantes y duraderos frutos.

De modo particular, si se quiere recuperar la memoria histórica de Cataluña, debemos tener presentes nuestros grandes santos del siglo XIX, que fueron tan populares y supieron enraizar aún más la fe católica en las costumbres, en las tradiciones, en el modo cotidiano de vivir y, a la vez, supieron tener una proyección verdaderamente universal, como acontece con todo lo auténtico. El liberalismo —en todas sus formas— es de importación pero el espíritu misionero hacia el mundo entero ha salido de esta tierra fiel a la Iglesia y a la verdadera historia de nuestra patria.

En una tarde del otoño de 1850, veíase la ermita de la Virgen de Fusimanya, no obstante lo adelantado de la estación, rodeada de ingente muchedumbre, tan inmensa como devota. No sólo de la vecina Sallent, población que se acoge, filial, a su advocación, sino de toda la comarca del Bages y del Lluçanès, así como de las riberas del Cardener y del Llobregat, acudían presurosas las gentes, alegrando con su hormigueo los duros caminos que atraviesan aquellas colinas que sólo animan, aquí o allá, claros bosquecillos de pinos y de encinas.

Y, sin embargo, no era aquella inesperada reunión ninguna romería: Sallent se trasladaba en peso para acompañar al más ilustre de sus hijos que, consagrado obispo de la Iglesia en la catedral de Vic un

mes antes, acababa de ser promovido al arzobispado de Cuba, entonces florón aún de España, en ocasión en que aquél iba a despedirse de la vieja ermita y a impetrar, una vez más, el amparo de María.

Había nacido el 23 de diciembre de 1807, y, aunque su niñez se vio turbada por los episodios de la Guerra de la Independencia, marcó ya los signos de la predestinación. Su progenitor, Juan Claret —padre de once hijos—, tejedor de profesión, poseía uno de estos talleres que preludiaron, en nuestras poblaciones fabriles, en la primera mitad del siglo pasado, el grande desarrollo industrial que, cabe las cuencas de nuestros pequeños ríos, se realizaría en la segunda. La inteligencia y la laboriosidad del joven parecían haber de consagrarlo a esta noble actividad, por

herencia paterna. Los progresos en la misma le llevaron a establecerse, antes de los veinte años de edad, en Barcelona. Mas aquí le esperaba, definitivamente, la llamada de Dios, a la que no se hizo sordo, y, siguiendo el ejemplo evangélico, dejó familia y bienes para consagrarse totalmente a Él. Y para ello se dirigió a Vic, la ciudad levítica, en cuyo prestigioso y viejo seminario halló fecundo árbol donde injertar su joven ardor. Regía entonces la diócesis un venerable prelado, el doctor Corcuera, pastor celoso y atento a los progresos de cada una de sus ovejas. Aún no podía decirse que tenía sus estudios terminados el joven Claret, cuando aquél ya exclamaba, ante la fama de virtud y la aureola de saber que rodeaba al seminarista: «Quiero; luego ordenar a Antonio, porque allí hay algo extraordinario.» Lo fue en trece de junio de 1835, fiesta del glorioso Tauraturgo de Padua. Inauguró su carrera sacerdotal como vicario y ecónomo en Sallent y Viladrau. Estos cinco años fueron interrumpidos por un audaz intento para consagrarse a las misiones en países de infieles. Un viaje que solamente puede explicarse por la verdadera locura de la cruz que en su pecho ardía, le llevó hasta Roma. Fue una verdadera odisea, capaz de agotar el mejor anecdotario. Mas pronto comprendió que Dios le reservaba para evangelizar otros infieles más próximos. Y entonces se entregó a aquellos diez años de intensa campaña misional que llenó toda Cataluña y las Islas Canarias. Su fervor, su unción, arrastraba las multitudes. Su voz recordaba, con santa crudeza, en los templos y en las plazas, los Novísimos. Y los pecadores volvían al redil ante la estupefacción del Infierno, que no agotaba sus medios, a menudo visibles, para detener aquella predicación que recordaba la que se oyera un día en Europa cuando se fundaran las órdenes mendicantes. Mas esta actividad no fue nunca obstáculo para su vida interior, digna de encendido serafín, que aureolaba su figura y le arrebatava a veces en éxtasis visibles. Ella le llevó, a pesar de su oposición extrema, tan extrema que sólo puede explicarla, por su violencia, su extraordinaria humildad, a la dignidad episcopal, y, seguidamente, a la de arzobispo de Santiago, metropolitano de Cuba. Su paso por aquella sede, desde 1851 hasta 1856 fue providencial. Su virtud motivó que la joven e inexperta reina Isabel, deseosa de verse amparada por el consejo y la dirección de un varón prudente, lo reclamase a Madrid. Fue en 1857. Entró en la corte en condiciones tales que demuestran su noble independencia que le hacía ver con santo horror los peligros de la política, y aun otros, aquellos personales

en que podía verse al ser encumbrado al alto puesto de confesor de la reina. Con grande y santo consuelo pudo evitar ser promovido primado de España, reservándose el título «in partibus» de obispo de Trajanópolis, en el cual, viéndose libre de cuidados directamente pastorales, veía camino abierto para consagrarse, aun en menoscabo de sus relaciones cortesanas, a su eterno ideal: la práctica del apostolado misional. No obstante esto, su inteligencia y su virtud hicieron un bien inmenso en la corte de España, e Isabel II y sus damas siempre sintieron profunda veneración por aquel varón santo que había restaurado en palacio el viejo sentir religioso y piadoso de los mejores días de su historia. La baba de la secta se cebó, como ya era de esperar, en el insigne prelado, y no tuvo escrúpulo en acudir a las armas más bajas del cieno y de la calumnia, del mismo modo que tampoco ahorró ninguna tentativa de atentado personal contra aquel esforzado varón que le estorbaba. Ni siquiera su patriótica actuación, restaurando el glorioso monasterio de El Escorial, se vio libre de la saña. El triste reconocimiento del reino de Italia le dio motivo, con santa independencia, de abandonar bruscamente el palacio. No quiso permanecer un momento más junto a la soberana que había reconocido la usurpación del patrimonio de san Pedro. Y fue menester que el mismo pontífice, Pío IX, le llamase a Roma y le mandase regresar cerca de aquélla, provisto, al propio tiempo, de la bula en la que se retiraban las censuras en las que nuestra corte había incurrido justamente. El que en días gloriosos no tuvo reparo en dejar, con tan santa entereza, a su soberana, fue casi el único que permaneció fiel, junto a ella, en los tristes momentos de Lequeitio. Eran las jornadas de Alcolea, y, al derrumbarse el trono español, el hidalgo obispo acompañó a su señora en el penoso destierro. Después vinieron los días del Concilio, antes citado. Pasó éste, y Antonio María Claret, el antiguo ecónomo de Sallent, el gran prelado, sintió que ya podía morir: la Iglesia había consagrado su unidad bajo el Cayado de Pedro. Podían venir guerras, catástrofes y persecuciones: la Barca del Pescador obedecería siempre al vigoroso timonel. Y cayeron aquellas calamidades sobre el proscrito en Francia, una y otra vez. Derrumbóse el Imperio, en Sedan, y la chusma que dominaba en nuestra península se propagó a la nación vecina. Y no se detuvo siquiera ante el prelado agonizante: prosiguió la ofensiva del lodo y del cieno. Refugiado aquél en Fontfroide, entregó, al fin, santamente su alma al Señor. Era el 24 de octubre de 1870.



CONTRAPORTADA

Ante el proyecto de Ley Orgánica de Educación

1. Constatamos con gran preocupación que este proyecto de Ley Orgánica de Educación no responde a los problemas que tiene la comunidad educativa en cuanto a la formación integral de los alumnos. En concreto, no respeta como es debido algunos derechos fundamentales, como son el de la libertad de enseñanza; de creación y dirección de centros docentes de iniciativa social; el de establecer y garantizar la continuidad del carácter propio de estos centros; el derecho preferente de los padres a decidir la formación religiosa y moral que sus hijos han de recibir y, por consiguiente, el derecho de libre elección de centro educativo.

El criterio de zonificación como condición «prioritaria» para la admisión de alumnos vulnera el derecho fundamental de libertad de enseñanza.

2. El proyecto de Ley atribuye a las Administraciones Públicas tal poder, que apunta a convertir al Estado en el único educador, olvidando que es a los padres a quienes asiste el derecho primordial, insustituible e inalienable de educar a sus hijos.

3. El nuevo proyecto de Ley cercena la libertad de enseñanza establecida por la Constitución Española (art. 27.1) y por numerosos tratados y declaraciones internacionales ratificados por el Estado español e ignora la doctrina del Tribunal Constitucional.

Se considera la educación como una actividad de *servicio público* y, por tanto, según la legislación española, de exclusiva competencia del poder estatal. De ahí que la educación de iniciativa social sea regulada como mera concesión de carácter gubernamental. (...)

4. No se garantiza de manera suficiente y adecuada el derecho de los padres a que sus hijos reciban la formación religiosa y moral que ellos deseen. Aproximadamente el 80% de los padres solicita cada año la enseñanza de la religión católica para sus hijos. Es necesario que la enseñanza religiosa, como derecho de los padres, sea una asignatura fundamental, de oferta obligatoria para los centros y voluntaria para los alumnos, de tal manera que el hecho de recibir o no recibir esta enseñanza no suponga discriminación académica alguna en la actividad escolar.

5. Por otra parte, vemos con preocupación la creación de la nueva asignatura llamada *Educación para la ciudadanía*. «La finalidad de esta materia y su obligatoriedad apuntan hacia una formación moral que impartirá el Estado al margen de la libre elección de los padres y que, por tanto, vulneraría el derecho que les garantiza a éstos la Constitución Española en su artículo 27.3. Es igualmente muy probable que la imposición por parte del Estado de una determinada formación moral a todos los ciudadanos y a todos los centros educativos contradiga la libertad ideológica y religiosa que consagra el artículo 16.1 de la Constitución.»

6. En cuanto a los profesores de religión, el Proyecto de Ley los convierte en empleados de la Iglesia, olvidando que trabajan en colegios de titularidad estatal, que forman parte del claustro a todos los efectos y que el Tribunal Supremo ha declarado reiteradamente que la Administración es la empleadora de estos profesores. (...)

Comisión Permanente de la Conferencia Episcopal Española (29 de septiembre de 2005)